BERTA VIAS MAHOU
Leo en la cama
libr-e

Berta Vias Mahou

LEO EN LA CAMA

Leer-e

Colección: libr-e

Directores de Colección: Martín Casariego y Marta Rivera de la Cruz

Diseño de colección: ZAC diseño gráfico

Maqueta de cubierta: ZAC diseño gráfico

© Leer-e 2006 S. L.

© Berta Vías Mahou, 1999

ISBN: 978-84-15370-71-0

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Leer-e 2006 S.L

Monasterio de Irache 74, Trasera, 31011 - Pamplona

a mi hermAna,
que no me dejaba leer en la cama.

Cualquier ciudadano tiene por lo menos nueve caracteres: el profesional, el nacional, el estatal, el de clase, el geográfico, el sexual, el consciente, el inconsciente y quizá también uno privado... Todo habitante de la tierra posee además un décimo carácter, que no es otro que la fantasía pasiva de los espacios vacíos. Le permite al hombre todo, excepto una cosa: tomar en serio lo que hacen sus otros nueve caracteres y lo que ocurre con ellos... Este espacio, tan difícil de describir, es en todas partes el mismo, esto es, un espacio vacío e invisible en cuyo interior se encuentra la realidad, como una pequeña ciudad de cajón de sastre abandonada por la fantasía.

El hombre sin atributos. Robert Musil

I

LAS DESAFINIDADES EFECTIVAS

Dominando el centro de un espacio de unos treinta metros cuadrados, en el que no confluía ningún otro mueble de envergadura, se alzaba un imponente nudo de comunicaciones humanas, blanco, mullido y suave, de paso obligado cada noche. De fines del siglo XIX, había sufrido cierto proceso de modernización durante el XX, especialmente cuando en el año 1986 no hubo más remedio que derribar el dosel, mordisqueado y roído hasta la médula por el impenitente apetito de la carcoma. El casco antiguo, que ocupaba toda la parte inferior, conservaba en cambio todas las trazas y filigranas del siglo pasado. Por otro lado, el desarrollo industrial, aunque modesto, se hacía notar en las funcionales sábanas de ajuste.

Ocupaba la cabecera un gran tríptico de inspiración psicodélica, de perspectivas forzadas, colores brillantes y composición abigarrada. En él, sobre el tronco y las ramas de un árbol gigantesco, se desplegaba un enjambre de cuerpos fornicando en un mestizaje absoluto de razas, culturas y religiones. Hombrecillos de piel oscura superdotados, entrelazados sus miembros con los de un sinfín de mujeres, blancas las unas, pelirrojas y abundantes de carnes, otras muchas de piel negra y elástica y largos cabellos canos. Piernas, lenguas y manos rodeadas por todas partes de finos chorros de color lechoso.

A los pies, una arqueta de marfil, de líneas esbeltas y ligeras como las de un sarcófago, que bien podía haber albergado las reliquias de un santo o los restos de algún rey medieval, unos cuantos huesos, contenía únicamente nuevos juegos de sábanas y

toallas. Por lo demás, no había armario, ni esculturas ni capiteles ni frisos ni repisas y el muro se había desmaterializado por medio de unos grandes ventanales, como de iglesia, por los que, de haber estado abiertos, habría trepado el enmarañado olor de la madreselva.

Por aquellos vanos la vista podría haberse perdido en largas extensiones, a un lado de suaves colinas, al otro de hierba jugosa y brillante, y algo más cerca entre las formas caprichosas de un jardín, si aquella no hubiera sido una noche de luna nueva, oscura como una tumba. En suma, no se veía nada, a pesar de que no había cortinas ni visillos, que, con su caída más o menos tenue, ocultaran las tierras de los alrededores. Y de aquella impenetrable densidad tampoco llegaba el más mínimo sonido.

Las cruces que formaban los travesaños de todas aquellas ventanas contribuían a aumentar aún más la atmósfera reinante de silencio y respeto, más propia de un cementerio a medianoche que de un simple interior burgués.

En cuanto a los márgenes de la cama, la vegetación no era escasa, sino sencillamente inexistente, resultando así el conjunto de lo más pintoresco por lo dilatado de las riberas vacías.

—Leo, ¿te parece que leamos un rato antes de dormir? —preguntó una voz en medio de la ciudad-dormitorio envuelta en la penumbra.

—Sabes que jamás leo en la cama —contestó una segunda voz desde debajo de las sábanas de aquel armatoste novecentista, que crujía con cada movimiento de sus ocupantes—. He leído unas pocas páginas de tu libro y he tenido que dejarlo. Me dolía el cuello y se me dormían las manos. Por eso nunca leo en la cama.

—Bueno, entonces ¿jugamos a que somos amigos? —sugirió la primera voz, abalanzándose sobre la silueta que había respondido al nombre de Leo y que ahora, a modo de respuesta, emitió únicamente un desganado gruñido, entre balido y mugido.

—Leo, dime cómo es ella...

Leo vaciló un instante antes de contestar. Tenía la sensación de que esas mismas palabras las había oído ya anteriormente, quizás incluso de haberlas leído, lo que a sus ojos dotaba a la escena de una extraña atmósfera de irrealidad.

—Es pelirroja, con los labios gruesos —contestó en un tono algo impaciente, girándose con desgana bajo las sábanas—. Tiene los pechos...

—Espera, Leo, no vayas tan rápido. Descríbemela lenta, muy

lentamente.

La voz de Leo, que parecía debatirse entre los perentorios deseos ajenos y su propia inclinación al sueño, no tardó sin embargo en proseguir con su disciplinada descripción.

—Es pelirroja. Tiene los cabellos laaargos, muy, muy, muy largos. Tan laaargos y suaves que le acarician los...

—¡Leo! Te he dicho que no vayas tan rápido.

Esta última voz denotaba inquietud, incluso indignación, pero no por ello abandonó la cálida protección de aquel mueble que, como el campamento de una legión romana, mostraba sobre el plano una perfecta planta rectangular.

—Está bien. Es pee-li-rrooo-ja. Tieee-ne los ca-beee-llos tan laaar-gos y suaaa-ves, queee...

—Leo, dime primero cómo va vestida. ¿Qué lleva puesto?

—Lleva sólo una camisa muy, muy transparente, se le pega al cuerpo y le marca los pezones y la curva de los glúteos cuando se gira sobre mí para abrazarme, y...

—Así, así, Leo, sigue, y ella ¿qué te hace?

Leo estaba pensando. Estaba convencida de que la unión de dos personas, fueran éstas del mismo o de distinto sexo, con vistas a poseer mutua y plenamente sus capacidades sexuales, podía llegar en ocasiones a poner a prueba la paciencia de una de ellas. Y sin embargo, tras resistir con su meditación unos minutos de sitio, su voz siguió obedientemente las instrucciones de la otra. Esta vez ya sin ninguna interrupción.

—Me abraza, pero yo estoy de espaldas. Noto la punta de sus pechos en mi espalda. Cuando se mueve, recorren mi piel a través de la fría seda de su camisa y siento un escalofrío en las piernas... Y en la nuca. Ahora se sienta a horcajadas en mi cintura y noto, por la oscilación de su peso, que se está quitando la camisa. Cae al suelo y se escucha el suave crujido de la tela. Sus pezones, ahora cálidos y tiernos como los pétalos de una flor, vuelven a recorrer mi piel.

—Sigue, sigue, Leo. Así, así.

—Me vuelvo y recorro con la punta de mi lengua la aureola de sus pezones rosados. Mis dedos, con un fervor religioso, exploran, unos con atrevimiento, otros con recato, todos los rincones de su cuerpo. Como novicias recorriendo en silencio los pálidos corredores de un claustro.

La otra silueta, mientras tanto, no volvió a interrumpir el relato, sino que, escuchándolo atentamente, se movía sin parar, abrazando, palpando, tentando, acariciando, hurgando, lamiendo. Y continuó

así durante un buen rato, como tantas otras noches, su voz creciendo de tono y perdiendo completamente el sentido hasta alcanzar el paroxismo, al tiempo que los movimientos debajo de las sábanas se aceleraban aún más y se hacían más entrecortados.

Leo, que había tenido que contarlo todo tan lentamente, fue cayendo poco a poco en la inercia de un ligero sueño, mientras que la otra silueta, parando repentinamente su frenético empuje, dio un gran suspiro y, casi de golpe, empezó a roncar. Así, como el agua y el aceite después de agitados, obedeciendo a una ley natural, ambas siluetas se habían separado.

Poco después los ronquidos de Alfonso, que una vez más se había dormido boca arriba, despertaron a Leo, quien, no pudiendo conciliar de nuevo el sueño, se puso en pie junto a la cama y se embutió en su pijama de gruesas listas horizontales, unas más claras, otras oscuras, para acercarse a una de las ventanas, la que daba justamente sobre el jardín. La abrió, pudiendo así aspirar el olor de la madreselva, y en completo silencio y con aquella curiosa vestimenta, como si fuera una estatua de piedra, dio en pensar acerca de la estrechez de la vida en pareja, que tan pronto le parecía una jaula de dorados barrotes como una sórdida cárcel. Sintió deseos de sacudir los hierros de la jaula, pero con ello despertaría sin duda a la fiera que roncaba a sus espaldas, y asimismo la sensación recurrente de estar viviendo encadenados a la repetición de un simulacro.

Los afines, guiados por el amor, suelen atraerse con energía invencible, pensaba. Los dispares, en cambio, se estrellan en el intento de procurar armonías, armonías que a menudo han sido vedadas de antemano por la naturaleza. Y saltaba a la vista que sobre aquel colchón no reinaba la más mínima afinidad. Pero ya se sabe, intentó consolarse, las afinidades empiezan a resultar interesantes cuando, convertidas en un nuevo parentesco, desentonan y acaban por provocar separaciones. Cuando, rotas las concordancias amorosas, surgen otras simpatías.

Al cabo de un rato sintió frío en los pies, así que cerró la ventana y con los dedos de una mano, el índice y el corazón estirados, el resto encogidos contra la palma, recorrió lentamente la madera que, en forma de cruz, dividía los cristales, un enrejado que vino a aumentar la sensación de hallarse en la prisión de un castillo o de una fortaleza, con grillos y cadenas apretando sus tobillos y esposas en torno a las muñecas. La madera bajo sus dedos se volvía de metal, frío y brillante. Imaginaba los barrotes proyectando su sombra sobre la de su propio cuerpo. Apretó una mejilla contra el

cristal y escuchó, pero no se oía nada. En la antigüedad, la suerte de los prisioneros de guerra era la muerte. O la esclavitud, pensó; aunque las leyes de caballería y las órdenes religiosas pronto impulsaron la liberación por medio del rescate. Le vinieron entonces a la memoria las muchas aventuras de ventanas, rejas y jardines que había leído en los libros.

Pasó así largos minutos, meditando, hasta que decidió volver a la cama, al duro campo de batalla, y, cogiendo el libro que poco antes dejara en el suelo junto a la cabecera, se dispuso a matar el tiempo leyendo cómodamente, acostándose entre las sábanas, aunque los ronquidos no habían cesado aún ni, como ya sabía, habrían de hacerlo en toda la noche. En cualquier caso, probó a dar un fingido estornudo, por ver si Alfonso dejaba de roncar, pero no sirvió de nada.

No solía leer en la cama, aunque de nuevo haría una excepción. Abrió el libro por la página ocho, para retomar la lectura en el punto en que poco antes la dejara... ¡Estaba en blanco! No había allí nada que leer, excepto el número. ¡Hermoso número el ocho!, pensó. Un número que es capicúa en su forma, el único, junto con el infinito, que puede leerse también en un espejo. Y que, tumbado en una cama, se convierte en ese otro número ilimitado. Pero sigamos leyendo, se dijo, y echó marcha atrás, para retomar el hilo. Los afines, guiados por el amor, suelen atraerse... No, esto me suena, me he confundido, página quince, por aquí no iba, ¿a ver? Y pasó un par de páginas.

II

LA EDUCACIÓN SENSACIONAL

A la mañana siguiente, Leocadia despertó con un ferviente deseo de cortar amapolas. Pronto estaría el campo cubierto de ellas, en los trigales y entre la hierba seca de los terraplenes junto a las vías del tren, como en el día de su boda hacía ya unos cuantos años, en la mano un ramo de narcisos reflejándose en la ventana del coche, que como un cuchillo atravesaba veloz el paisaje. Amarillos de envidia frente a las manchas sangrientas de las amapolas.

Abrió los ojos y se vio obligada a luchar contra su propio brazo. Contra el izquierdo. Se había convertido de nuevo en su *odradek*, su enemigo personal e intransferible, una suerte de maligno inquilino que se hospedaba en los laberintos de su mente y de su cuerpo, una especie de engendro kafkiano que sufría constantes metamorfosis. Se trataba de una criatura extraordinariamente ágil y a la que era prácticamente imposible apresar.

Aquel desmañado brazo le golpeaba la cabeza como el rabo de una vaca espantándose las moscas y tuvo que reducirlo por la fuerza con su mano derecha. Hacía unos días había sido el derecho el que una mañana empezó a golpearla, y la mano izquierda la represora. Sin embargo, casi siempre era el izquierdo el que revoloteaba a su alrededor al despertar... Leo, de alguna manera, presentía que un brazo tan autónomo debía de pertenecer a su otra mitad, el margen de oscuridad, de misterio, quizás incluso de maldad, que se ocultaba replegado en su interior.

Más tarde, habiendo dejado atrás la blanda cama del marido y camino de la gran mazmorra, en la que como cada mañana le esperaba una jornada de ocho horas y donde de esclava de lo

absurdo había ascendido ya a la categoría de la más pura personificación del mismo absurdo, tuvo una visión propiciatoria.

En cuanto a su trabajo, basta saber que en aquella catacumba con aspecto de oficina Leo apenas tenía una función que cumplir, así que, condenada las más de las veces a una peligrosa ociosidad, aprovechaba el espacio y el tiempo para su actividad favorita: la lectura. Mientras los demás murmuraban, cabeceaban, cuchicheaban, hojeaban revistas o sorbían un café tras otro, ella permanecía en silencio.

Escondida en su remanso, en lo más recóndito de tan disparatada oficina, coleccionaba montañas de libros e incluso se permitía el lujo de perderse entre sus páginas, como en un callejón sin salida. Así creía escapar de la jaula del matrimonio y de la vida cotidiana, de su trabajo, cuando en realidad la puerta de su encierro no llegaba siquiera a abrirse, y ella, en cambio, se extraviaba en aquel laberinto literario. Sólo de vez en cuando el teléfono o la visita intempestiva de su jefe, pidiendo con educación y mucho tacto algún documento imposible de encontrar, rompían el hilo que la guiaba en sus intrincados rodeos y la sacaban de su mundo.

Pero volvamos a la visión propiciatoria, que auguraba que un día magnífico se abriría al fin tras la mañana, fría y triste, extrañamente desapacible para aquella estación del año. Un autobús decorado en todos sus frentes con dragones lanzallamas, el mismo que hacía unos años les llevara a Alfonso y a ella misma hasta París, en la lejana luna de miel que, junto al hecho de no haber celebrado la boda con músicas y banquete, ahora le parecía uno de los mejores recuerdos de los primeros tiempos de su matrimonio, aquel autobús discurría ahora por la calle, ante ella. Lenta y silenciosamente, diríase impulsado por el fresco soplo de la mañana, como uno de esos transatlánticos que, encerrados en un pisapapeles, flotan en un sinuoso líquido de tonos azulados.

Y poco a poco, como una enorme mancha oleaginosa, oscura y brillante, una idea se fue abriendo paso en su cabeza, untando a su vez todos y cada uno de sus pensamientos. Aplicaría la ley del Talión a su vida sentimental. Estaba tan cansada... Cansada de su matrimonio, de la convivencia con una persona que se le hacía cada día más extraña y a veces hasta desagradable, de la soledad a que se veía condenada por los constantes viajes de su marido, aunque debía reconocer que aquellos intervalos le daban al menos cierta tranquilidad. Cansada de la repetición, de la monotonía de los gestos y los días, cansada de tantas cosas... Aprovecharía, por tanto, sus ausencias. En los entreactos podría entregarse plácidamente a sus propias aficiones. Y ahora también a su recién estrenada inclinación, a la elección de nuevas afinidades.

Iba a implantar entre sus costumbres el desorden amoroso, a combatir la derrota del pensamiento, pues por sus múltiples lecturas sabía que la aventura se encontraba siempre a la vuelta de la esquina. Y así, si su marido se empeñaba en seguir con sus juegos eróticos de excitación lesbiana, ella buscaría otro tipo de inspiración. La encontraría, naturalmente, en los brazos de otros hombres. Obedecería únicamente a sus propios impulsos, aprovechando cualquier ocasión que se presentase. El cambio es el mejor afrodisíaco, pensó, recordando las palabras que a Luis XV dirigiera su docto galeno.

Nunca hasta entonces había sentido con tanta fuerza la sed de hombres y aventuras, aunque de pronto recordó que siendo un bebé, allá en Alemania, la llamaban la ramerita del Venusberg. Su padre, de origen libanés nacido en Francia, que huyó a Barcelona al estallar la segunda guerra mundial, había emigrado a principios de los años sesenta a Bonn, donde se había casado con una alemana y donde vivió, hasta que llegó el momento de volver de nuevo a España, junto a aquel elegante monte, el Venusberg, cuya cima ocupaba la colonia de los diplomáticos. Su madre vestía a la pequeña Leo con unos leotardos negros y una cazadora de cuadros, añadiendo a la pobre vestimenta unas gotas de un chanel n.° 5 espeso y podrido por el tiempo. De esta guisa, la niña, cual Venus, hija de Belcebú, acompañaba a su madre, encargada de hacer la limpieza en algunas de las casas de la colonia, hasta la cumbre y de allí al regazo de los encorbatados presumidos. Caricias, besos y achuchones componían cada tarde una nueva bacanal del Venusberg.

Después, tras aquellas lejanas hazañas infantiles y un matrimonio que ahora le parecía precoz, siempre que sintió inclinación por algún hombre lo olvidó rápidamente pensando que si no le olían los pies, lo haría su aliento. Cebolla, ajo, café, olores que por lo general, especialmente a ella a quien tanto gustaba el arte de la cocina, le resultaban agradables, pero que en la caverna de una boca le provocaban espanto. Supo mantener así un raro equilibrio entre la tentación y la duda, entre la realidad y el deseo, una constante tensión entre contrarios. Entre atracción y repulsión. La base de todo saber está en la duda, la mayor gloria del hombre según un personaje de la calle de Valverde. Y si no, se decía Leo, que se lo preguntaran a Descartes, aunque lo cierto es que si a uno le dominan las dudas, se queda paralizado y nada puede hacer.

Y si bien el sexo femenino se dividía para ella en dos categorías claramente diferenciadas —las mujeres, aquellas que resultan apetecibles, y las señoras, que son de todo punto resistibles—, en cuanto al masculino, la variedad del sentimiento que podía llegar a

despertar en ella, así como la multitud inagotable de sus representantes, hacía que le pareciera inclasificable.

Por otro lado, estaba convencida de que la educación, a pesar de las muchas ventajas que ofrecía la ya tan cacareada liberación de la mujer y, muy especialmente, la desaparición de las trabas que imponía la religión, seguía siendo en el fondo del tipo «ortíguese las lumbares». Así que, harta de la generalizada e imperante idiotez y educada ella misma bajo la influencia de una mezcla variopinta de razas y culturas, una educación que en el plano sentimental podía llegar a procurarle sensacionales resultados, decidió que a partir de entonces en aquella parte de su anatomía únicamente se propinaría masajes.

Sus amigas y compañeras de trabajo, algunas de ellas auténticas recolectoras de hombres, tenían para ello fuentes de suministro muy diversas. Eloísa, a la que ella llamaba la mujer-vitamina, pues cual rara flor nietzscheana carecía de todo prejuicio que no fuera climático, acudía al mediodía a una piscina municipal y al caer la tarde a una escuela de tango. Cada día de la semana, a un local diferente, el circuito del tango, para bailar abrazada. Espejos, madera, terciopelo rojo y mucha improvisación.

No sería aconsejable circunscribir tanto el radio de acción, se dijo Leo, pues las mejores fuentes de abastecimiento sin duda están en la calle y una se topa con ellas cuando menos lo espera, al doblar una esquina. No había que desaprovechar la oportunidad que el caos de una gran ciudad, como es natural con su correspondiente porción de sombra y riesgo, suele ofrecer al deseo de mantener vidas paralelas, aumentando así el poder de cada individuo. Misterios, enigmas y hasta trampas, encuentros accidentales, como ráfagas de viento, en el dédalo y la confusión de avenidas, plazas y callejuelas. Sería como perderse entre las páginas de un libro, el de su propia vida. Y ya era suficiente reducción el hecho de que ella, a diferencia de la mayor parte de los seres humanos, sintiera los signos de un período especial de celo, entre la primavera y el comienzo del otoño.

Quería demostrarse a sí misma que se podía encontrar tanta aventura en Chamberí, en las Ramblas, en Belleville o en Manhattan, como en cualquier playa del Senegal, de las Seychelles o de Bali, si bien estas últimas prometían ser bastante más luminosas, aunque también infinitamente más caras. Su proyecto de aventura carecía por ahora de un verdadero objetivo. Ansiaba el azar, en un puro deseo de intensidad. Una existencia errante, sin apenas abandonar su ciudad. Tal vez ni siquiera su hogar.

Su vida tendería, a partir de ahora, hacia la depuración y el

despiojamiento, como decía Flaubert quejándose de que su lirismo le infestaba la prosa de metáforas. Así, ella se despiojaría de prejuicios, inhibiciones, ilusiones, autoengaños y demás hábitos perezosos del pensamiento. Toda excrecencia, protuberancia, adiposidad, adherencia, prótesis, viscosidad, enviscamiento, pegote o mucosidad romántica, toda rémora, en suma, debía ser raspada de su alma, como se carena una barca que ha permanecido demasiado tiempo en puerto, cubierto el casco de moluscos, de lapas y caracoles, indignas ventosas a extirpar. Tantos y tantos principios milenarios con los que el hombre carga como si fuera un estúpido camello, se dijo.

No estaba dispuesta a sucumbir al aturdimiento, a la quietud, a la distensión del ánimo o al relajamiento de los miembros. Se sacudiría los gusanos. Y así es como, de momento, sintió su corazón ligero como la espuma, inmerso en un mar inmenso de posibilidades, todas las velas del deseo desplegadas. Naturalmente intentaría ponerle un rumbo, por mínimo que fuera, aunque tenía claro que no deseaba tomar puerto. Avanzaría unas veces ayudada por vientos favorables, otras luchando contra la hostilidad de las mareas.

En realidad, estos razonamientos, propios de una persona que de pronto desea provocar un cambio en su vida, no tenían un carácter excepcional. Lejos de ser deducciones, se trataba de verdaderos descubrimientos, que iban aflorando en su mente como en una huerta bien regada, en la que cualquier rayo de sol facilita la aparición repentina de un brote nuevo y hasta entonces desconocido.

Para poner en práctica semejante fanfarronada, se sintió respaldada por las numerosas, no por ello menos escogidas, lecturas de que había disfrutado hasta ahora. Su afición a las letras se la debía a la Turca, una vieja amiga de su madre que tenía una ingente biblioteca. Predominaban en ella los libros de ciencia-ficción y espiritualidades, incluso de religión, pero entre todos aquellos tomos opacos se podían encontrar verdaderas joyas, radiantes de frases de veinticuatro quilates. Leo se había encerrado allí en su juventud tardes enteras, consintiendo en que los renglones se pasearan por sus venas, con la morosidad del más espeso de los líquidos, como una grasa que lubricara la maquinaria de su alma.

La Turca tenía los ojos clarísimos, de inteligente mirada, y una melena negra y revuelta que le daba un aspecto salvaje. Argentina, también ella de origen árabe, tenía la voz más dulce que cabe imaginar. Una voz tan argentina como ella, clara, hermosa y bien timbrada. Allá en su tierra, en cambio, la llamaban la Gallega. Forraba todos y cada uno de sus libros con un papel de color azul

oscuro, como el que se usaba antiguamente en las farmacias para envolver el algodón y otros artículos de primeros auxilios. Eso hacía que la biblioteca pareciera un botiquín poético de grandes dimensiones o el interior de una caja fuerte espiritual. Nada de remedios tradicionales. En lugar de la confesión o de una vulgar tirita, había que echar mano de un poema. En lugar del yodo o la extremaunción, una estupenda novela.

La biblioteca de Leo, en cambio, era una especie de despensa, encargada nada menos que de la nutrición de su alma y de su espíritu. Su procedimiento en la lectura era como la digestión de una vaca. Releyendo lenta, continuamente. Como en la rumia, tragaba lo leído, lo dejaba fermentar, lo regurgitaba, lo masticaba y finalmente lo digería de verdad. Aunque, por otro lado, tenía muy claro que una novela no es como un pudín, pues, como ya supiera por Henry James, no basta con engullirla.

Y fue la Turca quien reveló a Leo el secreto de la dieta de algunos de los personajes más hambrientos de Flaubert. Buscaban en los libros el alimento de sus sueños. Leo recordaba muy bien la lección de la fallida visita a un burdel en *La educación sentimental*. La felicidad está en nuestra propia imaginación, no en el acto. El placer está primero en la ilusión, y después en el recuerdo. Sin la fuerza de la ilusión todo perece y se cae rápidamente en la repetición mecánica, el deseo naufraga, siendo así la forma más segura de placer el mismo placer de la ilusión. Sus pensamientos le parecieron de pronto disquisiciones de santo en estado preternatural, y ella, que lo que ansiaba era encontrar de nuevo la intensidad, en realidad le daba vueltas a una idea: ¿qué pasaría si el placer se encontrara también en el acto?

III

VESTUARIO

Aparte de aquellas lecturas, los recursos materiales con que contaba Leo para afrontar su nueva vida eran de ilimitadas posibilidades, guardados casi todos en un ropero de proporciones gigantescas, una pajarera poblada por gran número de prendas fantásticas, algunas incluso monstruosas y hasta inidentificables, como en un texto de literatura medieval. Un cosmos ordenado, de carácter siempre abierto, que encerraba en su interior infinidad de valores, como una caja de Pandora.

La silueta de Leo, oscura y pensativa bajo sus cabellos castaños, se adivinaba tras los cristales translúcidos que, formando una especie de vitral, rodeaban el umbral de un armario situado junto a su dormitorio. Se disponía a analizar una por una las combinaciones que tan fabuloso vestuario, un verdadero *Liber monstrorum de diversis generibus*, podía ofrecerle a la hora de trazar su particular estrategia amorosa.

Largas hileras de zapatos colocadas sobre unas barras de metal semejaban colonias de pájaros de muy distintos colores posados sobre un tendido eléctrico, algunos con el pico apuntando al cielo, aunque por lo general bastante ordenados y reunidos en parejas; cajones y más cajones de cristal, en cuyo interior se adivinaban ovillos de prendas de color blanco, rosado o crema; trajes, pantalones, faldas, blusas y chaquetas colgados de las perchas como en una sucesión interminable de animales disecados; y una alegre variedad de pañuelos, alicaídas mariposas, colgando de otra barra más cerca del techo.

Avanzó unos pasos y rebuscó entre el montón de ropa, sacando

un vestido azul de seda oscura. Atravesó los cristales, entró en el dormitorio y extendió aquella presa sobre la cama. El azul ultramar de la seda, reflejando la luz como la cola escamosa de un pez, produjo al caer sobre la cama un murmullo de olas, un aroma de espuma. Leo, sintiendo ya la arena entre sus dedos, dio media vuelta y fue a buscar unas sandalias dignas de aquel traje, cuyo forro rojo, de herida amorosa, como de sangre en el interior de una fruta, se adivinaba en el borde doblado de una esquina de la falda.

Un traje para un hombre misterioso, se dijo, enigmático, un traje de sirena, una de esas criaturas prodigiosas y mortíferas, mitad pez, mitad mujer. Sin mangas, atado en la cintura, a la altura del ombligo, el vestido marcaba claramente las dos mitades del cuerpo. Con él arrebataría el corazón de los hombres inocentes. Pero, ¡ay de aquel que se acueste para escuchar su dulce canto!, recordó, pues cuando se haya dormido la sirena se arrojará sobre él y lo matará. Eligió unas sandalias de color ambarino y un cesto de paja para rematar un conjunto digno de recibir el saludo de un transatlántico entre los gritos de las gaviotas.

De nuevo hundió la mano entre las perchas, sacando con esfuerzo otro vestido, verde morera, como la comida de los gusanos. Al verlo, le vinieron a las mientes unos versos de un poeta andaluz: un bello niño de junco, anchos hombros, fino talle, piel de nocturna manzana, boca triste y ojos grandes, nervio de plata caliente... Este traje era digno de una iglesia, de los santos, de los arcángeles, de un hombre joven y hermoso, suave como la piel de un leopardo. Tenía el color del dorso de una mantis religiosa, cuando acecha a una presa confundida entre el follaje. Una devoradora de hombres. Se lo puso sobre los hombros, giró sobre sí misma y la falda se levantó por los aires con un movimiento de alas desplegadas.

Unos vaqueros, se le ocurrió entonces, unos vaqueros y una sencilla camiseta de algodón para la amiga de los hombres importantes. Algún día conocería a un político, a un acróbata de las finanzas o a un valiente reformador, a un célebre pianista, a un erudito. Y se lanzó hacia el ropero en busca de una camiseta de amplio escote y de unos vaqueros ligeramente desteñidos. Al sacarlos, se quedó mirando un traje que aún no había tenido tiempo de estrenar. De un suave color gris, casi plateado, le hizo pensar en el lujo desgastado de un tapiz medieval, con la figura de un unicornio, ese animal huidizo, al que sólo se puede cazar ofreciéndole una joven doncella, pura y casta. Cuando el unicornio percibe el olor de la virgen, se acerca, le besa el pecho y se duerme a sus pies, buscándose así la muerte, pero si la doncella no es virgen, el unicornio mata a la joven corrupta e impura, para luego volver a limar y afilar su cuerno contra las piedras, como lo haría

un carnicero con su cuchillo...

Su fantasía, inagotable, le permitiría improvisar en cualquier momento nuevos conjuntos, según el posible gusto de cada uno de sus amantes, mezclando indefinidamente la alquimia con la zoología. Podía combinar colores para materializar sus más ocultas obsesiones, sus más insaciables deseos. Al final todo irá como la seda, se dijo, arrastrando consigo un quimono blanco como la nieve y brillantísimo.

Poseía también una colección de lo que ella llamaba tesoros vírgenes, joyas de rubios metales y piedras preciosas, maquillajes y otros muchos complementos que su marido le había ido trayendo de todos sus viajes. A ella le gustaba contemplarlos, aspirar su aroma, con morosidad religiosa pasar la yema de sus dedos por las frías superficies, que en realidad no usaba jamás. Y junto a esos tesoros guardaba dos de sus más grandes pasiones: una colección de carretes de hilo y otra de cartuchos de tinta. Hilos de todos los colores, entrelazados y enredados entre sí, como los destinos de los distintos personajes de un libro. Le gustaba andar entre ellos, observar las gamas de los diferentes colores. Y también de vez en cuando admirar los tonos de la tinta a través de la luz.

Se agachó, abrió un cajón y, en el momento en que sacaba un largo vestido de punto, de color rosa pálido, como el plumaje de una garza, el vestuario tembló y hasta los cristales vibraron. Le pareció que una bestia entraba en aquel acuario de quietud femenina, un onagro, una especie de asno doméstico, que, como el salvaje, rebuznaba con tal fuerza que parecía que le iban a estallar las venas, rompiendo además todo lo que pudiera encontrar a su paso.

—¡Leo! ¿Dónde diablos está mi pisacorbatas del basilisco? No me gusta que anden en mis cosas. Tengo algo de prisa, voy a llegar tarde...

Así que era Alfonso, su marido, quien, dando voces y sentándose torpemente sobre la cama, arrugó todos los vestidos que ella había estado desplegando. Y se quedó allí sentado, mirando sorprendido el amplio muestrario, sin atreverse a hacer ninguna pregunta. ¿Acaso su mujer se marchaba de viaje?, se preguntó para sus adentros. ¿O al fin se había decidido a acompañarle a aquella cena? Aún estaba enojado con ella, pues de nuevo se negaba a ir con él.

Ella esbozó un mohín con los labios, pero no llegó a despegarlos. ¿Cómo entonces pretendía que alguien que no fuera él mismo ordenara su ropa? Luego se quejaría de que estaba mal planchada...

—¡Anda, ayúdame a buscarlo, Leoncita!

Alfonso se levantó, se estiró junto a la cama, pasándose los dedos por entre los finos cabellos, se atusó el bigote, un bigote que a Leo le divertía imaginar que era el de un domador capaz de mantener a raya a las fieras. Si al menos se dejara barba, pensó, pero luego ella misma se quejaría de que la pinchaba si intentaba darle un beso. Él concluyó su repaso estirándose con calma.

Hacía tiempo que su mujer, en cuanto él se acercaba, fruncía el ceño. Lo había observado ya bastantes veces, pero no le había dicho nada, ni le había hecho el más mínimo reproche. Era tan celosa de su intimidad, protegía tan visceralmente la delicada burbuja de su vida interior, que él casi no encontraba ocasión ni tenía ya valor para intentar entrar en ella.

Es como una termita, pensó. Una termita que se alimenta de celulosa, de todos esos libros que siempre está leyendo. Y ha construido su propia casa, una torre fantástica de complicadísima estructura y de difícil acceso para los demás. Ese montículo en el que vive parece formado por los detritus de sus lecturas y ella se hunde cada vez más bajo su peso, rodeada por los huevos que va depositando en las distintas cámaras, donde incuba esas ideas e imágenes que a menudo invaden su cerebro. Las termitas pueden ser muy belicosas y ella es vengativa. Vengativa y muy presumida, concluyó contemplando los vestidos que había sobre la cama.

Y durante unos instantes observó también su rostro, los grandes y rasgados ojos verdes, sus largas pestañas, la nariz recta y menuda, el contorno de los labios y su deliciosa barbilla. Un rostro que mañana mismo contaría con tres décadas de existencia, y que sin embargo estaba totalmente desprovisto de arrugas, manchas y demás irregularidades, reflejo de una vida no alterada por el esfuerzo, sin contratiempos ni preocupaciones. Una vida fácil, regalada. Su mujer era una de esas personas a las que con sólo rozar una puerta se les abre como por arte de magia. La suya era una vida soñadora, pacífica, casi solitaria. Nada menos novelesco que su rostro, se dijo Alfonso, quien sin embargo era consciente de los cambios de humor y las contradicciones que podía ocultar aquella superficie: un corazón indomable y atrevido, quizás incluso desmesurado, lleno de fobias y caprichos, capaz, según sabía él, de albergar odios infundados y hasta cierta manía persecutoria. Tendré que aplicarle un correctivo, algo que le haga poner los pies en la tierra.

A menudo la había observado mientras leía alguno de sus libros o mientras veían una película juntos. Se exaltaba, reñía a algunos personajes, introducía en su vida características de otros, soñaba en fin con todos ellos. Tenía la imaginación un tanto trastornada y al parecer vivía la mitad del tiempo en un mundo irreal, como si se

creyera la protagonista de un libro. Bueno, de uno no, de muchos, pues cada paso que daba parecía cargado de referencias librescas. De ahí a la mentira consciente no hay más que un paso, se dijo.

En mitad de sus sueños solía despertar riendo a carcajadas o llorando, como cuando un brazo se le dormía. Y mientras aquel desbandado miembro se movía a su alrededor como el aspa de un molino de viento, ella gemía aturdida, gimoteando como una niña enferma. También era capaz de estar un buen rato enfadada con él sólo porque en el sueño le hubiera dado una mala contestación. ¡Cuánto más si había soñado que le hacía alguna jugarreta! Sus ojos entonces adquirían un brillo anaranjado, maligno, una extraña luminosidad que parecía surgida del infierno.

Al fin Leo suspiró y se dispuso a ayudarle en la búsqueda. Al menos se marchaba y ella podría leer horas y horas sin el molesto parpadeo de la televisión, sentada en la postura que le diera la gana, naturalmente con los pies en alto. ¡Qué injusta era! Iba a celebrar el final de un duro rodaje y ella se negaba a ir con él.

En cuanto saliera por la puerta, el basilisco pisándole la corbata, ella abriría el libro, un *Bestiario de amor*, y pasaría una gran parte de la noche leyendo.

IV

COMPENSACIÓN EN LA CATEDRAL

Y siguiendo las enseñanzas de los libros, decidió que se iba a dedicar también a mentir. Pero nada de mentiras piadosas. No. Serían mentiras podridas, con pus, pensaba Leo a la mañana siguiente mientras en mitad de la cocina se estiraba con aire pueril. Auténticas mentiras jugosas, sin sentido y sin un fin determinado, por puro placer. Mentiras marca VIDA, se dijo al abrir el frigorífico en busca de la leche para el desayuno, y frunció los labios y el entrecejo como quien hace fuerza para abrir un bote. Pegajosas como el catsup. Y mentiras venenosas de vez en cuando, como antídoto.

Alfonso seguía durmiendo. Había llegado tan tarde que ahora era imposible sacarle de la cama, y Leo, sin darle una oportunidad para que la felicitara por su cumpleaños, un rasgo del más típico egoísmo femenino, adobando así el rencor de la pasada noche, después de beber la leche y coger un bollo, salió sin hacer ruido y se marchó a la oficina, dando un paseo y regodeándose en su interior con el proyecto que pensaba llevar a cabo, recurriendo para ello a todo tipo de embustes y disimulos.

Al parecer, tanto los propios mentirosos como los intransigentes moralistas ya se habían tomado la molestia de clasificar las mentiras, pero las llamasen como las llamasen —utilitarias, agresivas, defensivas—, una cosa estaba clara para ella: que uno miente para sobrevivir. Por eso, sus mentiras serían hasta cierto punto conservadoras, entendiendo como tales las provocadas por el instinto de conservación o, más exactamente, por la intención de procurarse placer y evitar el dolor. Como decir, por ejemplo, que se

iba a comer con Eloísa o con la Turca, con la que tanto le gustaba charlar, escuchándola durante horas y horas cuando le daba por recordar su esforzado ardor cavando acequias en el norte de África o sus paseos a lo largo del Sena colgada del brazo de aquel hombre al que tanto amara. Y en realidad, pensaba Leo... En realidad, se iría a comer con un hombre o con la huella de una sombra. Una media verdad suele facilitar el camino a la mentira.

Llegó entre tanto a la mazmorra y, mientras subía las escaleras, imaginó que sus mentiras estarían hechas de encaje. Se quedarían suavemente en suspensión, como una nube en un cielo de marzo o una flor de escarcha derritiéndose sobre el cristal de una ventana, sin saber dónde mirar, tímidamente, y sin que nadie se fijara en ellas. Sólo de vez en cuando alguien tragaría saliva y cerraría un instante los párpados. Sin llegar por ello a marearse. Se sentó a su mesa y por una vez se puso directamente a trabajar, aunque en su interior seguía maquinando argucias y fingimientos.

En semejantes reflexiones andaba sumida, tecleando en el ordenador unas cuantas cartas de su jefe que el día anterior habían quedado pendientes, cuando el sonido del teléfono la sacó de las profundidades de sus planes de quimérica falsaria. Descolgó a toda velocidad para que el aparato no le perforara los tímpanos, y una voz masculina pronunció su nombre con tierna indecisión. ¡Eduardo! Le hacía gracia que siempre que la llamaba por teléfono emitiera un largo «eeee», antes de decidirse a soltar el nombre de Leo entre simpáticos signos interrogativos, como si buscara estar seguro de a quién llamaba realmente o temiera resultar inoportuno.

—Eeeeee, ¿Leo?

Y directamente pasó a felicitarla por su cumpleaños. Su voz, tras varios años de silencio, le pareció ahora de ultratumba. Allí estaba su primera oportunidad. Con él iniciaría su proyecto de venganza y de paso saldaría una vieja cuenta pendiente, la compensación a tantos años de enamorada fidelidad en la distancia. Era un amigo de los tiempos de la Universidad. Recordó cómo la perseguía a la salida de clase, aunque invariablemente la perdía por lo rápido que ella solía caminar, y cómo averiguó su nombre y su teléfono robando su carné de lectora en la biblioteca de la Facultad. Al otro lado de la línea, él recordaba sus vestidos largos, de grandes flores de colores. Sus pasos decididos, elásticos, demasiado rápidos quizá.

—Te voy a hacer una proposición, Leo, ¿qué quieres de tu cumpleaños? Los treinta hay que celebrarlos con una manera inolvidable. A tu edad, la misma de la que Jesús comenzó su predicación, Zaratustra abandonó su patria y marchó para las montañas.

Eduardo era profesor de filosofía, y de tanto usar el para-sí, el en-sí, el yo, el sub-yo, el ego y el super-ego-yo, ya no sabía emplear correctamente las preposiciones, sobre todo cuando se ponía nervioso, así que, considerando que era demasiado tarde para intentar corregirle, se limitó a meditar la respuesta durante unos segundos. Le faltaban sólo dos años para tener la edad del hombre sin atributos, pensó, y soltó lo primero que se le pasó por la imaginación:

—¡Un consolador!

¿Por qué habría dicho eso? ¡Qué forma más burda de iniciar sus aventuras! En fin, ya no tenía remedio. Y no es que le asustara la edad, aún no temía envejecer, pues víctima de un optimismo algo exagerado consideraba que le quedaban por lo menos veinte años de esplendor físico, pero su vulgar propuesta la dejó asombrada. ¿Acaso tenía que recurrir a semejantes artilugios?

—¿Lo dices de serio?

—Totalmente.

—Está bien. Buscaré el artefacto más adecuado y me pondré nuevamente de contacto contigo por hacerte la entrega.

Pocos días después, entre el abundante correo de su jefe, llegó una misteriosa misiva sin remite. Era para ella:

«Tengo tu regalo, tal-y-como-acordamos. ¡Es soberbio! No obstante, me niego a pasear por la calle con-semejante-material-bajo-el-brazo, así que dispón hora, día y lugar para la entrega. Te ruego la máxima discreción. De lo contrario, te aseguro que nos veríamos envueltos en un delicado malentendido. Recalco lo de malentendido, pues se trata de una simple-broma-entre-amigos. Además, eres una fetichista. Aunque he de confesar que espero sinceramente que tanto tú como tu...»

Leo titubeó unos instantes, respiró hondo, pero enseguida continuó leyendo:

«...que tanto tú como tu c--- disfrutéis con tan singular presente. Siempre pensé que eras mujer-de-un-solo-hombre. Nunca hubiera sospechado que lo fueras de dos p-----...»

¡Qué bárbaro! Semejante variedad de registros lingüísticos, aunque fuera en un filósofo, no dejaba de sorprenderla. ¿Es que acaso aquel erudito no sabía que no se debe pronunciar una sola palabra nocturna, que el verbo debe detenerse siempre ante la cosa, todo lo más esbozar una situación, manteniendo el encanto poético mediante la alusión velada? El secreto estaba en dar medio paso hacia delante y uno hacia atrás, como en un baile, sólo medio paso

hacia delante y uno hacia atrás, para luego tal vez pegar un salto.

Sin embargo, recordando que los eufemismos sexuales suelen ser propios de los escritores de novelas verdes, decidió que era mejor llamar al pan pan y releyó aquel pasaje a partir de las dos últimas frases para poder llegar hasta el final, aunque intentó mitigar el tono, sobrevolando las más sonoras letras:

«Siempre pensé que eras mujer-de-un-solo-hombre. Nunca hubiera sospechado que lo fueras de dos p-----, aunque una sea falsa. A la espera de tus indicaciones: ¡Feliz cumpleaños! Tuyo: Eduardo.»

Los filósofos suelen inundar sus discursos de guiones. En su afán germanizador y clasificatorio, intentan crear palabras que tengan la longitud y el peso de una frase completa. En castellano, lo consiguen al parecer con largas ristras de palabras unidas entre sí por guiones. La caligrafía de Eduardo era además horrorosa, pero al menos debía reconocer que al escribir no trabucaba las preposiciones. Quizá tuviera un corrector de estilo, cosa que para aquella nota no parecía ser lo más apropiado.

Leocadia percibió entonces un extraño aunque discreto bisbiseo. Levantó la vista del papel y vio que su jefe asomaba la cabeza por una rendija de la puerta de su despacho. Por los gestos de su mano pudo interpretar que lo que le pedía era una taza de café. Y esbozando una sonrisa, que le salió algo forzada, se fue a prepararlo a la cocina. Otra sonrisilla acompañó su inclinación al dejar la taza humeante, pero no quiso entablar conversación y se volvió corriendo a su mesa, alarmada por haber dejado allí un texto tan comprometedor.

Y tras leerla por segunda vez entre risas ahogadas, rompió la carta hasta formar tan minúsculos pedacitos de papel que en ellos sólo cabía alguna letra suelta, a lo sumo una sílaba. Sería imposible reconstruir aquellas líneas. Ni el más animoso aficionado a los puzzles ni el más habilidoso arqueólogo se atreverían con semejante destrozo. E inmediatamente se dispuso a dar las indicaciones que la convertirían en dueña absoluta de tan codiciado artefacto:

«Tu inocencia me sorprende. Se trata tan sólo de uno de mis juegos, un pequeño divertimento con el que ajustar mi fidelidad de mujer casada a la medida de mi felicidad. Me gusta sentir el vértigo de la aventura y del atrevimiento desde el confortable sillón de esta oficina.»

¡Qué falsa!, pensó. Si lo que quiero, en el fondo, es muy sencillo, lo mismo que él, aunque me gusta rodearlo de misterio, de dificultades inexistentes. Y siguió tecleando, echando de vez en cuando alguna mirada de reojo para asegurarse de que ningún

curioso dispuesto a leer por encima de su hombro anduviera cerca.

«La entrega habrá de hacerse el próximo 18 de junio a las 17.30 en la catedral, junto al altar de la virgen. Si la hora y fecha o el lugar no te convienen —busqué un lugar céntrico, para que no tuvieras que cruzar la ciudad con tan delicada mercancía bajo el brazo—, llámame. No estaría de más que me dieras una idea aproximada del tamaño de la cosita esa, para llevar un maletín apropiado. No olvides el manual de instrucciones ni la garantía, para el caso de que se pinche o de que no funcione como Dios manda, si es que semejante entelequia se toma la molestia de ocuparse hasta de estos asuntos. Haz el favor de no aparecer camuflado. Sabes que soy tremendamente miope. Hasta entonces, Leo.»

Pensó que estaba loca, que estaba yendo demasiado lejos. Sospechaba que aquel hombre era capaz de beberse su sangre y, sin embargo, seguía adelante con el peligroso juego. Sentía que todas y cada una de sus palabras, a pesar de haberlas destruido minuciosamente, se le habían quedado incrustadas en alguna parte de su cuerpo.

A lo largo de los días que siguieron al de la extraña misiva, en mitad de una reunión de trabajo o mientras su jefe le dictaba un discurso soporífero o incluso en casa cuando Alfonso la abrazaba, sentía que aquellas palabras le guiñaban un ojo desde uno de sus muslos, que le sonreían orgullosas desde la punta de uno de sus zapatos, o la besaban a cámara lenta. Sabía que entonces se quedaba con cara de idiota y que los que la rodeaban percibían de alguna manera una inquietante extrañeza en la expresión de su rostro. Un verdadero ensayo sobre la estupidez.

A menudo se preguntó si no sería una inconsciente, si no debía cortar ya la cinta de llegada y poner fin a tan loca carrera. No, por nada del mundo renunciaría al coqueteo de palabras —algunas dulces, otras vulgares— y hasta de besos furtivos. Alguna vez Eduardo, cual octópodo poseído por un ataque repentino de claustrofobia, le había robado un beso en la oscuridad de un garaje o en la estrechez de un ascensor, al que ellos hacían subir y bajar según su deseo. De ello hacía ya unos cuantos años. ¿Debía ahora retirarse? No, seguiría mintiendo hasta alcanzar alguno de los muchos paraísos artificiales que él le había prometido y con impaciencia esperaba la fecha que habían fijado, aprovechando para ello uno de los frecuentes viajes de su marido.

V

LOS SANTOS INDECENTES

Llegó al fin la ansiada fecha, pero aquel miércoles la catedral estaba atestada, repleta de figuras oscuras hormigueando entre los bancos. La diaria y común devoción se había visto engrosada por la celebración de un funeral demasiado concurrido. No podían haber elegido peor ocasión. Leo se apostó junto al altar, donde una imagen representaba a una virgen envuelta en dorada saya, con un manto verde cayéndole desde los hombros, los ojos grandes y rasgados levantados hacia el cielo.

—Los cristianos celebramos la muerte, porque para nosotros la muerte no existe, siendo esta vida únicamente un paso... —salmodiaba el sacerdote al tiempo que doblaba y desdoblaba un inmaculado trozo de tela y lo extendía sobre la copa reluciente. El rebuscado juego de manos hizo pensar a Leo en los movimientos de los dedos de un pollero limpiando y abriendo pacientemente una pechuga. Tan blandos y largos, tan blancos y femeninos. Un mago de la prestidigitación, sonrió. Con un amplio repertorio de trucos.

En el momento en que el cura alzaba la sagrada forma, tomad y comed todos de él, porque éste es mi cuerpo, ella avanzó por un pasillo, pisando unas antiquísimas y desgastadas lápidas, mirando alternativamente a izquierda y derecha. Buscaba a Eduardo, y recordó de pronto las palabras que su padre siempre repetía acerca de que la misa no es más que un acto de antropofagia, un ritual de comedores de cadáveres, bien es verdad que divinos.

Mujeres de negro, abanicándose, cuchicheaban rezos inaudibles postradas de rodillas o aculadas entre las filas de bancos.

Replegadas sobre sí mismas, con las manos recogidas en el pecho, parecían mascar una musiquilla interminable. Leo, que seguía sin poder localizar a su amigo, empezó a impacientarse. Las miradas se concentraban en su vestido verde, tan poco apropiado para la ocasión por lo llamativo y entallado, y sin embargo tan parecido al tono del manto de la virgen en cuyo seno muchos de los congregados anhelaban encontrar consuelo.

Entonces le vio, avanzando por una de las naves laterales vestido de sacristán. Con sus rizos, oscuros y rebeldes, su cuerpo menudo, su estatura mediana y, sobre todo, con tan monstruosa vestidura, parecía bastante más joven de lo que en realidad era. Decididamente, aquel tipo estaba loco de remate. Traía un rosario de cuentas en la mano. Cada misterio del tamaño de una avellana y los dieces como huevos de codorniz.

Él le guiñó un ojo e hizo un ademán con la cabeza para indicar que le siguiera hasta el fondo, y sonrió, pues le enterneció comprobar el esfuerzo que ella parecía revelar en su mirada de miope, algo perdida y forzada por la distancia que los separaba.

¿Dónde llevaría el artefacto? ¿Bajo los faldones? ¡No se los iría a levantar en mitad de la iglesia! De todos modos, al ver que continuaba avanzando por el pasillo lateral, le siguió y uno detrás de otro entraron en la sacristía, encontrándose de pronto rodeados de casullas, cirios y obleas sin consagrar, la falda de Leo levantándose en torno a sus piernas, con un movimiento de alas desplegadas. Y él, al contemplar más de cerca el vestido, que ceñía su cuerpo delgado y moreno, y resaltaba sus ojos, de un verde boscoso, vegetal, que en ocasiones le había parecido maligno, convertidas las pupilas en la punta de dos dardos amarillos, sintió el deseo imperioso de poseerla allí mismo, en las tinieblas de la sacristía.

—Vamonos de aquí, Eduardo, esto parece un cementerio. No me gusta nada.

Él quiso protestar. Al fin y al cabo había sido ella quien había propuesto quedar en la catedral, en lugar de hacerlo en un bar en el que dieran cerveza helada y donde habrían podido conversar a su gusto durante un buen rato. Una larga conversación, que llenara los huecos que en los últimos años se habían ido abriendo entre ellos dos. Una de esas conversaciones que pueden llenar todo un libro. Y con la boca pastosa por la emoción, el corazón acelerado, se decidió por fin a soltar un discurso a la altura del entorno.

—Estás preciosa, Leo, hasta los santos y los beatos en sus gloriosos nichos y capillas dejaban de deleitarse en la visión divina y guiñaban los ojos a tu paso. Parecías un ser celestial avanzando

sobre todas esas lápidas sin apenas rozarlas. Y sin embargo había algo animal, felino, en tus pasos, en tu mirada, algo que me ha hecho desearte ferozmente. Quisiera incluso profanar este lugar...

En lugar de ello se limitó a quedarse mirándola embobado, con todos los sentidos enajenados. Nada de sacrilegios por ahora. Leo inclinó la cabeza hacia atrás y aprovechó para echar una ojeada a su alrededor. Las paredes oscuras, tenebrosas, a pesar de un ventanal abierto que daba a la vecina cripta. Se le erizaron todos los pelillos de la nuca, aunque hubo de reconocer que no era sólo de espanto, pues las palabras de Eduardo habían llegado a turbarla.

—Anda, toma, aquí tienes tu megalito, perdón, tu regalito —exclamó él, alcanzándole un paquete envuelto en papel de regalo, que previamente extrajo de entre sus faldones—. Espérame de la puerta, me quito estos ropones y te invito en tomar algo. Hoy mismo lo probaremos juntos...

Ya estaba otra vez trastocando las preposiciones. Tanto Kant y tanto Schopenhauer, tanto Benjamin, tanto Habermas y Adorno para acabar hablando así.

Mientras, él avanzó hacia ella y la besó largamente, disfrutando hasta del más recóndito recoveco de aquella húmeda cueva, entre estalactitas y estalagmitas, las más perfectas que un espeleólogo pueda imaginar. La idea le hizo sonreír y perdió el equilibrio en el irregular terreno de aquella gruta, de modo que tuvo que apartarse, y al hacerlo, se rió. ¿De qué demonios se reiría aquel emisario del demonio?, pensó ella. Y lo verbalizó de inmediato:

—¿De qué te ríes?

—No me río. Estoy nervioso. Me estás ofreciendo todo tu cuerpo y yo ahora apenas puedo comerme unos trocitos... ¿Haremos por fin algo más que conversar?

Poseerla para él se había convertido, después de tantos años de ayuno, en un auténtico imperativo categórico. Sus ojos se nublaron, primero por la rabia y después por una profunda dulzura. Se inclinó sobre ella y volvió a besarla. De pronto oyeron un eco como de ultratumba y un revuelo, y ambos temblaron. Leo retrocedió unos pasos. Algo se movía en la parte más oscura de la sacristía. Vio cómo la mancha alzaba el vuelo y se le venía encima dando unos horribles alaridos. Era una grajilla, negra, que al pasar junto a ella aleteando frenéticamente la golpeó en la cara, en la mejilla derecha.

—¡Milana maldita! Te ha puesto la cara como un santo cristo —exclamó Eduardo, buscando un pañuelo en sus bolsillos. ¿Bolsillos? Aquel balandrán no tenía trazas de ello.

El pájaro se repinó airosamente, sobrevoló sus cabezas y se posó en un alero, mirando hacia abajo. Leo sintió la sangre caliente y espesa resbalando por su mejilla, se llevó las manos a los ojos y echó a correr.

—Leo, Leo, ¿estás bien? —alcanzó a gritarle Eduardo—. ¡Espérame...!

No pudo terminar la frase, pues antes de lanzarse en pos de ella, se dio cuenta de que no podía salir por allí corriendo y dando voces con aquella facha, así que carraspeó y transformó debidamente la postura de su cuerpo, con la intención de convencer a los presentes de su infinita bondad y recogimiento interior.

Leo también acompasó levemente sus pasos al ritmo propio del lugar, pero pronto se vio rodeada de gruesos y oscuros cuerpos, de rostros llorosos, que se volvían, señalándola, y que, santiguándose, exclamaban:

—¡Milagro! ¡Es un milagro!

—¡Es la Virgen! —corearon.

—¡Mirad! La sangre brota de sus ojos, como en Civitavecchia... —corroboró la que en su superstición era sin duda la más culta.

Leocadia corrió hacia la calle y al cruzar el portón de la iglesia sintió un profundo placer, pues la luz del sol la bañó de golpe de pies a cabeza. Por un momento, vio su rostro reflejado en los cristales del coche mortuorio aparcado frente a la portada de la iglesia, las gotas de sangre salpicando su mejilla. Se quedó paralizada, aunque aquel cálido manto de luz le dio fuerzas para echar a correr calle abajo, hacia el laberinto de plazas y callejuelas. Y, recordando que por allí vivía Duino, un compañero de la gran mazmorra y amigo secreto de Leo —en la oficina, una amistad tan particular no hubiera estado bien vista—, se lanzó en dirección a su casa, seguida de cerca por un grupo de mujeres que sin duda habían decidido abandonar la paz de las exequias en busca de otras atracciones.

Las calles se bifurcaban ante ella, arremolinadas en torno a pequeñas plazas, caóticos ramales que cautivaron su ánimo, pero ella ya había tomado una decisión, tenía un objetivo, y no se dejó tentar por nuevos signos: puertas, escaleras, perfiles de otros habitantes y algún que otro monumento, indicios de misterios que esperaban en otra dimensión. Un espacio que, como un inmenso decorado, ofrecía diferentes interpretaciones. Un rompecabezas en el que la aventura, imprevisible, jamás se vivirá dos veces, pensó, mientras caminaba a grandes pasos, entre los plátanos cargados de hojas, volviendo la cabeza de vez en cuando. ¿Acaso las estatuas de

aquellos impertérritos reyes de nombres tan hermosos volverían la cabeza o guiñarían los ojos a su paso como los santos en sus nichos y capillas?

Un par de calles más abajo divisó el número de la casa de Duino, una de las muchas oportunidades que el caos de la gran ciudad le ofrecía bajo la advocación de un nuevo santo. Levantó la vista, recorriendo la fachada encajada entre los cuerpos de otras casas y la pared de ladrillo y sillería de una vieja iglesia. Los balcones con la hiedra colgando en cascadas parecían darle la bienvenida, invitándola a subir. Se abalanzó sobre el portón de madera y tocó el telefonillo hasta casi fundirlo. Y cuando por fin se abrió la puerta, saltó al interior. NO FUNCIONA, rezaba un enorme cartel escrito a mano en la jaulilla del ascensor. Maldita sea, rápido, había que subir a pie los cuatro pisos. Las plañideras son por naturaleza tenaces, acabarían entrando y quizás incluso alcanzándola.

En realidad hacía un buen rato que aquellas mujeres habían desistido por completo de alcanzarla, pero a ella le gustaba sentir el riesgo. La necesidad de refugiarse, de buscar subterfugios, era una mera excusa para iniciar una nueva peripecia. Y así continuó imaginando que era víctima de una absurda persecución, aunque quizá de quien ahora huía fuera de Eduardo. O de sí misma. De su primera aventura, frustrada por las circunstancias.

Corrió escaleras arriba. Los latidos de su corazón seguían el ritmo de los golpes de sus tacones, que parecían abrir heridas en los peldaños. Y mientras subía pensó en lo bien trazada que estaba la escalera. Recordó lo mucho que sufría su madre cuando en el coche llegaban a la que ella llamaba la curva de la muerte. Su padre aceleraba siempre, el placer de la velocidad reflejado en el rostro, diciendo que aquélla era sin duda la mejor peraltada del mundo. Sería porque un buen día les llevó directamente al otro.

Por fin, jadeando, alcanzó el cuarto piso. ¿Y esas voces que le parecía oír allá abajo, en la calle? ¿Serían las de aquellas mujeres, intentando a gritos que alguien les abriera el portal donde acababan de ver desaparecer a la virgen camino del cielo? ¿O serían tal vez otras, más espontáneas, casuales?

Tocó el timbre con insistencia, sacó un pañuelo e intentó enjugarse las gotas de sangre que empezaban a secarse en su mejilla derecha. Enseguida se descorrieron tres cerrojos, dos vueltas por arriba, dos por abajo y otras dos por el centro, como en la puerta de un castillo y, en cuanto la fortaleza se entreabrió ligeramente, Leo se apresuró a colarse dentro. Duino estaba en calcetines, con una camisa colgando de una mano. No quiere esto decir que estuviera desnudo. Únicamente que no estaba calzado.

—¡Qué sorpresa, Leo! En este momento estaba planchando... Pero, pasa. ¿Te ocurre algo?

Le siguió por el pasillo, y al entrar en el salón, la luz de las ventanas la deslumbró. El le indicó que se sentara y fue al cuarto de baño para traer gasas, emplastos y bálsamos. Mientras tanto, ella rebuscó en su bolso y, al no encontrar ningún caramelo que calmara sus nervios, que suavizara la sequedad de su boca, se puso a juguetear con un sobre de azúcar. *Azúcar blanquilla. Bahía*.

Leo coleccionaba esos sobrecillos, le gustaba la variedad de los dibujos y los colores, que siempre acababan por desteñirse. Aquél tenía la imagen de una graciosa negrita, con pendientes, collar de cuentas gruesas, vestido y pañuelo a la cabeza, todo ello de color rojo. Sostenía en su mano una humeante taza de café. Sin darse cuenta, Leo abrió el sobre y parte del contenido cayó al suelo, resbalando antes por sus rodillas. Se sacudió de encima la tormenta de azúcar y tras volcar el resto en la palma de su mano, lo fue tomando con la punta de la lengua. Después siguió jugueteando con el sobre vacío. Lo fue plegando a lo largo hasta formar una tirilla y luego lo dobló en forma de lazo. Un lazo como el de la pareja, como el del matrimonio, pensó, un nudo gordiano como el de mi unión con Alfonso. Y lo tiró en un cenicero, alejando de su mente aquella inoportuna evocación.

Y mientras su amigo le curaba la herida con una seguridad profesional, ella le contó el episodio del que acababa de salir huyendo. Tras servirle un whisky con soda, que le calentó como el sol en el momento en que salía de la catedral, Duino se acercó a la tabla de planchar, dispuesto a seguir con el montón de camisas. Sabía escuchar, siempre había sido así, lo había podido comprobar en las ocasiones en que habían compartido unas horas después del trabajo, sentados en un tranquilo café, a veces fisgando en una librería o paseando por el campo junto a las montañas, a donde escapaban muy de vez en cuando en algún rato libre. Sus encuentros nunca habían sido amorosos, sino debidos únicamente a una estrecha y rara amistad.

Observador, discreto, pese a su juventud, con la frente despejada, inteligente, la mirada atenta y un ligero toque revuelto en la abundante y oscura cabellera, Duino estaba concentrado en lo que ella le contaba, dando de cuando en cuando una calada al cigarrillo, que descansaba en otro cenicero, colocado estratégicamente en un extremo de la tabla.

Leo sintió que sus ideas se embrollaban y se le ocurrió que la visión de un hombre planchando en una habitación iluminada por el sol y además en calcetines era el paradigma de la sensualidad.

Consciente de que aquel mar inmenso, el de las posibilidades que poblaban sus sueños y su proyecto de revancha, estaba ahí, frente a ella, se fue arrellanando en el sofá-cama y supo que aquella noche se quedaría en su casa. Supo que se acostaría con él allí mismo, en el suelo, que harían el amor al borde de la cama.

Su primera aventura tendría por tanto otro final, con otro hombre. Además, a ella le gustaba pensar que tenía que ocultarse, que aquellas mujeres probablemente estarían ya montando guardia abajo, a la espera de un nuevo milagro mariano. De todos modos, Alfonso estaba de viaje, probablemente no volvería hasta dos días después. Había esperado con tanta impaciencia aquella fecha, la de su encuentro con Eduardo... Nuestros planes no siempre se cumplen como habíamos previsto, se dijo. A veces hasta superan todas las expectativas.

—Y, ¿qué tamaño dices que tiene la cosita esa? —preguntó Duino entre el vapor resoplante de la plancha y el humo de su cigarrillo, mirando con cierta aprensión el paquete que Leo había dejado encima de la cama.

—Veintidós centímetros.

Se hizo un silencio, como si un ángel o un demonio vestido de azul hubieran atravesado la sala en aquel preciso instante. Un silencio tan denso que se hubiera podido cortar con guadaña, como un campo de trigo.

—De largo, claro —añadió rápidamente Leo.

—A un tipo como tu amigo habría que encerrarle por divulgar una herramienta como ésa. Me siento como si fuera un enano. Como un piojo.

Tan valiente manifestación de humildad no hizo sino aumentar los ya crecientes deseos de Leo, que recordó que la gracia, siguiendo la enseñanza del divino Cortázar, estaba en escoger un gusano menos grueso que la entrada del hormiguero. Sabía que la mayoría de las mujeres eran avariciosas y vagas, como se había revelado al fin de las hormigas, hasta entonces tenidas por industriosas incluso por los científicos.

Mientras, él abandonó la plancha, avanzó hacia ella acariciando el suelo con el dorso mullido y esponjoso de sus calcetines deportivos, se agachó junto al sofá y la agarró del cuello. Ella crujió bajo sus dedos y se deshizo como una construcción de arena bajo el peso ligero y fresco de una ola. Le volvieron a la mente los versos del poeta andaluz: un bello niño de junco, anchos hombros, fino talle, piel de nocturna manzana, boca triste y ojos grandes... De pronto se sintió suspendida sobre un abismo, la sangre en sus venas

parecía de plata caliente. Y allá abajo estaba su vestido, plegado como las patas de una mantis en actitud de rezo, abatido en el suelo y semioculto tras una planta con la que miméticamente se confundía. Y se unieron, como el agua y el vino, formando un líquido de un tono totalmente nuevo.

Por la mañana temprano Leo salió de puntillas para no llegar tarde al trabajo. Quería conservar el recuerdo de aquella noche en su piel, el olor del reciente episodio, una nueva página de su vida. Duino gozaba en cambio del privilegio de un horario más flexible. Por la noche le había contado que debía partir horas después en misión especial, para preparar el próximo viaje del jefe, uno de aquellos itinerantes delirios que tanto les divertían a ellos.

Para no demorarse, tras volverse por última vez desde la puerta, abandonó el domicilio del príncipe del amor, que yacía inmóvil y con la boca entreabierta, abrazado a sus propias sábanas. Era una lástima, pero estaba decidida a no volver a verle. Haciendo el amor era elástico, frío y expectante, tenía la seguridad y precisión de un animal que no es consciente de la muerte ni de sus propios límites, como un leopardo, al que no se le puede oponer resistencia y que, sin embargo, nos hace sentir como un cazador furtivo. En cuanto a aquel gusano, el órgano más diminuto con el que una mujer hubiera soñado jamás, se había revelado como nacido para el heroísmo.

Un acto de amor tan perfecto y de tan intensa simplicidad no debía repetirse. Era una chica prudente y se dijo que una vez saciada, podría muy bien ayunar, añadiendo, de nuevo para sí, que la felicidad está siempre en la víspera. Es evidente que a Leo le apasionaban las obras incompletas, pues creía que cualquier historia de amor podía resumirse en un encuentro único, del que los siguientes, si uno cometía el error de repetir, no eran más que copias degradadas. Una vez cada cosa, sólo una vez. Una vez y nada más, se decía en un eco de versos.

Aquella tarde, tras lo que le pareció una jornada interminable asaltada en la mazmorra por el sopor del sueño y la novedad del olor con que Duino había impregnado todo su cuerpo, volvió a su casa tan regocijada y alegre que de haber estado Alfonso habría conocido su alegría a cuatro leguas de distancia. Gozad de la carne, ese bien que hoy nos hechiza, y después se tornará en polvo y ceniza... Versos y más versos ocupaban su mente. Serán ceniza, mas tendrán sentido, polvo serán, mas polvo enamorado... Dunas, mantos de arena constantemente removidos por el viento, médanos, desiertos.

VI

OBESIDAD VARIABLE

Para evitar el castigo tras el coito adulterino con el leopardo, la leona se baña en los ríos, borrando así el rastro de sus más secretas y recientes afinidades. Leo bajó la mirada y durante un rato estuvo observando su cuerpo bajo el agua. Aún era joven, pensó, pero con el tiempo su cintura se ensancharía, sus caderas se volverían redondas y sus pechos... ¿Colgarían sobre la curva de su barriga? Hasta ahora, únicamente durante unos días al mes sufría algunos cambios, pequeñas transformaciones que le hinchaban ligeramente el tronco y las extremidades inferiores, aunque apenas eran perceptibles y además pasaban rápidamente, como las nubes, a pesar de sucederse con mayor reincidencia que la de las cuatro estaciones y la insistencia de una molesta costumbre.

Durante esos pocos días, unos tres o cuatro, sentía que su cuerpo tenía unos contornos poco nítidos, como esfumados, una suerte de doble línea, que reflejaba las dos edades entre las que se encontraba, la última juventud y el inicio de la madurez, aunque aquella sensación era más bien producto de una especie de astigmatismo ficticio, una aberración óptica de su mente. La doble línea de su cuerpo le hacía pensar en aquel cuadro de Velázquez, en el que se puede apreciar perfectamente la sombra, la huella de lo rectificado por el artista, un primer contorno de las patas traseras del caballo del rey.

Y para alejar definitivamente la decadencia de los pensamientos que se empeñaban en acosarla, cogió la pluma y escribió con tinta azul en su carne, en un hombro, el nombre del joven que acababa de ser su amante. Duino. Añadió el de otro al que hacía algún

tiempo le hubiera gustado seducir, Samuel, y el de otro más, Luis, y se quedó tumbada, desnuda, palpitando, observando el brillo de las letras e imaginando que la encontraban así. Con el testimonio de sus más ocultos deseos impregnando su piel. Pero nadie entró. Alfonso, naturalmente, seguía de viaje. No volverá hasta mañana por la tarde. Sonrió y se hundió en el agua caliente, borrando las letras de aquellos efímeros tatuajes. El agua se tiñó levemente, quedando en ella unas ondas azuladas en suspensión, como las curvas de nivel en el mapa de una región montañosa, las estribaciones de una cordillera. Y por sus conductos nasales subió el olor de la tinta.

El cuarto de baño era su reducto. Blanco. El olor embriagador de unos lirios en una esquina. Alfonso había sido muy generoso al dotar la casa con varios baños. Así cada uno podía tener el suyo. Y ella solía encerrarse allí durante horas con algún libro entre sus manos. Un baño de aguas calientes, al atardecer, la hora en la que el alma se pasea por el cuerpo y en la que Leo, invirtiendo mucho tiempo, reunía descalza todas las velas y candelabros que encontraba por la casa. El lujo de la soledad no compartida, en el silencio de una tumba, aunque a veces pusiera algo de música para soñar despierta.

Tener un puro caro y los ojos cerrados es ser rico. Así definía Pessoa la riqueza. Como no fumaba, semejante lujo no era para ella. En cambio, a la luz de las velas, como un personaje de Robert Walser, no le costaba mucho creer que era rica. En cualquier momento aparecería un criado trayéndole un abrigo de pieles. O mejor, un albornoz. O una toalla velluda.

La llamada insistente del teléfono, que previsoramente había traído hasta su refugio, la sacó de la opulencia en la que se había ido sumiendo. Era Eloísa, con ganas de charlar, así que le contó que por primera vez desde que se casara con Alfonso había pasado una noche fuera de casa, con otro hombre.

—¡Es fantástico! —exclamó su amiga.

Una ínfima frase, que para Leo fue como una nueva inyección de vitamina, suficiente de momento para cubrir las necesidades de su maltrecho organismo.

—Era tan joven, que casi parecía un cervatillo. Ahora sueño que le cazo a lazo —se divirtió fantaseando, la rima rebotando en sus oídos. Esas bacterias microscópicas que en el interior de un texto se pueden perseguir con cierta facilidad, pensó, pero que en una conversación telefónica salen disparadas sin que uno pueda hacer nada contra ellas.

¡Qué distancia separa además el pensamiento del lenguaje! Estando con él, había pensado que era como un leopardo y ahora le describía como un antílope, tímido e inocente. Decididamente, aquel hombre reunía en su imaginación las más diversas facetas.

Tras soltar una risita de complicidad, Eloísa aprovechó para poner a su amiga al día. Le habló del asesinato de una escritora australiana que vivía en su misma ciudad.

—He pensado que quizá tú habrías leído algo suyo. ¿Cómo se llamaba? Roberta... Roberta...

—¿Bookworm?

—Sí, ¿la conoces?

—No, pero tras ese curioso seudónimo se escondía al parecer una escritora española poco o nada conocida, un fanático ratón de biblioteca. Sin duda su familia habrá querido conservar el anonimato tras el nombre falso. Hace poco leí una de sus obras. El libro no dejaba de tener algunos desequilibrios, cierta torpeza a la hora de explotar pasajes narrativamente prometedores o una abundancia de conceptos que en ocasiones acababan por desdibujar a más de un personaje. Y, por desgracia, al final se notaba una ligera aceleración, quizá producto de su inexperiencia.

Eloísa estaba empezando a impacientarse al otro lado de la línea. Le parecía que su amiga se estaba poniendo demasiado retórica, incluso redicha; a ella la crítica literaria le tenía sin cuidado, así que carraspeó para que fuera pensando en cortar la retahíla.

—La dedicatoria era estupenda —concluyó Leo, consciente de la inquietud que aquel sonido al otro lado de la línea revelaba—. A santa Nafisa, que por caridad se entregaba a los hombres que otras mujeres desdeñaban. Y según parece era verdad. En *La lozana andaluza* se dice que daba a todos de cabalgar en limosna. De balde, vamos. Más de uno se habrá quedado embelesado con esa primera página y no habrá pasado a mayores.

Un altruismo peculiar, por otro lado muy poco nietzscheano, diagnosticó Leo en su interior, estirando el cuello para apoyar cómodamente la cabeza en el borde de la bañera. La compasión era algo que en aquel sistema filosófico quedaba fuera de lugar.

—Una santa practicando una filosofía sexual digna de Robin Hood, ¿no es eso? Pero mira muy bien con quién practicas tú la caridad. Piensa que tu disponibilidad puede actuar con la fuerza de un imán —oyó que le advertía Eloísa a modo de conciencia telefónica.

—Voy a ser buena, te lo prometo, como si acabara de estar en la iglesia y hubiera comulgado sin masticar —bromeó ella imitando la voz de un exorcizado y sorprendida por lo recatada y modosa que se estaba volviendo su amiga.

—¿Sabes lo que hace a sus víctimas ese psicópata? —insistió Eloísa—. Les arranca el rostro a pedazos con las uñas, con los dientes, y los coloca bien ordenados en el fondo de un plato sopero o de una escudilla, como si fuera un puzzle, tapado con una servilleta. Un horrible mosaico de piezas mal encajadas, de tonos azules, rojos y violáceos, con los ojos vidriosos plantados en el centro...

Eloísa pareció perder el aliento o el valor para seguir. Leo recordaba haber leído una noticia sobre un psicópata al que apodaban el asesino del puzzle y se le ocurrió que verse en uno de aquellos rompecabezas sería como mirarse en los pedazos de un espejo roto. Sintió un cosquilleo en la nuca, como si un espectro minúsculo se la hubiera pellizcado con fuerza.

—La portera le vio por una rendija en el momento en que huía escaleras abajo —continuó su amiga—. Tropezó, y el plato, que se le cayó de las manos, sembró las escaleras de restos de carne.

—Al menos la portera le vería la cara. No tardarán en cogerle...

Leo pensaba en el león de Nemea, al que Hércules arrancara la piel con las uñas para cubrirse con ella como si fuera una coraza, aunque a ella le gustaba más el de Tasmania, un animal de una voracidad incontenible, como la de aquel asesino. Como su propio deseo.

Eloísa le explicó que se trataba de un hombre alto, de aproximadamente un metro ochenta y cinco, de unos cuarenta años, complexión atlética, y al parecer muy atractivo. Dolicocéfalo, de pelo oscuro, tenía algo de entradas, los ojos negros, tristes, la piel tostada y una cicatriz en la frente. Parece ser que cojeaba ligeramente y que, siempre según la portera, vestía una camisa azul clara, un pantalón azul marino y mocasines sin calcetines.

Tras darle las gracias a su amiga por facilitarle una ficha policial tan completa, en la que sólo faltaba el dactilograma, y alegar que tenía algo de prisa, pues esperaba una visita, sí, sí, prometió, te ayudaré a cruzar a tu perro, no faltaré, ¿mañana?, de acuerdo, Leo colgó y se recostó en la bañera, hundiéndose de nuevo en la riqueza y retomando el hilo de sus pensamientos. Para ella el mejor diván era el de agua. Mira que si acabo en manos de un hombre como ése, pensó, y sintió frío, pero era muy improbable, si no imposible. Semejantes combinaciones sólo se dan en la literatura, concluyó. O

en el cine. Tendría que hablarle a Alfonso de ello, quizá le diera alguna idea.

Por otro lado, ¿qué era al fin y al cabo lo que buscaba ella en los hombres? A veces, lo mismo que en los libros. Que acabaran en el momento exacto, contra el terco deseo de durar. Era difícil aguantar la obesidad en los libros. El ritmo lento, demasiado lento. Y aunque hacía excepciones con alguna obra monumental, generalmente no resistía ninguno que sobrepasara las trescientas noventa páginas —por poner un límite por lo alto y no resultar exagerada—, aunque sólo fuera en una y en la contracubierta aseguraran que se trataba de una de las obras más importantes de la literatura contemporánea, resultando al final una interminable fábula en prosa, ahogada en su propia verborrea, un obeso mamotreto. Además de plúmbeo, como los que antiguamente se escribían sobre láminas de plomo. Otra de tus incongruencias, Leo, se dijo, pues tus libros preferidos son algo más que obesos, descomunales. Así que no era el número de páginas lo que hacía que un libro fuera obeso, sino la grasa, la materia sebosa que impregnaba cada una de ellas. Una detrás de otra.

Los libros tenían que ser como el amor, continuó. Como el amor, compañeros inseparables de la muerte. Sólo la levedad le resultaba soportable. Si no, era el cuento de nunca acabar. Por eso, porque la cortesía en la escritura consistía para ella no sólo en escribir menos, sino también en no ser demasiado explícito, dejando que el lector averiguase ciertas cosas, le aliviaba pensar en todo lo que cada autor había dejado de escribir, como Cervantes en la segunda parte del Quijote. Y le fascinaba el minimalismo de un Toussaint: un hombre recluido en una bañera a lo largo de poco más de cien páginas... O los personajes ociosos, como el vaguísimo Oblomov, un ser inmóvil. O la discreta rebeldía de Bartleby, el escribiente. Se trata de un principio de economía literaria, concluyó, lo que no meta uno en un libro podrá encajarlo en el siguiente, como quien hace salchichas con la menor cantidad posible de mondongo.

En cuanto a los hombres, lo que buscaba era uno que fuera capaz de pasar una noche entera velando su perfil a la luz de la luna, con el murmullo de los álamos de fondo, frente a todos aquellos dispuestos a regalarle una ciudad entera, un simple palacio o un palco en la ópera... Recordó a un presumido que una vez intentó seducirla poniéndole delante la cartera rebosante de tarjetas y fajos de billetes. La plantó sobre la mesa, junto al cubierto, justo al lado del jugoso cochinillo, y estuvo manoseándola durante toda la comida, ignorando que ella pudiera ser inmune al dinero, aunque hubo de reconocer que la billetera era tan grande que no debía de caber en ninguno de sus bolsillos. No se trataba sólo de un puro

exhibicionismo. Y encima él apenas probó bocado, sólo un poquitín de lechuga, normas de sociedad reprimida y educada en la sobreabundancia y el despilfarro. Ella se atrevió a saborearlo y él, al ver la grasa brillando en la comisura de sus labios, la deseó con tanta intensidad, que, tras dejar un gran billete encima de la mesa, agitándolo primero de un lado a otro y casi restregándoselo por las narices, nada de calderilla, ¿ves?, agarró con una mano la billetera y con la otra apretó la muñeca de Leo y se la llevó corriendo al coche.

Eran las tres de la tarde de un tórrido verano, pero el calor no impidió que él parara junto a un arroyo seco y se volviera hacia ella para besarla y buscar entre sus piernas. Una mosca azulada y zumbona acertó entonces a hacerle el juego a Leo. El apartó la mano para espantar al insecto que ya le rondaba la cara y ella aprovechó la ocasión para salir huyendo. Realmente qué podía ofrecerle a ella un millonario, aunque fuera uno inocente que no hubiera fastidiado más que a los peces en busca de un tesoro sumergido. Qué podría ofrecerle, pues, a ella, que pensaba que no había diamante más valioso que una gruesa gota de lluvia...

Salió del baño, se secó con la toalla y, tras untarse de crema de arriba abajo, se encaminó desnuda hasta su cuarto. Tenía unos minutos para descansar y absorber el perfume de toda aquella hidratación.

Tumbada en la cama boca abajo, atravesada sobre el colchón, se dedicó a observar los dedos de su mano izquierda, apoyada la palma sobre la colcha a la altura de sus ojos. De perfil, tostados por el sol, con ese tono que da a las uñas cierta fosforescencia, el suave aspecto de las conchas en una playa, le parecieron tres monjitas acostadas boca arriba en el suelo. O mejor aún, en una nube. El pulgar y el meñique no contaban, pues el pulgar no quedaba de perfil y con su grosor algo mayor parecía, en todo caso, la madre abadesa o la prelada fundadora, cuyo gobierno debía conservar las buenas costumbres entre sus súbditas.

En cuanto al meñique, en aquella postura y mirando con un solo ojo, había desaparecido por completo. Las tres novicias, sor Índice, sor Corazón y sor Anular, mostraban un ligero gesto de humildad en esa zona en que la uña se hunde un poco, en la cutícula, como si las tres modosamente escondieran la barbilla bajo las tocas.

Un timbre sonó entonces con gran violencia. Quizá llamara a las hermanas a alguna de sus muchas horas de rezo y penitencia. ¿Acaso se trataba de la campanilla del torno, a la puerta del convento, avisando a la hermana portera? No era más que el despertador y fue Leo quien finalmente tuvo que levantarse,

llevando a sus perezosas postulantas colgando boca abajo hasta que fuera la hora de irse a la cama. Tenía que vestirse. Él iba a aparecer de un momento a otro.

Tenía una nueva cita, otra oportunidad para borrar el tedio de su vida conyugal, la casi constante presencia de Alfonso, imprimiendo sobre ella otro efímero encuentro. Esta vez la compensación tendría lugar en su propia casa, un atrevimiento cuyo riesgo la turbaba de los pies a la cabeza.

¿Cómo se viste una mujer como Leo, apasionada de la lectura? Para las labores domésticas, con un simple delantal. O bien, desnuda, se ataba alrededor de la cintura y en diagonal un camisón de seda, que, a modo de taparrabos, no tapaba nada. Como la mayoría de las mujeres, que cuando se disponen a pintar paredes o techos y para no mancharse el pelo se ponen un pañuelo en la cabeza, dejando todos sus cabellos por fuera. Y es que su cintura, no deformada por embarazo alguno, buscaba más que ninguna otra parte de su cuerpo el abrazo de una tela o, a ser posible, el de un brazo cubierto de vello.

Bien es verdad que la ocasión era ahora muy distinta. El hombre sin atributos se había preguntado a menudo ante la atenta mirada de Leo por la razón de que la mayoría de los ingenieros no sean como les corresponde y de que, por tanto, sus trajes, a los que no dudan en añadir pisacorbatas en forma de dientes de ciervo o incluso de basilisco, estén construidos como las piezas de un automóvil, resultando así tan rígidos como los de cualquier otra persona. ¿Por qué no aplicaban la audacia de sus pensamientos en sí mismos?, se preguntaba aquel hombre carente de atributos, aunque provisto de una inteligencia fabulosa. Y así Leo, en la elección de su atuendo, procedió con una aplicación más propia de un científico que de una representante del llamado sexo débil. El resultado le pareció digno de la crítica de la razón cínica. En suma, que, conociendo los gustos de su invitado, se había vestido con la única intención de ser desnudada después.

Se miró en el espejo y sintió su corazón frágil, fugaz y de contorno variable, como su propio cuerpo. Recordó entonces otra definición de la riqueza, la de un poeta español. Estar en un tejado con un zumo de naranja... ¿Y no podía ser con una copa de vino blanco, por ejemplo?

VII

BAJO EL BALCÓN

Sonó de nuevo un timbre. Esta vez el de la puerta. Con la ferocidad de un deseo aplazado sin cesar. Por fin llegaba el hombre al que esperaba. Corrió a abrir y le hizo pasar. Él se quedó fascinado mirando las estanterías repletas de libros y se detuvo a observar el anaquel que quedaba exactamente a la altura de sus curiosas narices, leyendo en voz alta y con evidente fruición los nombres de los autores que allí se alineaban por orden alfabético, no por ello sin cierta afinidad.

—Melville, Meyrink, Milton, Miller, Mommsen, Montaigne, Musil, Nabokov...

—¿Nabokov? ¡Eso es imposible! —exclamó Leo.

Se le ensombreció el rostro, bajo el ceño fruncido, y estaba dispuesta a lanzarse contra la biblioteca, que según le pareció intentaba burlarse de ella, cuando Eduardo, con una sonrisa en los labios, volvió a repetir los últimos nombres:

—Montaigne, Musil, Nekrásov...

Ah, eso sí, se dijo Leo. Nabokov no estaba entre ellos. Y respiró aliviada. La hostilidad que aquel autor expresara contra Cervantes, al no ver más allá de sus exquisitas narices de lepidopterólogo literario, la había llevado hacía ya bastante tiempo a darse el placer de arrojar por una ventana no sólo su estudio sobre el Quijote, sino también su famosa *Lolita*. Y suerte que en su biblioteca no había ningún ejemplar de *Barra siniestra*, pues habría acabado siendo víctima de otra solemne defenestración.

Eduardo percibió a sus espaldas cierto desahogo en la respiración de Leo. Qué impulsiva y maniática era aquella mujer, pensó, y prosiguió con la enumeración.

—Los *Cuentos de la Malá Strana* de Jan Neruda, Nietzsche, Nin, Nizan, Nossack...

Entonces se volvió hacia Leo sonriendo y con una mano apoyada sobre el estante.

—Bien, bien, bien, bien —repitió meditabundo, como si examinara con un estetoscopio el estado de los pulmones de su amiga, auscultándolos, rozando en realidad los lomos abultados de los volúmenes que quedaban a su alcance.

A Leo le pareció un taxonomista, que se frotaba las manos ante las jaulas de un zoológico pobladas por animales de muy distintas especies.

—Ves todos esos libros, ¿verdad? Pues los he leído todos. Absolutamente todos. Y algunos más que no están aquí.

—¡Guauu! —se limitó a aullar su filosófico huésped por toda respuesta.

—¿A que no se me nota? —aventuró ella.

—¿Qué quieres decir? —replicó él, preguntándose si se refería a todos aquellos libros almacenados en algún rincón de su cerebro o si se trataba de apreciar algún mínimo cambio anatómico producto de una habilidosa operación estética.

—Bueno, no sé... Quizá se deba a que tengo mala memoria. O mucho pudor para andar soltando citas de escritores famosos —explicó ella con paciencia.

Recordaba que, según Montaigne, quien reconocía que en los libros sólo buscaba sano entretenimiento, es prueba de ardor de estómago y de indigestión que nos repita la carne cuando nos la hemos tragado. Una buenísima idea corroborada por Leo, quien trataba de compensar una incapacidad que en ella sólo era intermitente. Un libro no debía dejar demasiadas huellas. Al menos, visibles. Uno puede llevar la biblioteca a cuestas, como el ingenioso hidalgo, pero ha de ser fundiéndola con la propia personalidad.

Sabía sin embargo que con sus palabras había rozado la paradoja, el absurdo, el sin sentido, pues más de una vez se había descubierto a sí misma disfrutando del placer de lanzar una cita en el momento oportuno, exhibiéndose ante la mirada y la aprobación ajenas. También Eduardo era consciente de ello, pero se abstuvo de mencionarlo.

—Gracias por Dios. Serías una auténtica pedante —concedió.

—Sí, pero me gustaría al menos tener la posibilidad de hacerlo...

Aunque estoy convencida de que todo esto estallará algún día entre mis manos. Saldrá de mi cabeza, camino de la realidad... —Leo se interrumpió, estaba hablando demasiado—. Vamos a la azotea, ¿quieres?

Abrió de nuevo y le cedió el paso, dejando la puerta entornada tras de sí. En caso de que venga alguien, quizá si Alfonso vuelve antes de tiempo, cosa del todo posible, teniendo en cuenta el desorden que reina últimamente en su vida, parecerá que han entrado ladrones, pensó.

—Y a ti, ¿dónde te gusta más leer? —preguntó él mientras subían por las escaleras camino de la azotea—. ¿Acaso Leo no lee en la cama?

Cuando no se sabe bien lo que se lee, pensaba ella buscando una respuesta adecuada, cuando el lector no necesita esforzarse, puede leer en la cama, relajarse con la lectura hasta el punto de quedarse dormido. Pero ella, que, como una isla, acababa siempre rodeada de libros por todas partes, libros que amontonaba cuidadosamente en torrecillas, colocándolos con una precisión maniática, de forma que los títulos pudieran ser leídos en cualquier momento sin dificultad, ella, a la que le gustaba creer que en sus gustos literarios era más masoquista que un joyceano, en realidad lo que temía era perder la voz narrativa y la compostura en el mare mágnum de las sábanas. Y aun así pasaba por alto muchos datos que sin duda eran importantes y tenía que volver constantemente hacia atrás, pues por lo general los autores no suelen poner nada gratuito, ni siquiera regodearse en una mera descripción. Todo tiene un sentido, que más tarde o más temprano se acaba revelando al lector atento.

—Prefiero hacerlo en lo duro —se limitó a contestar, y al hacerlo, sintió de nuevo la presión del suelo contra su vientre, contra sus caderas y codos, alzado el pecho entre ellos para cobijar un libro, los pies en el aire, cruzados por los tobillos, las puntas de sus dedos señalando el cielo raso. Acostumbrada a sentarse en el suelo, reminiscencia moruna de su educación, leer en aquella postura la dejaba convertida en una sirena. Era como si perdiera las piernas.

La estupefacción de Eduardo la obligó a definir aquel lugar tan poco frecuentado por la mayoría de los lectores.

—En lo duro, sí. En una silla, ni labrada ni de estilo ni mullida, que me permita adoptar las más intolerables posturas. O en la rigidez del suelo, por ejemplo. Por eso jamás leo en la cama. También huyo de los jardines. Las flores, siempre rodeadas de insectos, y las plantas tienen demasiado afán de protagonismo,

haciéndome perder el aroma de las páginas. Algunos libros huelen a verano y a infancia, cuando aún podíamos leer con calma, el dedo marcando las líneas lentamente.

—¿Y todos esos libros han influido en tu forma de pensar? Dicen que un libro ayuda a triunfar —la interrumpió Eduardo.

Decididamente el material que con aquella rima bobalicona acababa de manar de la cabeza de su amigo no tenía desperdicio. Un libro, llave del éxito, puerta del saber... Beneficios de la necedad, que diría el de Rotterdam, pensó, aunque a pesar de todo hizo un esfuerzo para explicarse:

—Intento vivir de acuerdo con todos esos libros, pero...

—Pues debes de tener una vida realmente complicada —inquirió el pensador, interrumpiéndola una vez más—. ¿No tendrás una doble vida?

—¿Doble? Si cualquier gato tiene al menos siete, ¿por qué habría yo de tener sólo dos? —se excusó ella, abriendo la puertecilla que daba acceso a la azotea. Estaba oxidada y chirrió. Alguien había arañado trabajosamente una leyenda en la rugosidad de la áspera superficie: No se puede vivir sin amar. La puerta se usaba muy de vez en cuando y allí ya nadie recordaba las palabras de fray Luis de León, ni mucho menos vivía según ellas.

—Llegamos en el momento justo. Se está poniendo el sol.

—¡Santo Dios! —exclamó Eduardo. El asombro se reflejaba en su rostro, como en el de lord Carnarvon cuando tras larga espera pudo ver al fin la tumba de Tutankhamon—. ¡Qué maravilla!

Aquella misma tarde, Leo había decorado el balcón volado que formaba la azotea sobre la casa, con velas, bandejas repletas de frutas y pétalos de flores esparcidos por el suelo. Había colocado también algunos de los muebles más caros de la casa. Un par de sillas estilo Luis XV, una mesa elegantísima, herencia de la abuela de su marido, y los cuadros de sus bisabuelos, enmarcados entre filigranas de oro, componían una escena poco común.

Más allá del pretil, una grúa relucía como oro líquido recortada sobre un fondo de nubes grises y de espuma blanca. Nubes densas, festoneadas de rojo, como si el sol, oculto entre ellas, fuera un disco fluorescente.

—¡Ah, estoy hambriento! —exclamó Eduardo acercándose a una bandeja de espárragos. La tentación de los afrodisíacos, que sin duda aumentarían aún más su desmedido apetito.

Así puedo durar lo que un merengue a la puerta de un hospicio, se dijo ella. Hambre, hambre atrasada, pensó, recordando sus

numerosos y fallidos intentos de devorarla. Un nuevo artista del hambre, alguien que había ayunado demasiado tiempo. Como si en los años transcurridos desde que se conocieran en la Universidad no hubiera encontrado otro alimento de su gusto. Los filósofos tratan de encerrar el mundo en lo que ellos llaman un sistema, y de ahí la obsesión que aquel hombre parecía sentir por ella y la perseverancia de sus sentimientos. Por suerte, ella ya había aprendido a desconfiar de semejantes visiones globales del mundo.

—¡No toques nada! —gritó Leo de repente.

Él se volvió hacia ella, extrañado.

—¡Ningún cuadro! ¡Ni los muebles! O mejor, ¡ponte estos guantes mientras estamos aquí arriba! —le ordenó, alcanzándole unos guantes de seda negra, que había sobre una de las sillas.

—Ni que estuviéramos en el Museo del Prado o en una sofisticada ceremonia litúrgica. O entre un quirófano. Perdón, en un quirófano.

—No quiero que vayas dejando tus huellas por todas partes.

—¿Estás loca?

—Si regresara Alfonso antes de tiempo, lo primero que haría sería avisar a la policía. Sin duda creería que se trata de un robo en casa... Quizás acabaran encontrando todo esto aquí arriba. Aunque ya hace años que él jamás sube a la azotea, sólo entra y sale por allá abajo dando algún que otro portazo.

Se daba cuenta de que sus precauciones eran absurdas, exageradas, pero le gustaba dar a su juego un aire de extremo peligro. Todo aquello tenía más de manía, de fantasía, que de sólido razonamiento. Por otro lado, estaba segura de que Eduardo le seguiría el juego. Ya en la catedral había ido aún más lejos que ella, vistiéndose de tan estrambótica manera.

—Encontrarán tus huellas...

—Bueno, aparte de que son los muebles de mi casa y por tanto daría exactamente igual, la verdad es que yo no tengo huellas —confesó Leo, al tiempo que le ofrecía una bandeja cubierta de canapés.

—Eso es imposible —dijo él, girando un siniestro dedo índice en el aire, envuelto en el sudario negro, e indeciso ante la mucha variedad que ella le brindaba, aunque de pronto, con la rapidez y precisión de un zopilote, se lanzó en picado sobre su presa. Un canapé de apio, espolvoreado delicadamente con pimentón sobre una capa de mayonesa, dorada tras una breve estancia en el horno.

—En absoluto. Se trata de una mutación genética —explicó Leo

al tiempo que escanciaba un vino casi transparente, Riessling, que saltó al caer en el fondo de las copas, riess-ling. Chin-chin, las chocaron en el aire y apuraron el contenido.

—Esa mutación genética no existe —afirmó él, dejando la copa y secándose las comisuras con una de sus manos enguantadas—. Hummm.

—Existe desde el momento en que yo la tengo. ¡Mira mis dedos! —exclamó ella, revolviéndolos primero en el aire y acariciándole después la nuca.

La piel de sus manos, como la de todo su cuerpo, era extremadamente delicada y tan suave como la cara interna de una concha, esculpida por el roce constante del agua salada y de la espuma, en su caso de un tono dorado oscuro como el de la miel o el carey.

—¡Oh, qué delicia! —gimió Eduardo, abalanzándose sobre sus labios y buscando en el interior de su boca una suavidad más húmeda.

Ojo, reflexionó Leo, lleva tanto tiempo esperando este momento que puede explotar con la violencia de una caldera enlodada, volcando todo su contenido sobre mí. Presenciar una erupción es algo espectacular, aunque a veces puede resultar terrorífico. Fuentes de fuego acompañadas de un ruido ensordecedor, ríos hirvientes y viscosos, que entierran y aniquilan todo lo que encuentran a su paso... Con la precisión de un vulcanólogo, es preciso prever el momento del estallido para tomar ciertas medidas de seguridad. Vayamos por partes. Hay que proceder como Wittgenstein con su famoso *Tractatus*, una especie de escalera por la que se ha de subir sin saltarse ni un solo peldaño, para luego arrojarla lejos o simplemente abandonarla. Lo mismo ha de hacerse con un amante, más aúncuando se trata de un filósofo, al que Nietzsche concebía como una materia explosiva, ante la cual todo se encuentra en peligro. Un terreno infestado de redes, lazos y trampas, por el que se ha de avanzar con mucha precaución.

Así que, despegando sus labios de los de él, Leocadia se dedicó a trajinar entre las fuentes, estirándose la minifalda.

—¿Y no será que te los quemas por no tener huellas dactilares? —preguntó él.

—Cuando fui por primera vez a hacerme el documento nacional de identidad me fabriqué unas huellas falsas con una finísima película de silicona, artimaña que he repetido después en cada renovación. Además, ¿acaso no has oído hablar de las empleiteras, las mujeres que trenzan esparto? Los pulgares se les deforman, se

les achatan hasta quedar planos. Roídas las yemas, los dedos pierden las huellas dactilares. ¿Quién te dice que no las he perdido pasando página tras página?

—Entonces tienes manos de asesina... —susurró él, acariciándolas a través de los guantes.

—Mis manos son de pianista, como las de Orlac.

Quedaron ambos en silencio, observando el paisaje que se dominaba desde aquella atalaya, perfecta para un encuentro como el suyo. Magnífico y proscrito. Desde allí podían acechar el silencio de la noche en el campo y volver a ver las estrellas. Viejas conocidas, que sin embargo nunca soltarían su secreto.

A la derecha se divisaba una amplia sucesión de colinas, cubiertas por matorrales y rodeadas por un muro de ladrillo, en su mayor parte derruido. Allí dentro, en la oscuridad profunda de la hora, se escondían los ciervos y quizás incluso algún que otro jabalí. Leo se encaramó sobre el pretil y señaló a lo lejos unos hoyos, semiocultos entre la reseca vegetación. Trincheras de la guerra civil, de cuando ellos aún no habían nacido.

Al otro lado se extendía la superficie jugosa de un campo de golf. Nadie se aventuraba por el césped a tan altas horas. Y a sus espaldas se adivinaba la bruma de las luces de la ciudad, prácticamente oculta por el pretil, en aquella parte mucho más alto. Del océano de resplandores en su mayoría lechosos sobresalía la torre de una cárcel. Hasta ellos llegaba el frescor del arroyo y de los frondosos fresnos, y el murmullo de los pájaros acurrucados en la copa de un roble, vestigio solitario de un antiguo bosque, arrimado ahora a la fachada posterior de la casa.

Una bandada de golondrinas cruzó sobre sus cabezas, chillando y trazando arriesgados vuelos en busca de alimento. Leo sintió la necesidad de romper el silencio que había ahogado su diálogo, provocado sin duda por la imagen de unas anónimas manos bañadas en sangre.

—¿Sabías que las golondrinas almacenan los mosquitos en las alas, entre las plumas? —preguntó para acabar con el embarazo de aquel mutismo—. En esta época del año es cuando más se esfuerzan, pues tienen crías.

A Eduardo el reino animal no pareció interesarle lo más mínimo, así que Leo probó otra vía más segura:

—Hablemos de ti —sugirió—. ¿Cómo van tus publicaciones?

—Bueno, ya sabes, conseguí la cátedra de Estética. Y desde esa fortaleza intelectual sigo fustigando al sistema capitalista. La revolución hoy día ya no se hace en las barricadas. Ahora la hacemos con virus.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Leo devanándose los sesos aristotélicamente y rozando el borde de la copa con la yema de un dedo, que después se llevó a los labios, para saborear la dulzura de una imperceptible gota de vino.

—Introducimos el virus informático en puntos estratégicos y así ponemos en marcha una nueva revolución cultural. Reivindicamos lo hortera, el *kitsch*, el arte de la fotocopia, la reproducción electrónica de la obra de arte desde una posición adorniana, se trata de una canalización nueva de los métodos vanguardistas...

¡Qué tontería!, pensó Leo, aunque al menos las preposiciones parecían haber alcanzado un alto el fuego. Aquello eran escorias de volcán a punto de extinguirse. Sin embargo, le trajo a la memoria el proyecto que Eloísa, contando con su apoyo, había soñado llevar a cabo. El Banco del Semen Caótico. Semen blanco para los negros, amarillo para los blancos y negro para los asiáticos. El fin del racismo, del clasismo y quizás incluso hasta del monoteísmo, había exclamado su amiga con la vehemencia de quien concluye un discurso político.

—¡Por cierto! —prorrumpió su interlocutor, como si acabara de caerse del mismísimo árbol de la ciencia—. ¿Has utilizado el cachivache que te regalé por tu cumpleaños?

La sombra del bauprés es alargada, se divirtió Leo, siguiendo la costumbre que su marido tenía de deformar los títulos de las películas y burlándose así de la insistencia de su amigo, pero ante él se disculpó, alegando con no poca diplomacia que sí, que lo había estrenado ya. En realidad no había sabido qué hacer con aquel trasto y, al salirde casa de Duino, lo había arrojado a un contenedor de basuras. Nunca podría decirle la verdad. Eduardo parecía tan orgulloso de su adquisición.

—¿Tú solita? ¿A que te gustó? Era el mejor que encontré.

A Leo le molestó el tono de complacencia en la pregunta. Ni que fuera su propio cachivache. Aquel vesubio humano parecía dispuesto a dejar asomar su oculta cima allí mismo. Así que, apartando a un lado la política de no beligerancia, le confesó que no lo había hecho sola. Sin dar nombres, le contó que, tras huir de la catedral, había tenido que refugiarse en casa de un amigo, con el que había puesto a prueba las bondades de su trasto.

Eduardo se limitó a soltar una de sus ontológicas risitas. Cuando algo le incomodaba o no le gustaba en absoluto, se reía de esa forma, con una alegre y acuática cascada que brotaba de lo más hondo de su ser. Sus ojos se achinaron y parecía que se le iban a saltar las lágrimas. Al final en su rostro sólo quedó una sonrisa,

agria en las comisuras y dulce en el centro, abultado, de sus labios.

—Leo, ¿puedo hacerte una pregunta indiscreta?

Ella asintió con un movimiento de cabeza casi imperceptible y él disparó su pregunta a quemarropa.

—¿Por qué te casaste con Alfonso?

—¿Le conoces?

—Bueno, le vi hace años, poco después de vuestra repentina e inesperada boda, pero... No has contestado mi pregunta.

—Yo misma me he hecho a menudo esa indiscreta pregunta. El caballo, cansado de la libertad, toleró que le ensillaran y le pusiesen riendas. Y así hubo de soportar que hasta la muerte le montasen.

Eran palabras de Goethe, para escurrir el bulto. De modo que sí citaba, lo hacía de manera constante. A Eduardo las últimas frases le habían sonado a cosa aprendida, intuyó la cita y confirmó la sospecha de que su amiga a veces sí que resultaba algo petulante y afectada.

En realidad, siendo muy joven, Leo se había creído capaz de vivir casi con cualquier hombre, ninguno parecía mejor que otro. Lo mismo daba un camarero entrevisto en cualquier bar de un pueblecito perdido en una sierra remota y escarpada, azotada por el viento, que un barrendero en una gran ciudad. Aquel que mostrara la más mínima bondad o hiciera el menor gesto de ternura hacia ella le parecía que podía ser un feliz compañero. Y se sentía capaz de compartir con todos y cada uno de ellos una vida silenciosa, tranquila y a veces hasta buena.

Alfonso era, cuando le conoció, un hombre culto y sensible, al que le gustaba leer, o al menos eso le había parecido a ella. Aunque quizá lo hubiera dicho para conquistarla, un viejo truco que había dado resultado. Poco a poco, sus negocios relacionados con la industria del cine, de la imagen, así como el dinero, aquella avalancha de bienestar, que lo mismo adoba que entorpece el entendimiento, fueron echándole a perder el gusto, dejándole incapacitado para leer, al principio por falta de tiempo y al final, creía ella, por puro desinterés. Sin embargo, recordaba haberle visto en más de una ocasión, y no hacía mucho de ello, al modo cervantino, el ánimo suspenso, con un papel delante, la pluma en la oreja, el codo sobre la mesa y la mano en la mejilla, pensando...

El retrato del artista inexistente, se mofó Leo en su interior. Escribía, según le dijo, una novela, y tenía ya escritas al parecer más de cien páginas, pero sin duda alguna que ya habría abandonado su proyecto por completo. Sospechaba que no era muy amigo de lo escrito. Lo cierto era que padecía una aguda dislexia, que le llevaba no sólo a confundir letras cuyo grafismo o sonido

fueran parecidos, sino hasta el extremo de invertir palabras enteras en la lectura.

En cuanto a su aspecto algo desaliñado, que tanto le gustó a ella cuando se conocieron, se había ido atildando. También estaba algo más grueso, pero seguía siendo atractivo para las mujeres. Debía reconocer que no tenía mala pinta, aunque a ella últimamente le gustaba imaginarlo peor de lo que era, acomodando la imagen y los gestos de su marido a sus desvariadas intenciones, una maniobra que se iba haciendo cada vez más necesaria, imprescindible incluso, para evitar las crecientes punzadas de su conciencia. En realidad eran aberraciones febriles de su mente, hipérboles caprichosas.

—¿Y nunca has pensado en el divorcio? —siguió preguntando Eduardo.

Se oyeron unos pasos, rechinando allá abajo, en la gravilla del camino. Su marido había vuelto antes de tiempo, como si con su conversación le hubieran convocado. Quizá fuera la farsa del marido que se va y en realidad se queda o vuelve inesperadamente.

La velada se podía dar por terminada. Alfonso entró en la casa llamando a Leo a voces. Ella escuchó su nombre repetido sin cesar. No le gustaba oírlo de ese modo, sin apenas mediar silencio entre un Leo y otro, como en un eco exigente. Prefería escucharlo en un susurro, musitado entre las olas que se forman en el remolino de las sábanas. Por un momento, le pareció que aquellos gritos sonaban con la violencia de los portazos y pisotones que la mayoría de los actores se empeñaban según ella en propagar por los endebles escenarios teatrales. Allá abajo se había desatado el infierno, y ellos dos, en la azotea, se quedaron paralizados.

De pronto se hizo el silencio. Alfonso, vencido por el sueño y la bebida, se habría desplomado sobre su sillón preferido, siendo engullido por aquellas fauces de tan dóciles muelles. La soledad, la distancia que desde hace tiempo nos separa, es la que le lleva a esos extremos, pero me aterra, pensó y, como resucitando de entre los muertos, se levantó y, susurrando, le indicó a Eduardo que la siguiera sin hacer ruido.

—¿Adónde vamos?

—A tu casa. Rápido. Saldremos por la escalera de incendios. No nos verá.

Eduardo se descalzó los guantes y la siguió. Tras ellos quedaba un bosque de torres de cristal. Un Manhattan de botellas vacías.

—¡Pero, Leo...! —exclamó Eduardo al verla trepar por el parapeto para alcanzar las escaleras—. Si no me había dado cuenta de que ibas vestida con los colores de la bandera rastafari...

Sabía que su música favorita era el reggae, que era devoto del rock y de los fancines; por eso después del baño, una vez enjugada toda la crema con que había impregnado su cuerpo, se había puesto unas atrevidas medias verdes, una minifalda amarilla y un *body* de ante teñido de rojo. Era consciente de que iba hecha un adefesio, pues hasta ese momento su atuendo había tenido el mismo efecto que la predicación de san Pablo a los efesios. Por cierto, se dijo, ¿cómo vestirían ellos, los efesios? Este sofista debe de ser daltónico, había pensado durante la cena. No lo era. Al menos no tanto como para dejar pasar tan prometedora bandera envolviendo las piernas y el torso de una mujer sin emitir un silbido de entusiasmo.

—Ah, Jamaica... —suspiró mientras bajaban las escaleras con calma, para no hacer ruido y no despertar a la bestia que se escondía en el averno. Su corazón era ahora un magma burbujeante a punto de ascender a la superficie—. ¡Cómo envidio a tu marido!

—¿Te gusta ese jardín?

Leo señaló una extensión que hasta entonces había quedado oculta por el saledizo que formaba la azotea.

—Es suyo... —continuó, algo desilusionada por el desinterés de Eduardo ante las maravillas de la naturaleza—. Y evita que sus hijos lo destruyan no teniéndolos.

Eduardo tuvo la impresión de que, ante la maquiavélica idea de un Alfonso junior, su masa encefálica, blanda y delicada, se retraía como el contenido de una ostra al contacto con unas gotas de limón. Encogió ligeramente el cuello y respiró profundamente, llenando hasta el último rincón de sus pulmones. Claro, que en su mente lo mismo podía haber surgido la imagen de una Leo junior. Una extravagante y caprichosa miniatura.

Por el Este se acercaba una tormenta. Negros nubarrones. Como un presagio de muerte. Empezó a lloviznar y, todavía en la escalera, les alcanzó el perfume de la madreselva, enredada en los últimos escalones.

De la casa llegaban ahora las palabras de una canción ranchera. Alfonso estaría marcando algunos pasos, medio paso hacia delante y uno hacia atrás; él sí que sabía hacerlo, bamboleándose como una palmera salvaje sobre las alfombras del salón y berreando flores negras: «Sufro porque tus labios sólo mienten y dan la muerte con un beso».

El rigodón del borracho, pensó Leo. Desafinaba, decididamente su marido desafinaba. Cuánto se habían divertido en otro tiempo cantando aquella misma canción, recordó. Entonces a ella no le había importado que él no tuviera buena voz. Tampoco es que ella fuera lo que se dice una soprano. Impaciente y quisquillosa, le

parecía que cuando bebía Alfonso se volvía desmemoriado, tambaleante y demasiado cariñoso. Y ella en su aversión llegaba a bordear la irracionalidad si él se le acercaba, aunque fuera como siempre para abrazarla o para intentar besarla.

—Borracho, borracho, borracho —murmuraron los poco compasivos labios de Leo, quien, cogida de la mano de Eduardo, se alejaba corriendo a través del jardín.

VIII

OSCURO COMO LA TUMBA EN LA QUE VIVE MI AMIGO

O4.40 a.m.: llegan a la casa, él con las manos aparentemente atadas a la espalda. Escoltándole con lo que parece una pistola, ella le empuja hacia el interior del inmueble. Por un estrecho corredor acceden a la vivienda, oscura y fría, por tratarse de un bajo interior. Y de nuevo ella le empuja, haciéndole caer sobre la cama deshecha. Se tira sobre él y, tras un breve pero violento forcejeo, él rompe a sudar. Sus dedos se mueven como los tentáculos de un pulpo. Minutos después, unas ligeras convulsiones le recorren todo el cuerpo, echa la cabeza hacia atrás y resopla. Un poco de saliva brilla en la comisura de sus labios.

05.15 a.m.: tras comprobar que el condenado, frío y rígido, acaba de... (ilegible en el original), ella se viste y abandona el lugar de los hechos. No hubo testigos.

Si uno resume una escena de cama con el lenguaje de un atestado policial o como si se tratara del tormento de un ajusticiado, puede resultar perfectamente creíble. Por eso los niños se asustan tanto cuando, sin saber nada del asunto, se encuentran con semejante espectáculo. Gritos, gemidos, jadeos, relinchos, bramidos, berridos, rugidos y aullidos; sudores, convulsiones, estremecimientos, sacudidas, golpes, pellizcos, salivas, mucosidades, flujos blancos y, a veces, hasta sangre; pero tampoco hay que olvidar que, además de todo esto, suele haber besos, caricias, abrazos, arrullos y otras muchas ternezas.

Para conducir al ajusticiado al patíbulo es necesario ir a buscarle

primero a su celda. Eduardo siguió en este caso el camino contrario, acompañado por Leo hasta su propio calabozo, su dormitorio, triste espacio al que nunca debía de llegar el sol. Una visita domiciliaria, secreta, sin interrogatorios.

—Oh, qué bien, unos minutos de estar dentro de contigo —declaró el desdichado a su captora, embarullándose y perdiendo de nuevo el control de las preposiciones.

Ella le miró desconcertada. No acababa de entender ese razonamiento sobrecargado de partículas prepositivas.

—En la cama, Leo. Necesito tu calorcito de mujer.

Por un momento, creyó que con quien estaba era con su marido. Ese lenguaje repleto de diminutivos le resultaba demasiado familiar. Tuvo una extraña sensación. Le pareció como si la estrategia de Alfonso se hubiera introducido entre las líneas enemigas, colándose allí en una suerte de eco burlón. Desde luego, si Eduardo seguía hablando así no le iba a aplicar precisamente la pena carnal, aunque sin duda alguna habían venido hasta aquí con la intención de practicar por fin un *vis-á-vis*.

Antes de abandonar la celda, al reo se le suele conceder la gracia de expresar su última voluntad, hubo de reconocer una Leo espléndida. Pero entonces fue ella, Leo golosa, la que expresó un deseo y de hecho lo cumplió, saboreando uno de esos bombones rellenos de licor que su empalagoso filósofo, por ser insuficiente el menú de la cárcel, solía tener siempre junto a la cama. Deshecha y con las sábanas revueltas, no merecía tal nombre, pareciendo en todo caso una piltra o catre carcelario. La nobleza intelectual no tiene por qué ser también de sangre, ni mucho menos de costumbres, pensó Leo.

Justo es reconocer sin embargo que, excepto por el detalle de la caja de bombones, el calabozo era muy austero. Un clima de frialdad y misticismo cercano al del sepulcro. Tenía incluso las paredes de ladrillo visto y un ventanuco, al que no le faltaba la correspondiente reja, para impedir en este caso que alguien se colara por los patios. Por lo demás, la soledad se podía palpar en cualquiera de las cuatro esquinas de aquel trullo y era evidente que allí todo sucedía con rigurosa e inflexible regularidad.

Como aquel delincuente sexual, víctima de su propia perseverancia, era sin duda un descreído, Leo pensó que no sería necesario llamar a un capellán, aunque, según pudo comprobar enseguida, el miedo no perdona, haciendo el ateísmo difícil, una tarea de auténticos titanes.

—¿Acaso no crees tú en el más allá? —preguntó el penado, arrugando el entrecejo y reflejando con ello la hondura de su

preocupación respecto a la continuidad de la vida más allá de la muerte, como si acabara de ver la fosa abierta a sus pies.

¿Qué inconfesables monstruosidades se agazaparían en su conciencia? De haber sido condenado a cadena perpetua, a la del matrimonio por ejemplo, no se le habría ocurrido pensar en ello. Para Leo, en cambio, era preferible la pena máxima. El matrimonio o el valle de la sombra de la muerte. ¿Es que la tirantez de las cadenas nupciales ha de acabar siempre produciendo la muerte del amor?, se preguntaba, convencida de que un prisionero no debería dejarse robar la libertad sin defenderse hasta morir.

—Para mí la sola expresión es absurda. ¡Vida después de la muerte! La muerte es el final de todo, y yo, en todo caso, prefiero creer que después no hay nada. Si no, sería un timo. Piensa, por ejemplo, en los suicidas. La paz está en la nada.

Estaba segura de que la creencia en la inmortalidad del alma, propia de épocas pasadas, había llegado a su ocaso, especialmente entre los filósofos y los científicos, quienes, en su opinión, ya no necesitaban echar mano de un más allá para explicar y soportar este mundo. ¿Acaso este filósofo en su celda no ha oído todavía nada acerca de la muerte de Dios? Igual creía también en los simpáticos angelitos, en el infierno y en el pecado original.

Forzando la vista, Leo miope, consiguió leer la divisa de un póster ennegrecido, una leyenda que resaltaba sobre un amasijo de huesos descarnados: *El Arte es muerte*.

—¿Y el deseo de inmortalidad? ¿La obra de arte? ¿Los hijos? —insistió él.

Pamplinas, pensó Leo; la cabeza de este hombre debe de ser un nido de contrariedades. Y, abandonando definitivamente la cárcel del lenguaje, continuó con su labor.

El siguiente paso, uno de los más importantes, consiste en desnudar al recluso en busca de posibles armas, que, ocultas entre la ropa, podrían permitirle escapar en el último momento al castigo que le haya sido impuesto.

—Verás, Leo... Ahora verás lo bien que lo vamos a pasar...

Como bien advirtiera Erasmo de Rotterdam, siguió reflexionando una aún gélida Leo sobre la naturaleza de aquel intelecto, tampoco faltan los filósofos que leen el porvenir y prometen milagros mayores que los de la magia, y algunos papanatas que les creen. Y, con minuciosidad maniática, procedió a realizar la operación que se había propuesto, cacheando con avidez al individuo. Al poco tiempo, no habiendo encontrado ningún objeto punzante, abandonó la exploración, lo que aprovechó el desarmado, pero desaprensivo detenido para tomar el relevo en el

asunto.

No es corriente que el prisionero, por lo general cargado de cadenas, despoje de sus ropas al carcelero, sin embargo aquél inició la maniobra con tanta habilidad que Leo, al ver su minifalda volando por el aire, sintió una comezón en la piel y, olvidando por completo el ejercicio de sus funciones de prisiones, al tiempo que él intentaba zafarse de su camisa de fuerza, se despojó ella misma del resto de su uniforme, el minúsculo *body* de piel roja y las medias verdes, arrojándolo todo al suelo de aquella celda individual, en la que todos los rincones eran grises, pues la luz de un amanecer lluvioso se filtraba ya entre las rejas.

Sus cuerpos quedaron frente a frente. El de Leo, en la cama, camaleónica, duro y flexible a un tiempo, despedía una fragancia seca, muy leve, como la de un lápiz cuando se le saca punta, y parecía provisto de todo lo necesario para desgarrar lo que se le pusiera por delante. El de Eduardo, de hombros caídos y pecho demasiado estrecho, tenía la piel de una palidez enfermiza, una blancura lechosa, propia de quien estando siempre en un sótano parece emerger de pronto del interior de un armario o de un ataúd, una piel cubierta de cráteres, lunares, verruguillas, manchas de nacimiento y pecas, un mapamundi desteñido.

Hace millones de años que las placas tectónicas se separaron unas de otras, recordó Leo, aunque en su opinión las del hemisferio Sur lo habían hecho con unos resultados incalculablemente más atractivos que las del Norte. Así, la silueta de un continente como África o la de América del Sur le resultaba mucho más cautivadora que la masa desparramadamente informe de Europa. Y esa misma desigualdad saltaba a la vista en la aproximación de aquel corpus filosófico. Un cuerpo que, por desgracia para ella, en nada aventajaba al de Alfonso.

Venciendo cierta repugnancia inevitable y deslizándose sobre aquel magma viscoso, Leo inició una sucesión de intercambios que no suele darse entre carcelero y penado. Las relaciones entre ellos tienden más bien a ser duras y distantes. Leo gemido, Leo jadeo, Leo sudor brillando sobre la cama, Leo mordisco en el lóbulo derecho del esposado idealista. Y aunque ciertas cosas no respondieran al reglamento, tampoco eran castigos, sino simplemente medidas de precaución.

Mientras tanto, ideas entrañables ocuparon la mente de Leo. Una de las definiciones nietzscheanas del amor: en sus medios, la guerra; en su fondo, el odio mortal de los sexos. Y la predicción musiliana de un tiempo en el que la erótica bipolar parecería pecado o

debilidad. La filosofía al servicio del adulterio, pero, a pesar de la aparente profundidad de sus paseos mentales, Leo era consciente del hecho de que tarde o temprano llega el momento en el que pueden decirte alguna estupidez, por ejemplo...

—¡Me muero! ¡Me muero! —gimió él entonces, sin dejar por ello de fundirse en un mortal abrazo con su dulce calabocera.

Una cosa así puede ocurrirle hasta al más serio de los hegelianos, pensó ella, y es que a menudo mientras unos mueren de placer, otros se mueren de asco. O por la tensión de un deseo aplazado sin descanso. En el amor, como en la práctica de muchas otras actividades que requieren cierto esfuerzo y hasta habilidad, como nadar o incluso planchar, hay un momento en el que parece enteramente que uno ya no puede más, pero si uno consigue rebasarlo, resulta que es capaz de seguir casi indefinidamente. Además, se dijo, un filósofo sedentario no puede convertirse de la noche a la mañana en un campeón de fútbol. En un atleta del amor.

—¿Qué es lo que suena?

Leo señaló un aparato de música, sepultado entre fundas de discos desgastadas por el tiempo. Hubiera preferido el silencio de una tumba tenebrosa. Una tumba con un hermoso número siete, como el que había a la puerta de aquella casa.

—Zunggu Zungguguzungguzeng —aulló él bajo su carne como un gorila enjaulado.

Poco a poco consiguieron rebasar el paroxismo de su pasión, con lo que llegó el momento en el que los dolores provocados por tan anhelado y salvaje acto amoroso obligaron a aquel hombre, confinado desde hacía tanto tiempo entre cuatro paredes, a adoptar una postura humillante y regresiva para salir en busca del eslabón perdido y del no tan excusado WC.

Leo se quedó en la cama, esperando su vuelta. No siempre somos las mujeres las que sufrimos con estas cosas, pensó, sin apiadarse lo más mínimo de él. Oyó entonces un susurro procedente del suelo y en su mente se formó, como en la pantalla de un ordenador, la imagen de un ratón. ¿Se trataba acaso de las típicas correrías de ratas que acompañan a los condenados en la soledad de sus últimos momentos? ¿O eran cucarachas recorriendo las baldosas de aquellos escasos diez metros cuadrados? Se rebulló entre las sábanas y evitó mirar al suelo. Leo indefensa, desnuda en una cama ajena.

Observó entonces la sangre que, con su proverbial generosidad, había ido estampando florecillas y figuras de pulpos y monstruos alocados en las sábanas e incluso en la pared. Se divirtió pensando si al fin y al cabo podía seguir siendo virgen. Quizá la sangre no fuera toda suya. Una corriente de aire atravesó entonces el cuarto y

estuvo a punto de quedarse helada entre las sábanas.

Por fin aquel estridente pensador, discípulo de la escuela de Frankfurt, volvió junto a ella. Venía de lavarse y su jabón era tan maloliente que Leo pensó que debía de tratarse de un poderoso desinfectante. Dejándose caer sobre la cama, Eduardo quedó tendido boca abajo. Ella procedió a obsequiarle con un masaje en la zona de las lumbares, pero el volcán parecía haberse extinguido por completo.

Cuando era niña, Leo bautizaba a todas sus muñecas con nombres de volcanes vivos. Vesubia y Krakatoa, una rubia vestida de azul, la otra morena, con un traje rosa. Strombolia tenía cara de niña consentida y malcriada. Mauna Loa, de tiernos rasgos polinesios, blanco preferido de sus erupciones efusivas. Y Etna, una muñeca de trapo con unos ojos del color del mar y la piel como un melocotón.

Alargando un brazo, comprobó que la carne enteca del filósofo se había enfriado por completo. La lava había fluido al exterior y ahora se endurecía. Escoria petrificada. Tras una erupción violenta, un volcán puede permanecer quieto durante un largo período de tiempo y comportarse igual que si fuera una montaña. Así pues, por el momento no habría más deyecciones albinas ni emisiones de lava.

—Eduardo, perdona, me tengo que marchar —se disculpó Leo saltando de la cama para embutirse de nuevo en la bandera jamaicana—. Alfonso estará nervioso, quizás incluso preocupado, aunque en el estado en que se encontraba es muy posible que ni siquiera se haya dado cuenta de que no estoy en casa. Y mañana, aunque sea sábado, tengo que madrugar. Le he prometido a una amiga que la ayudaría a cruzar su perro. Misión imposible, porque el perro en cuanto ve que se le acerca una hembra sale huyendo.

Leo, esperando alguna respuesta, cogió el papel del bombón que se comiera al principio, jugueteó un poco con él, estirándolo y trenzándolo, y finalmente lo lanzó al suelo. Ni una palabra.

—Una vez se tiró a un pozo —continuó— y estuvo a punto de ahogarse...

Eduardo no se inmutó ni contestó. Estaba claro que el destino de un perro no le interesaba en absoluto. Como tampoco le importaron las cacerías de las golondrinas ni el jardín de su casa. Los irracionales no le atraían lo más mínimo. Seguía tirado boca abajo y parecía agotado por el esfuerzo. Probablemente estuviera ya durmiendo el sueño de los justos, un sueño tan profundo que el despertar se hace casi imposible. De un dormido a un muerto hay

muy poca diferencia, se dijo Leo, haciendo mutis por el foro, aunque antes le cerró los ojos, pues vio que, como a una liebre, se le habían quedado abiertos.

Get up, stand up, oyó gritar a Marley en el momento en que la puerta de la trena se cerraba. Y recordó una sentencia musiliana según la cual la consumación casi siempre resulta ser una decepción. Le falta la añoranza. Atrás quedaba un ejemplo.

En aquel momento, Leo rompió el silencio de la calle emitiendo un fortísimo silbido y, por si acaso, hizo también una seña con la mano. Un taxi paró junto a ella, que se montó cerrando la puerta de un golpe. El taxista la observó detenidamente por el espejo retrovisor y, tras recibir la dirección, se puso en marcha, intentando a toda costa entablar un diálogo, pero ella iba sumida en sus pensamientos y ni siquiera contestó.

La tos nerviosa del taxista, que, molesto por la indiferencia de su pasajera, buscaba cualquier bache con la intención de sacudirla, volvió a sacar a Leo del desván de su memoria. Parecía como si expulsara trocitos de pulmón, así que le ofreció uno de sus caramelos de miel, para suavizar su garganta y poder continuar ella con sus evocaciones particulares.

Una curiosidad morbosa, la nostalgia de otros tiempos, les había vuelto a unir. El deseo de encontrar al fin una compensación, algo que de alguna manera renovara o extinguiera por completoel lazo que de un modo invisible les había unido durante tantos años.

Nada entorpece más el flujo de la sensualidad que la lengua desatada y revuelta de un filósofo, su verborrea pretendidamente intelectual, pensaba Leo en el preciso momento en que el taxi paró ante la puerta de su casa. Tanto tiempo para esto. Cuan cierto era lo de que la felicidad está en la víspera. A veces, una aproximación supone un mayor alejamiento. Tanta lectura escogida no distanciaba demasiado al filósofo de su marido, ni espiritual ni físicamente, pues el sedentarismo al que le sometía aquella disciplina estaba echando a perder su cuerpo.

Estaba dispuesta a no buscar nunca más el conocimiento pleno de las personas, sólo encuentros. Rápidos, divertidos, imprevisibles. Pequeños intercambios, compromisos sin vínculo, libres de lazos, irrepetibles. Pasar por pasar, se dijo. Sin demora. Deslizarse sobre otras vidas. Cruces aleatorios con otros destinos diferentes al suyo, para evitar la rutina, la monotonía, la falta de sorpresa, la indiferencia, todo aquello a lo que su larga relación con Alfonso la había abocado y a lo que cualquier otra relación podría conducir tarde o temprano.

Leo ya no luchaba sólo contra su propio brazo, el que a veces

parecía actuar por su cuenta, revoloteando a su alrededor como una mariposa, sino que estaba decidida a combatir también sus sentimientos. Quería sentirlos, pero sin darles mucho plazo. Como hiciera ya con Duino, se proponía borrar también a Eduardo de su vida y, en lo posible, de su pensamiento. De un plumazo. Polvo y cenizas.

IX

PENES RIGUROSAMENTE VIGILADOS

Alfonso, como ya sospechara, no se había dado cuenta ni de la falta de algunos de los muebles ni de la hora que era. Seguía tirado, en pacífica modorra sobre un canapé que él mismo había hecho tapizar con una tela encerada de color marrón.

—¡El factor Leocadia Veruti se presenta al servicio! —saludó Leo chocando ruidosamente los tacones.

Aquel apellido de resonancias transalpinas se debía a la dificultad de comunicación que su abuelo, libanés que de su tierra marchó a trabajar a un puerto del sur de Francia, había encontrado a la hora de inscribir a sus hijos en el registro. Al declarar al funcionario de turno que procedía de Beirut, por no soltarle el nombre del pequeño puerto desconocido en el que había nacido realmente, apuntaron a sus seis hijos con apellidos diferentes según entendieran la misteriosa palabra: Bayruti, Perruti, Veruti, Peiruti, Turuti y Verruti. El verdadero apellido, Mahuad, se había perdido por completo en su familia al morir su abuelo en Barcelona, adonde se trasladó con su mujer y sus hijos un día de la primavera de 1939, tras acabar la guerra civil y justo antes de que empezara la mundial. A Leo le gustaba recordar los nombres que habían ido formando la estirpe: Rasid Mahuad, el de su abuelo paterno; Qamar Srour, el de su abuela paterna; Said Veruti, el de su padre; Bárbara Ruckert, el de su madre. La genealogía de la inmoralidad, pensó, burlándose de sí misma.

Más de una vez Alfonso y ella habían jugado a moros y cristianos en la reconquista de algún espacio de la casa. Unas veces, una parte del sofá o de la cama. Otras, un baño. Ella sacaba a

relucir su sangre árabe, protestante e incluso judía, los mortales anticuerpos que en cada momento amenazaron la casta peninsular. Él, con gesto grave, invocaba la espada invicta de Santiago Matamoros, para que liberara la fortaleza del asedio de los sarracenos, y enarbolaba sus orígenes asturianos y vascos, el Rh negativo de su sangre impoluta, aunque en realidad había nacido en Tordesillas. Y ella, pinchándole la grasa de cristiano viejo y tocinófilo, de macho carpetovetónico, para fastidiarle, le decía «gallego», que así era como en la Edad Media llamaban los escritores musulmanes a los cristianos del Norte.

Ahora, al contemplar a su marido allí tirado, roncando borracho, había sentido lástima de él y por ello había querido introducir cierto juego con el que despertarle. Seguía siendo incapaz de acariciarle o darle un beso, un gesto sencillo que según ella misma sospechaba habría resuelto la situación. Dile aunque sólo sea una palabra cariñosa, deja de pensar en ti misma.

Apartándose de la vía de los buenos propósitos, prefirió seguir con aquel juego, por otro lado tan literario, pues se había metido en el papel de un personaje de ficción, una particular adaptación del protagonista de una novela, la de uno de sus autores favoritos.

—¡El factor Leocadia Veruti se presenta al servicio! —gritó de nuevo, volviendo a chocar los talones uno contra otro.

Alfonso dio un respingo sobre el canapé y dejó de roncar. Parecía no saber dónde se encontraba, pero en cuanto vio a Leo, se levantó y se abrazó a ella, buscando su cariño. Así que Leoncita venía con ganas de juego...

—Leo, hagamos el amor. Dime que estás en el baño, que ves la sombra de tus pechos balanceándose en la pared.

—No, no tengo ganas. He tenido un día terrible, necesitaba estar sola y por eso he estado toda la noche leyendo en un tren, primero he dado vueltas y más vueltas alrededor de la ciudad y luego me he ido hasta Murcia y he vuelto. Sí, ya sé, suena absurdo, pero ahora quiero darme una ducha, porque me quedan sólo un par de horas para dormir.

Era cierto. Al menos en parte. Cuando necesitaba estar sola, Leo cogía un tren, buscaba un vagón vacío, y se pasaba horas y horas leyendo y viendo pasar las casas por las ventanillas, los ciervos y gamos que pastaban en los montes entre pardos matorrales y encinas. Aquella costumbre le proporcionaba una placentera sensación de libertad, como de no pertenecer a ningún lugar ni a nadie, de estar siempre de viaje, siempre en movimiento. La serenidad que sólo se adquiere con la distancia.

Naturalmente, lo que no era cierto es que hubiera estado toda la

noche dando vueltas en un tren, y mucho menos que se hubiera ido hasta Murcia para leer con tranquilidad. Era una verdad a medias, una de sus mentiras. En realidad, había pasado en el tren únicamente parte de la tarde, antes de volver a casa y prepararse para la visita de Eduardo. Había querido estar sola después de que aquella misma mañana, al acercarse al palacio de Santa Cruz, antigua cárcel de la Villa y Corte y actual emplazamiento de su lugar de trabajo, una compañera le susurrara la noticia que era ya la comidilla de todo el Ministerio.

Al no haber dado contra su costumbre señales de vida, así empezó el cuchicheo bajo los grandes balcones y el escudo de la fachada principal, comprobaron que Duino no había llegado a su destino y así fue como le hallaron muerto en su piso, tirado sobre la cama, con la boca entreabierta y abrazado a las sábanas. Decían las malas lenguas que debía de tratarse de un ajuste de cuentas por parte de un amante masculino. Leo, rememorando su encuentro aún tan reciente, pensó que si era así como un homosexual hacía el amor a una mujer, ya podían ir aprendiendo algunos machos del ruedo ibérico.

Su compañera había seguido hablando, blablabla y más blabla, y ella, casi sin prestarle atención, había alzado la mirada, encontrándose con la figura del ángel que remataba el frontón del edificio. Hallaron restos de semen y de un veneno muy poderoso en, bueno, en... El balbuceo fue decreciendo progresivamente. ¡En el conducto rectal!, consiguió soltar al fin casi en un grito. Los asesinos son fáciles de descubrir, pero la muerte, cuánto más la de un ángel, resulta indescriptible, había reflexionado Leo ante los titubeos y melindres de su compañera.

Los señoritos suelen hallar la muerte en infaustas aventuras de amor, como en la endecha de los Comendadores de Córdoba, pensó. Y, alejándose de las murmuraciones, aunque aún alcanzó a oír algo acerca de unas cáscaras de huevo, al parecer, minúsculas, y un pequeño lazo de papel que habían encontrado en un cenicero junto al cadáver, había entrado a trabajar, cruzando los patios y subiendo la escalera como un autómata.

Cuando horas más tarde salió de aquella especie de sueño bajo el ángel, Leo se había perdido con su libro en un tren cualquiera. Por supuesto, no pudo concentrarse en la lectura, ni siquiera llegó a abrir el libro, sino que se abrazó a él, apoyándose en la ventanilla. En un principio, había pensado suspender la nueva cita que tenía con Eduardo. Finalmente se había dado cuenta de que sería incapaz de pasar la noche sola. Se había sentido desamparada, pues aunque había renunciado a volver a ver a su amigo, su prematura muerte le parecía tan definitiva, un vacío irreparable.

—Anda, Alfonso, suéltame, que es muy tarde...

Para Alfonso, cuando su sangre llegaba a tan alto grado de alcohol, los relojes dejaban de tener manecillas. Sus manos en cambio parecían crecer como las de un gigante, buscando atrapar alguna presa.

—Vamos, Leo, desnúdate y háblame de ella. Ves otra sombra en la pared. Se acerca por detrás. Unas manos te acarician la espalda, así. De pronto ves la sombra de otros pechos reflejada en la pared.

La oposición de Leo se manifestó, por un lado, en un silencio inescrutable y, por otro, en una mirada llena de veneno. Estaba cansada de repetirle que no le gustaba hacerlo así, que ella no se excitaba lo más mínimo, que no le gustaban las mujeres. Era precisamente aquello lo que le hervía la sangre, lo que la estaba llevando por tan extraños caminos.

—Tú también te diviertes. No lo negarás...

Alfonso, al que ya casi nunca se le ocurría leer un libro, pues, según sospechaba Leo, con el transcurso de los años había pasado a engrosar las filas de los lectores ocasionales de retrete y, por tanto, de revistas, cómics, guiones de cine y, como mucho, literatura erótica, se creía sin embargo capaz de leer el pensamiento de una lectora empedernida, lo más recóndito de sus inclinaciones. Bastaría una ocasión para que su deseo fuera provocado por otra mujer, por una persona de su propio sexo. Al menos, ésa era la teoría de Alfonso.

De todos modos, nunca se ha de despreciar a un lector, sea del tipo que sea, se dijo Leo, recordando a un personaje libresco que, escondido en una cabaña, no encontró mejor papel higiénico que las páginas de un libro, si bien tuvo cuidado de arrancar únicamente el título y algunas páginas del epílogo. Intentó entonces leerlo y aquel género epistolar tan grandilocuente le pareció insoportable, aunque poco a poco le fue cogiendo el gusto. Se trataba de las penas del joven Werther.

—Estoy harta. No tengo ganas de hacerlo —exclamó de pronto, intentando zafarse no sin cierta dificultad del abrazo de su marido.

Había renunciado a la ducha y se había puesto su pijama de rayas, aquel que hacía unos días le pareció que aumentaba su impresión de hallarse en una cárcel, encerrada en una horrible tarta nupcial, un uniforme de noche muy poco seductor, aunque no por ello dejaba él de entusiasmarse.

De todos modos, en el entramado de vías, cruzadas, paralelas, secundarias o de escape, en que se estaba convirtiendo su vida sexual, ella decidía ahora cuándo y dónde debía levantar la barrera.

Regulación del tráfico, según le gustaba definirlo. Y aquel borracho le parecía el jefe de una estación pequeña de una sola vía, un Príapo permanentemente excitado. Bloquearía los cierres de las vías de paso, trabaría las zapatas de freno...

—Claro, como que tú ya no me quieres —comenzó a quejarse Alfonso desde el canapé sobre el que se había vuelto a desplomar al verse del todo rechazado—. Me tienes como un niño tiene al primer insecto de su colección. Su primer ciervo volante.

Leo, para no caer en sus redes, porque en el fondo tenía razón, tuvo que recurrir a ciertos pensamientos que la ayudaran a resistir el asedio, pues se negaba a representar aquella comedia en la cama. Y recordó que en el mundo de los insectos, los ciervos volantes son un típico ejemplo de dimorfismo sexual, es decir, de disparidad de los sexos. Así que Alfonso no había podido elegir un ejemplo más oportuno.

—¿Qué dices? —preguntó ella, mirando con impaciencia a su marido, al que imaginó al punto dotado de cuernos colosales. Un mecanismo de defensa como otro cualquiera.

—Lo que oyes. Para ti soy una pieza arqueológica —continuó Alfonso—, un ejemplar repetido de coleóptero, clavado con un alfiler. En otro tiempo codiciado, y ahora totalmente inservible.

Esos apéndices, los cuernos, resultan ser únicamente un lujo, pensó ella, pues no son siempre los machos de grandes cornamentas los que tienen éxito entre las hembras, sino que también lo tienen los de cuernos pequeños. Y ciertamente, ella siempre había mostrado una clara preferencia por los hombres bajos.

—Mira, es mejor que no lo hagamos nunca más. Y así, de paso, nunca correremos el peligro de que me quede embarazada.

Era como saltar sobre un tren expreso a toda marcha. Una provocación en toda regla.

—Has de saber que estoy muy orgulloso de romper una cadena que viene desde los protozoos —se envalentonó de pronto Alfonso apretando con fuerza los puños, la horrible cadena de la procreación. Desde el maldito big bang, millones de traviesas no forman más que una vía muerta, porque a mí me da la gana.

En una guía Michelin, la zona de la anatomía de su marido en la que, en su imaginación calenturienta, se acumulaban las grasas como una más entre las curiosidades etnográficas locales, habría merecido nada menos que dos estrellas: vale la pena desviarse. Evidentemente, en dirección contraria, dictaminó Leo, con cierta desazón reflejada en el rostro. Eres injusta, se dijo, estás llevando las cosas demasiado lejos. Todo para facilitarte la vida.

—El hijo sin hijos es el único hombre libre —replicó él en un

tono patético, golpeándose el pecho como un King-Kong desvitaminado—. He acabado con la cadena tiránica de la supervivencia. Me paso a Darwin por las pelotas. A ese británico con cara de mono.

Alfonso se acarició el labio superior, y se alejó rezongando. Una vez más Leo se le resistía. Y era entonces cuando más la deseaba. No tendría más remedio que atarla y amenazar con darle una paliza o aprovechar el momento en que ella se durmiera.

Entre tanto encendió el televisor, una simple maniobra de distracción. Era consciente de que ya tan sólo tenían en común la comida. En cuanto él encendía el aparato, ella se hundía en la lectura de uno de sus libros. Habitamos mundos distintos, pensaba Leo. Yo leo un texto acerca de la necesidad de recuperar la ingenuidad perdida, de volver a una nueva claridad en la poesía más oscura. Y mientras tanto, él se dedica a seguir los movimientos repetidos de unos seres en torno a un balón. ¿Por qué nos habremos distanciado tanto?

El partido estaba resultando aburridísimo, entre otras cosas porque a aquellas horas no retransmitían ninguno, por más que Alfonso cambiara de canal, así que retrajo el erizado cepillo de su bigote y, apagando el televisor, volvió a la carga, empeñado en impedir que Leo se hundiera entre las páginas de un libro tras renunciar a irse a la cama:

—¿Quieres escucharme? ¡Haces que me sienta como si no fuera más que un simple hilo en un zurcido en el sobaco de un jersey usado hasta la náusea!

Aquel hilo, aquel zurcido, aquel jersey usado hasta la náusea hicieron que Leo rememorara un capítulo que Cortázar escribió para *Rayuela*, pero que quedó para siempre encerrado entre las tapas de su cuaderno de bitácora. En él, un personaje, con hilo, pegamento y mucha parsimonia, ata a su mujer, profundamente dormida y narcotizada por él, a distintos puntos de la habitación —el picaporte de la entrada, la ventana, las cuentas de cristal tallado de la lámpara—, hasta convertirla en una enorme araña. Quizás ella misma, con unas lanas de colores, pudiera atar a Alfonso y librarse así de su cerco.

—¡Leoncita, el cuerpo lo necesita, el cuerpo lo pide!

De pronto probó una nueva vía de aproximación.

—¿Qué es lo que estás leyendo? —preguntó, acercándose por un lado y mirando el libro por encima del hombro de Leo.

Sólo alcanzó a ver el número de la página, noventa y nueve, pues ella cubrió instintiva y rápidamente el libro, como protegiéndolo, y, parafraseando una respuesta del hombre sin

atributos a esa misma pregunta, le contestó:

—Me estoy informando sobre las vías de la santidad.

Alfonso, insistiendo en su nueva táctica, le preguntó:

—Dime, Leo, ¿cuál es tu libro favorito?

¿Desde cuándo volvía su marido a interesarse por la lectura? Con gesto displicente, señaló un estante, ocupado por una sola obra en varios tomos, traducida a distintos idiomas. Portugués, alemán, inglés, francés y, por supuesto, castellano. Como intérprete de cuatro idiomas europeos en la mazmorra, Leo no tenía que sufrir casi nunca la traición de los traductores, pues podía leer en la lengua original prácticamente todas las obras que le interesaban.

—El-hom-bre-sin-atri-bu-tos —leyó él con evidente esfuerzo, estirando el cuello inclinado sobre su hombro izquierdo—. Conque así es como te gustan a ti los hombres, Leoncita. Pues te lo voy a tatuar entero en tu precioso culo.

Por suerte, no le había confesado que además de aquel libro en alemán, a una isla desierta se habría llevado al caballero Tristram Shandy en inglés, al hidalgo manchego en castellano, y en francés... En francés, la obra poética de René Char. Ni el más primoroso entre los microcalígrafos habría sido capaz de verter todo eso en aquella parte tan prieta de su anatomía. Y cuánto menos Alfonso con su letra tosca y de grandes caracteres, que ahora estaba revolviendo entre los volúmenes de su biblioteca. Fue como si un tren de carga, a toda velocidad, hubiera cruzado en aquel momento por una estación, emitiendo un profundo estruendo al pasar por las juntas de los rieles. Y ella estuvo a punto de rendirse, con tal de salvar sus libros.

Sería incapaz de sustituir aquellos tomos por otros nuevos. Amaba todas y cada una de las marcas que el tiempo y la lectura habían dejado en ellos. Regueros de cera de las velas a cuya luz vacilante solía leer en la bañera, las aureolas oscuras dejadas por una taza de café, las líneas con que a veces ella misma marcaba párrafos enteros. Ojos y estrellas que indicaban pasajes cuyas analogías y comparaciones habían traspasado su alma. Restos orgánicos de algún insecto que había osado acariciar las páginas con sus patas, quedando atrapado para siempre en una línea o en los márgenes, las antenas, la trompa, las alas de cenicientas venas aplastadas contra el papel. Y hasta la marca de una bota alfonsina, pues como a Leo le gustaba leer tendida en el suelo, boca abajo, alguna vez habría olvidado el libro y su marido lo habría pisado sin darse cuenta.

Había decidido releer tan monumental obra cada diez años, la había leído por primera vez a los veinte, y necesitaba poseerla, en el

más amplio sentido de la palabra. Y junto a aquellos volúmenes había un cuaderno de color verde oscuro, como una botella de vino, titulado por ella *Catastro musiliano*, en el que con paciencia había ido destilando bajo enigmáticas siglas y cifras los temas y discursos que más le interesaban de aquel proyecto de hombre nuevo.

Imaginó entonces una cruel represalia contra su marido. Le echaría alguna sustancia picante en sus partes blandas y se quedaría mustio como un lirio. Sentiría que volaba por los aires, como un tren militar con veintiocho vagones de munición al que se le prende fuego. Mientras tanto él continuó con sus pesquisas.

—¿No será que alguna de tus amigas te ha terminado contagiando su facilidad para los negocios de la carne y por eso le has perdido el gusto a la mía?

—Si te refieres a Eloísa, está completamente reformada. Ahora hasta tiene novio.

—Sí, ya sé. Ese vulgar cristalero.

—No es cristalero. Digamos que es perito en lunas, y además no es vulgar.

Alfonso aprovechó para exponer de nuevo su teoría acerca de que, así como no existía el crimen perfecto, tampoco existía lo que él llamaba el cuerno perfecto.

—La perfección es la que es criminal, y tú te crees perfecta, pero eres mortal. Eres tu propia huella, imborrable. Todo se acaba sabiendo, más tarde o más temprano.

—Desde luego que existe —protestó Leo, empeñada en defender al sindicato del crimen y del adulterio—, aunque sólo sea en la ficción.

Alfonso, revelándose como un auténtico amante de los proverbios, refranes y dichos populares, remató sus postulados con una sentencia:

—No hay cosa escondida que al cabo no sea bien sabida.

Leo recordó entonces que Ulises, para guardarse de las sirenas, se hizo encadenar al mástil de su nave, mientras mandaba que su tripulación se tapase los oídos con cera. Entre los pocos libros que ella heredara a la muerte de sus padres, había tenido la suerte de encontrar una caja de metal de mágicos poderes. Contenía seis pares de bolitas de algodón encerado de color rosa, muy blandas, doce tapones para los oídos que impedían que, confiando como los compañeros del legendario héroe en unos trozos de cera, se decidiera a cometer un terrible crimen. El conyugicidio.

Callada, pues sabía que una de las reglas de oro del perfecto

criminal consiste precisamente en no decir nada, siguió viendo durante unos segundos la boca de su marido, que de pronto le pareció tan obscena como un esfínter, abriéndose y cerrándose sin parar. Y, a pesar de todo, alcanzó a oír su voz que, como siempre que daba por concluido uno de sus monólogos exteriores, le dijo adiós con una violencia casi física, como si fuera un insulto. Esa voz se la comerán los gusanos, se dijo ella, no es como el canto de las sirenas. Después le vio alejarse en dirección al cuarto de baño.

Ella era de la opinión contraria. El cuerno de la abundancia existe, nadie tiene por qué saber nada de él. Y tambien el crimen perfecto existe, aunque nadie lo conoce, nadie sabe nada de él, sólo el criminal, el silencio lleva al secreto y evita cualquier sospecha. Y por tanto es perfecto. De lo que no se puede hablar, hay que callar, según la proposición séptima del *Tractatus*. El último peldaño de la escalera.

Por su parte, acabó marchándose al dormitorio. Allí, junto a su cama, observó el tríptico que adornaba la cabecera. Un enjambre de cuerpos fornicando en un mestizaje absoluto de razas, culturas y religiones. La Gran Cópula Universal, así se titulaba aquella obra que Alfonso había adquirido en uno de sus viajes por el extranjero. A Leo en otro tiempo le había hecho cierta gracia. Ahora le ponía la carne de gallina, aunque, afortunadamente, una vez tumbada en el camastro no se veía en absoluto.

Aprovechó la ausencia de su marido para acostarse un rato, estaba rendida, «trabajas porque quieres, porque no lo necesitamos», imaginó que le decía Alfonso, aunque debía reconocer que en realidad solía animarla a hacer cosas, a seguir sus aficiones, y de pronto, cuando estaba a punto de conciliar el sueño, tuvo la sensación de que alguien la observaba fijamente. Abrió los ojos y vio lo que le pareció la mole piramidal del cuerpo de su marido, en una pose napoleónica, contemplándola en silencio al pie de la cama. O como Filipo, pensó, viendo desde un cerro el orden y la colocación de un campamento romano. Soldados, pensad que desde estas pirámides cuarenta toneladas de grasa os contemplan... El corpachón en las tinieblas no se movió, seguía observándola. Leo cerró los ojos y se durmió, hundiéndose en el sueño con una sonrisilla burlona en los labios. ¡Anda! ¡Duerme de una vez, Napoleón! Pronto tendrás tu propio lecho de granito, se divirtió pensando.

Alfonso, apostado aún durante un rato a poca distancia, se dedicó a observar a Leo en la cama, la expresión de placidez en su rostro, aislada del resto del mundo gracias a unos taponcillos prácticamente invisibles, un par de masas sonrosadas apretujadas a la puerta del laberinto de sus oídos. Ninguna sombra se refugiaba

bajo aquellos ojos. Dormía profundamente, siempre que el diabólico brazo no cobrara vida, desbandándose del resto de su cuerpo.

Por la mañana, tras una hora escasa de sueño irregular, Leo se despertó sobresaltada y de nuevo se vio obligada a luchar contra uno de sus brazos. Era como si una parte de su ser se negara a obedecer sus órdenes, como si en lugar de tener un doble cerebro, imagen que Nietzsche preconizara como resultado de una cultura superior, su cuerpo tuviera doble vida, una existencia independiente, descontrolada, como si aquella extremidad, aquel miembro tan rebelde no le perteneciera, aun dependiendo de la misma cabeza, de su mismo cerebro, como si algo monstruoso que estuviera pegado a su cuerpo amenazara con liberarse, con desencadenarse en cualquier momento.

Durante el sueño, había sentido los labios de Duino en la comisura de los suyos. Ocho besos seguidos, apasionados, como una despedida definitiva. Mientras se vestía, hizo un repaso de aquella amistad. Su hermosa sonrisa, sus detalles, uno tras otro, cómo le ofrecía la música, como un caramelo que hubiera que ir desenvolviendo poco a poco, a veces de sabor desconcertante y hasta amargo, con qué gracia le contaba recuerdos de cuando era niño, cómo le había ido enseñando los lugares, los paisajes en los que él se encontraba más a gusto, y el frío, que tanto le gustaba, la nieve, la niebla y la escarcha. Todo aquello, el mundo que ahora se abría ante ella, era lo que le hacía rebelarse cada vez con mayor violencia contra su marido. El secreto, otros lazos...

¡Duino!, suspiró. Habían sido camaradas antes de pasar una única noche juntos, antes de hacer el amor por primera y, ahora sí, por última vez. Habían compartido su tiempo libre, sin pensar que eran un hombre y una mujer, aunque con la excitante sensación de engañar a todos los demás, que nada sabían de lo estrecho e inocente de aquella unión. Y le vinieron a la memoria unos versos de las *Elegías de Duino*, que yendo una vez en autobús la estremecieron hasta tal punto, que tuvo que bajarse en la primera parada y tumbarse en un jardincillo: ¿Quién no estuvo sentado con miedo ante el telón de su corazón? Se levantó, y el decorado era de despedida.

X

LAS AVENTURAS DE LEO BAJO TIERRA

Estaba empezando a cansarse de estar de pie sola en la acera sin hacer nada. Se había asomado unas cuantas veces al pequeño volumen que, para matar el aburrimiento, sacaba de cuando en cuando del bolso. No era posible, le faltaban algunas páginas... Y, ¿de qué sirve un libro si no tiene todas sus páginas? ¿Acaso el espíritu vengativo de su marido habría arrancado las hojas? ¿O lo habría comprado ella misma con ese defecto? Algunas ediciones tienen también las páginas sin cortar, lo que se denominan pliegos no alcanzados de delantera, un arte que algunas editoriales practican impunemente, pensó, y si uno no lleva algún cuchillo encima, difícilmente podrá abrirlas para continuar con la lectura. Por eso siempre llevaba consigo una navaja. La falta de las páginas, en cambio, no tenía solución.

El que tenía ahora entre sus manos, un libro que al parecer era circular, se titulaba *Dra* en honor del Diccionario de la Real Academia. En él, un viejo aristócrata impotente observaba desde su castillo a Paivarinta, el semental que satisface a las damas de su rango, incluida su mujer, tratando así de encontrar el origen de su fuerza. Aquel semental tenía más de una afinidad con ella. Descrito nítidamente por el autor como brutal y monstruoso, en sus labios pugnaban dos Paivarintas. Uno simpático, el otro hosco.

Una hojita en la que resaltaban unos caracteres apretados cayó entonces al suelo. A los lectores se los reconoce a menudo por su señalador, pensó mientras se agachaba para recoger el suyo. ¿O se llama marca-páginas? ¿O punto de lectura? Alfonso era capaz de abandonar durante meses un trocito de papel higiénico entre las

páginas de un libro. Los había que utilizaban envoltorios de caramelos, tiesos, impermeables. Ella necesitaba un papel blanco, en el que pudiera tomar notas. Tenía tan mala memoria...

Con su manía de leer recostada en la bañera, en más de una ocasión el señalador recubierto de apuntes se le había caído al agua, e incluso una vez su *Catastro musiliano*. Una censura indiscriminada y como llovida del cielo, que mutila sin piedad los textos de los escritores compulsivos, incapaces de eliminar por sí mismos sus propios pasajes, ni el más nimio de los epítetos. Justicia poética, se dijo entonces, viendo cómo la tinta, al contacto con el agua, se extendía en una explosión de colores. Campos, lagos, nubes, flores se formaron de pronto en el papel a partir de aquellas palabras perdidas.

Leo volvió la cabeza para mirarse de reojo en un escaparate y asegurarse de la corrección de su aspecto tras la ajetreada jornada de aquel día. Las sandalias rodeando sus dedos, sumisas monjitas que se arrastraban por el suelo, y la curva del empeine, combada como la bóveda de una iglesia copta, una cripta de huesos amontonados con gracia unos sobre otros. El vestido de rayas en tonos pastel ceñido en el talle, más libre a partir de la cintura, ligeramente arrugado, como a ella le gustaba. La melena suelta, sin rizos ni adornos. El rostro fresco, sin maquillaje, teñidos los pómulos únicamente por el aire nocturno.

Tras el reconocimiento, se puso a considerar la idea de marcharse. Alfonso se había ofrecido a recogerla cuando acabara con el asunto del perro y ella había aceptado de mala gana. Sabía que no era muy puntual. El cruce, como era de esperar, había resultado un fracaso. El perro se escondió en un armario hasta que estuvo seguro de que la hembra en celo había desaparecido. Había elegido el armario en el que Eloísa guardaba sus pinturas al óleo y se había entretenido todo el tiempo que permaneció en su escondite, dándose un pictórico banquete. Como consecuencia, sus deposiciones resultaron de un impresionismo alarmante y hubo que llevarle al veterinario. Se había tragado hasta los tubos.

Leo había aprovechado para hablar con Eloísa largo y tendido. Le había explicado que empezaba a sentirse dividida, como si su vida estuviera desgarrada entre dos mundos: el rutinario de su matrimonio y su trabajo, dos cajones que se abrían y cerraban a determinadas horas, y otro, fantástico, lleno de misterios, aventuras y sorpresas, en el que iba cayendo poco a poco, como Alicia cuando, asomando la nariz por el espejo, se había precipitado al otro lado, aunque su conciencia parecía empeñada en no atravesarlo del todo. Su amiga no había hecho más que infundirle ánimos, como siempre, empujándola a hundirse de lleno en ese mundo nuevo, a seguir

experimentando, sacando provecho de los efectos que el azar pudiera brindarle. Tendrás que aprender a vivir a ambos lados del espejo, había concluido.

Ahora, de noche, en un barrio de mala fama y con el fresco que empezaba a colarse entre los pliegues de su vestido veraniego, Leo empezaba a impacientarse seriamente, quería irse a casa de una vez. Todas las tiendas habían cerrado y la calle estaba desierta. Sólo se escuchaba el eco de unos pasos decididos y apresurados. Levantó la vista, pero no consiguió distinguir la silueta que bajaba por su misma acera.

Si Alfonso no llegaba en diez minutos... ¿Dónde se habrá metido? Estará en ese bar de ambiente cinéfilo, *La Guillotina*, una de esas de cortar papel. La guillotina, cuya enorme cuchilla lo mismo podía cortar un librillo de papel de fumar que una cabeza humana, ocupaba un rincón al fondo de aquel antro con las paredes pintadas de rojo y el techo de plata. Ahí es donde siempre se emborracha. ¡Qué injusta puedo llegar a ser! En realidad sólo va muy de vez en cuando... Y si va solo, es porque yo me niego a acompañarle. Pero ella necesitaba blindarse con mentiras, ver a su marido como un ser despreciable para seguir siempre adelante, para que su conciencia no le pusiera freno. La eterna mala fe, rayando en el cinismo.

Impaciente, murmuraba y repetía el nombre de su marido, entre dientes, como queriendo invocarle, conjurándole a que apareciera de una vez, al tiempo que con las sandalias daba pequeñísimas patadas en el suelo. Guardó en el bolso el libro mutilado y se disponía a marcharse, dándole aún vueltas a la cabeza sobre lo que debía hacer y musitando sin cesar el nombre de Alfonso —Alfonso, Alfonso, Alfonso—, cuando una mujer descomunal y extrañamente ataviada pasó junto a ella como una exhalación.

—¿Has dicho Alfonso? —le preguntó. Y acto seguido sacó de su chaleco rojo la cadena de un reloj de bolsillo, sin detenerse siquiera para ver la hora bajo el haz de una farola—. ¡Dios! ¡Voy a llegar tarde! ¡Sígueme!

Leo dudó unos instantes. El aspecto de la dama no cuadraba con el de su marido. Observó las enormes coletas a cada lado de la cabeza, como las orejas de un conejo. Sin embargo, era cierto que había quedado allí con él. Quizá descubriera alguno de sus secretos. Por algo creía que la aventura se encontraba siempre a la vuelta de la esquina, así que arrancó de un salto y como un relámpago corrió calle abajo en pos de la mujer, que seguía su camino apresurado, sin tener al parecer la más mínima intención de dirigirle la palabra ni mucho menos de explicarle adónde la llevaba.

Leo la siguió, cansada y mohína, aunque obediente y llena de

curiosidad, mientras atravesaban aquel barrio tan poco recomendable, hasta que de pronto su guía, tras doblar una esquina, se coló por una puerta, saltando como una liebre al interior de su madriguera.

—Por mis coletas, ¡voy a llegar tarde! —le oyó decir justo antes de desaparecer tras la puerta.

En el País de las Maravillas, leyó Leo en el cartel que había sobre la entrada. Un nuevo mundo de raras maravillas en el que los pájaros y las bestias recobran el habla, recordó. Esto sí que era raro. ¿Qué podía hacer su marido en un garito semejante? De todos modos, allá se fue, sin detenerse a pensar ni una sola vez cómo iba a salir luego de allí.

Cruzó la puerta y sintió que repentinamente había descendido a los infiernos. La gorda de las coletas seguía corriendo hacia el fondo. Alcanzó el trasero, inmenso y presuroso, y juntas atravesaron el local, repleto de gente, de humo y de música ensordecedora, y al llegar al final, bajaron unas escaleras que a Leo le parecieron interminables. Tampoco ahora pudo pararse a pensar en detenerse. Intentó hacerse una idea de adónde iban, pero estaba demasiado oscuro. Se sentía como si estuviera cada vez más cerca del centro de la tierra.

Una vez en el sótano, Leocadia le preguntó a su guía dónde diablos estaba el tal Alfonso. La voluminosa Baedecker se limitó a encogerse de hombros y, haciendo un gesto circular con el brazo, dijo:

—Es el dueño de todo esto.

Acto seguido desapareció tras otra puerta. Leo estaba ya cansada de seguirla. Cansada de correr tras ella, de bajar sin cesar. Harta de que aquella especie de conejo engordado le diera órdenes. Aquel Alfonso estaba claro que no podía ser su marido. O quizá sí, quizás aquel fuera uno de sus negocios, una de sus inversiones de cine. Tal vez se tratara del rodaje de una película y todo lo que la rodeaba ahora formara parte del decorado, todos aquellos clientes serían entonces meros figurantes. Lo cierto es que no se veían las cámaras por ninguna parte. Ni los molestos reflectores. ¿Estarían únicamente ensayando? ¿Acaso su marido la espiaba? ¿Seguía el rastro de sus aventuras? ¿Pisándole el terreno, como a un héroe desgraciado, página tras página? ¿Enamorado después de todo?

No, no, debía de tratarse de un malentendido y allí estaba ella ahora frente a una barra, junto a la cual un montón de hombres gritaba mirando hacia una puertecilla de color azul celeste, en la que se leía la palabra *boxes*. De pronto la puerta se abrió, dando paso a una procesión de minúsculas mujeres que avanzaban en fila

por la barra.

Los hombres redoblaron sus mugidos de fervor ante la vestimenta de aquellas mujeres: mallas diminutas de todos los colores. Parecían formar parte de un equipo de gimnasia olímpica liliputiense. Una negra albina se acercó entonces al escenario y, en cuanto las enanas desaparecieron en las sombras al fondo de la barra fija a la pared, anunció que el lanzamiento iba a comenzar, que los señores hicieran el favor de apartarse, que ella iba a presentar a las damas una por una.

—Compañeros, habrá enanas para todos —concluyó.

Se trataba de una mulata que se ganaba la vida animando el espectáculo de lanzamiento de enanas. Tenía una cara terrorífica, una fiereza digna de quien es capaz de comer carne de hombre blanco, y miraba fijamente desde los gruesos cristales de sus gafas, bajo las rubias cejas, que así como su cabellera, crespa y pálida, no hacían sino enfurecer aún más su expresión.

—Compañeros, apártense. Repito, habrá enanas para todos —advirtió de nuevo, haciendo gestos con las dos manos, como para contener el entusiasmo varonil.

Los hombres seguían azuzando a las pigmeas, enfervorecidos por el generoso comunismo que parecía brotar de las palabras de la torre de carne mulata. Olía a cerveza y a sudor, y Leo, acariciándose el cuello, se apartó el pelo de la nuca. Estaba a punto de desmayarse. El calor era sofocante y el humo le impedía respirar. Un vaho nauseabundo parecía pegarse a las paredes. Se sentía como si fuera víctima de un extraño sonambulismo que la hubiera conducido hasta allí, realmente no sabía si estaba despierta o soñando. Flotaba en medio de toda aquella gente y temía caer aún más abajo, al abismo, quizás a un sótano, más oscuro, más pequeño y de aire más viciado. Tal vez incluso al vacío.

Cerró los párpados, aunque no le sirvió de mucho. Ni los olores ni los gritos se esfumaron por ello. Probó también a pellizcarse un brazo, para asegurarse de que estaba despierta, de que lo que veía no era un sueño, para certificar si era ella misma la que allí estaba o alguna fantasma vana y contrahecha, pero el tacto dio fe de que efectivamente ella era allí la que hasta entonces siempre había sido.

—A continuación, compañeros, procederé a presentarles a nuestro equipo. En primer lugar, Olga Sputnik, la campeona de la Europa del Este.

Una rubia minúscula, embutida en una malla de lentejuelas rojas, por cuyas costuras se escapaban unos flácidos rollos de carne, dio un paso al frente sobre la barra y alzó los dos brazos en señal de victoria.

—Tras ella, Lemba, nuestra campeona del África austral.

Una negra de unos ochenta y cinco centímetros de altura, cubierta de músculos, dio un paso al frente y luego una vuelta completa, para que el público pudiera apreciar la belleza de su atuendo de guerra, bordada de arriba abajo con cientos de conchas de distintos tamaños y formas, y cubierta por la espalda con una capa de piel de cebra. Cada vez que ella movía un músculo, los cauris parecían brincar sobreaquella urdimbre.

—Y ahora, compañeros, la terrible Gudrun, representante de la Europa occidental.

Una alemana de talla similar a la de la africana avanzó al frente. Vestía una malla de color azul celeste. Se volvió, poniendo frente al público su trasero en pompa, para mostrarles el ramillete de margaritas que había plantado allí. Al ver que el griterío no superaba el dedicado a la campeona del África, se volvió y le sacó la lengua al público.

—Y ahora, compañeros, Rosita Malinche, la campeona de la América del Sur.

Una mujercita de ojos negros y espeso bigotillo, vestida con un taparrabos y un casco de plumas verdes, avanzó por la barra desplegando una pequeña bandera mexicana. Los gritos de los hombres se convirtieron en un único aullido cuando la bigotuda dio unos saltos haciendo que sus turgentes pechos se bambolearan de un lado a otro.

—Compañeros, cálmense. Economicen fuerzas para los lanzamientos. Habrá enanas para todos —repitió la mulata y procedió a presentar a la última concursante—. A continuación, compañeros, nuestra sorpresa... ¡Ilona, la campeona de los Estados Unidos! ¡El Cuero Triunfante!

Los gritos llegaron entonces a su paroxismo. La puertecilla celeste volvió a abrirse y por la barra avanzó una reproducción en carne y hueso de una muñeca Barby, vestida con botas altas y unas prendas de cuero negro recubiertas de hebillas y cadenas que cruzaban de una punta a otra su encogida anatomía.

Todas aquellas criaturas juntas eran como esos cuerpos celestes llamados enanas marrones, pequeñas, tenues, difíciles de ver en el cielo aun con los mejores telescopios. Un grupo reunido en un submundo al que Leo sabía cómo había llegado a parar, aunque no comprendía cómo podía existir. Como las enanas marrones, aquellas eran también unas pobres estrellas frustradas, que nunca llegarían a brillar como tales. En cualquier caso, se tiraban de los pelos por un título ridículo y unas cuantas monedas.

Leo seguía teniendo la sensación de estar viviendo un sueño,

algo irreal y fantástico, que sin embargo le resultaba conocido, aquella impresión o alucinación que tuvo ya cuando, cogiendo el libro que poco antes abandonara junto a la cama, se puso a leer la noche de la que surgió su proyecto de venganza, entre los ronquidos de su marido. Le parecía que la suya era una existencia vicaria, vivida únicamente a traves de la palabra impresa, de referencias literarias. Todo lo que encontraba a su paso eran situaciones que en cierto modo parecían escritas de antemano, como si anduviera entre líneas, saltando de un párrafo a otro, de una novela a otra.

El delirio de aquella escena envuelta en humo acabó por adormilarla y, como en un sueño dentro de un sueño, se repetía sin cesar: ¡Habrá enanas para todos! ¡Habrá enanas para todos! Se sobresaltó. ¿Habrá enanas para todos? Sentía que se estaba durmiendo y que empezaba a soñar que iba paseando de la mano de Alfonso, de su marido, sí, y que con mucha seriedad le preguntaba ¿habrá enanas para todos? ¡Oh, Alfonso, sácame de aquí, ayúdame!, exclamó, cuando de pronto un grito más fuerte que el resto la despabiló del todo. Debo avisar a alguien, aunque quizá sería mejor salir de aquí cuanto antes, se dijo retrocediendo unos pasos.

En cierto modo le pareció que con dar unos cuantos pasos hacia atrás sería como cerrar un libro, acabar con una historia desagradable y excéntrica, cuyo surrealismo había llegado incluso a asustarla. Sería como pasar una página y olvidar un capítulo que no nos ha gustado, pues no hay historia humana que no tenga sus altibajos. Quiso pasar cuanto antes aquella página desafortunada de su historia, aun temiendo que al otro lado la esperara algo aún mucho peor.

XI

CORAZÓN TAN BLANDO

Retrocedió hasta la pared. Había visto un teléfono al fondo, junto a un espejo, sabía que no la iban a oír bien, que probablemente tampoco la iban a creer; pero de todos modos quiso marcar las cifras supuestamente salvadoras de los servicios de seguridad, marcó primero un cero, trataba de denunciar semejantes atropellos, marcó otro número y otro, le temblaban las manos, las rodillas.

—Para Impuesto sobre Bienes Inmuebles o Actividades Económicas, pulse 1. Para el resto de consultas, un momento, por favor...

¿Se habría confundido de número o es que la llamada había saltado mal? A pesar del encanto que ejerciera sobre ella la entonación de aquella voz femenina, algo enlatada, colgó y lo intentó de nuevo. 0-9-2...

Esta vez una voz masculina, algo ronca, policía municipal, buenas noches, preguntó en qué podía servirle. Leo hizo un resumen apresurado de la situación.

—¿Es que acaso es usted pariente de las enanas? —inquirió con extrañeza la nueva voz de la conciencia.

Leo se quedó desconcertada, no entendía por qué le hacían semejante pregunta. ¿Es que sólo debía interesarse por las enanas en caso de ser de la familia? ¿Era una forma de decirle que se metiera en su camisa?

—¿Señorita? ¿Sigue usted ahí?

Guardó silencio, estaba furiosa, sentía el rubor de su rostro, un calor creciente. El teléfono se le escurrió desde el cuello hasta el escote, ahora el funcionario municipal escucharía únicamente el ritmo acompasado de su respiración, los latidos de su corazón, cuando de pronto sintió que una mano se abalanzaba sobre ella, un cuerpo fuerte y caliente se pegó a su espalda, su aliento envolvió su cuello, un cuerpo que parecía arrastrar algo pesado, quizás una pierna. Se le erizó la piel, notó que los latidos de su corazón se aceleraban y emitió un quejido, muy breve, pues aquella mano le apretaba fuertemente los labios, al tiempo que otra rodeaba su cuerpo y la cortó, aquella mano cortó la comunicación y, por un momento, también su respiración.

Agarrando a Leo de la muñeca, el hombre al que pertenecían aquellas manos, la perezosa pierna, el aliento que la envolvía, la arrastró hacia una puerta, llevándosela de allí sin que nadie se diera cuenta.

El espejo al fondo de la sala resultó ser la ventana de un despacho desde el que aquel desaprensivo, cual director de escena, dirigía sus negocios. Todos aquellos hombres no sólo lanzaban enanas, sino que al parecer hacían apuestas sobre la longitud, sobre la espectacularidad de sus propios lanzamientos, quizá hasta compraran la compañía de alguna de las concursantes.

—¿Qué pasa? ¿Es que acaso pensabais denunciarme? ¿No os gustan mis ovejitas? —preguntó al tiempo que la empujaba sobre una mesa—. Me llamo Alfonso, Alfonso Pastor. Y siento que por un error os hayan traído hasta aquí, pero merecéis que os corte la cabeza. Y eso que aún no habéis visto nada. Dentro de poco lanzarán sus cuchillos en torno a la silueta de la vencedora. Queda una bonita figura, con todos esos cuchillos claveteados a su alrededor...

Leo se frotó la muñeca. Su mirada se detuvo en una caja metálica, abollada, que colgaba de la pared con una cruz de color rojo en el frente, el botiquín, sin duda. Después se atrevió a observar al hombre que ahora la retenía y se entretuvo en la comprobación de sus rasgos. Delgado y atlético, parecía tener una gran fuerza, con la que sentía que le había quemado la piel, que había penetrado hasta el hueso de su muñeca. Había algo en él que le resultaba vagamente familiar.

—¿Qué haría el rebaño sin su pastor? Yo soy el Buen Pastor. Y tengo el corazón tan blando... que la vida de todas ellas, de mis ovejitas, ha mejorado dramáticamente desde que me ocupo de dirigirlas.

¿Qué se creía? ¿El Rey o incluso la Reina de Corazones hablando

con un naipe cualquiera cargado de bastos? Al escuchar la voz impostada, engolada, su pedantesco discurso, de un arcaísmo hipnotizador, salpicado de palabras absurdas, de adverbios innecesarios, pretendidamente elegantes, con aquel obsoleto tratamiento de vos, a Leo se le cayó el alma a los pies, y comprobó con espanto que el hombre no sólo calzaba mocasines, sino que además no llevaba calcetines. El pánico fue creciendo a medida que repasaba su indumentaria y su aspecto en línea ascendente, pantalón azul marino, camisa azul claro, ojos negros, como rasgados hacia abajo, con una tristeza de tagalo, una cicatriz en la frente... ¡Entradas en el pelo negro! Ciento ochenta y cinco centímetros de psicosis. ¡Cómo! ¿Tenía que atravesarse precisamente en mi camino?

El puzzle del asesino, aquel que Eloísa le describiera por teléfono, estaba completo, frente a ella, confirmando de golpe sus sospechas. Así que había terminado cayendo en sus manos. Era increíble. Lo improbable, lo que le había parecido que la realidad jamás podría depararle, que en todo caso podría darse en la literatura o en el séptimo arte, estaba allí, ante ella. Y era demasiado real, terriblemente verosímil. Como una invención artificiosa. Como la mentira disparatada, endemoniada, de una obra de ficción. Parecía cosa de un nigromante, de un encantador.

—No he querido que vinierais, pero he venido a saber que habéis venido, así que... ¡Seguidme!

Y por si sus palabras no resultaban lo bastante convincentes, su mano izquierda la apuntó con una pistola, obligándola a avanzar delante de él. Leo escuchó entonces los silbidos de los cuchillos cortando el aire y los golpes de las afiladas hojas al clavarse en la pared. Imaginó el cuerpo silueteado de alguna de aquellas criaturas y se enfureció, pero notó de nuevo la pistola en su espalda y siguió avanzando.

Al llegar junto a otra puerta, acristalada y decorada con un cajetín de botones a un costado, él la presionó con el cañón a la altura de los riñones, al tiempo que con la otra mano y una sonrisa caballerosa, aunque desmesurada como la del gato de Cheshire, le abría aquella hoja transparente y ligeramente iluminada, con lo que pasaron a un ascensor que les acabaría conduciendo a la soledad de un garaje. Mientras descendían volvió a pegarle el arma al cuerpo y canturreó una canción cuya letra evocaba una serpiente que se la iba a comer, aprovechando el encierro para mirarse en el espejo, la boca carnosa, casi femenina, de labios abultados...

Leo, para tranquilizarse, tarareó mentalmente otra canción: Culebra detente, culebra detente, para que mi hermana saque del

patrón de tus dibujos la forma y el diseño de un rico cordón...

Fue entonces cuando la serpiente metálica recorrió el rostro de Leo, lentamente, la frente alta, despejada, la suavidad de sus cejas, la nariz recta y menuda, el contorno de la boca, la mandíbula, que daba a sus facciones un aire inteligente, la barbilla, deliciosa, y, esbozando una sonrisa, aquella otra boca, carnosa y amenazadora como una planta tropical, emitió su diagnóstico.

—¡Ofrecéis un hermoso perfil! Un hermoso perfil... Me serviré de él.

La puerta vidriera volvió a abrirse, con una suavidad automática, como la de un sonámbulo, y Leo avanzó por la oscuridad del garaje, teledirigida por el arma, hasta que llegaron a la que debía de ser su plaza, 181, un capicúa, grueso en el centro y estilizado en los extremos, un número de inciertos augurios, nunca se sabe si traen mala o buena suerte, pensó, cap-i-cúa, cabeza y cola, resulta igual leído de izquierda a derecha que de derecha a izquierda, como una ficha que en el dominó se puede colocar en cualquiera de los dos extremos. Y, en un alarde de hombría y falta de imaginación, él se acercó al coche, un reluciente descapotable blanco, dejando a Leo a sus espaldas. Hay quien ignora que hay quien puede matar sin dejar apenas huellas.

Leo comprobó que cojeaba, como si la cadera derecha, víctima de cierta asimetría, se le escurriera, renqueando, y cuando conseguía dar un par de pasos normales, la articulación volvía a derrapar. El movimiento le trajo a la memoria un baile de estorninos sobre una pradera, los pajarillos se posaban sobre la hierba en bandadas, unos detrás de otros, como oleadas avanzando siempre en una sola dirección, hasta que de pronto y sin razón aparente alzaban el vuelo en la contraria, y así aquel hombre, como si súbitamente hubiera cambiado de idea, en lugar de inclinarse para abrir la portezuela, dejó la pistola sobre el capó, tan negra sobre la nívea superficie, y se giró con una sonrisa también blanca y seductora hacia Leo.

Hay quien es incapaz de imaginar y por eso es poco previsor, imaginar evita muchas desgracias, a quien anticipa su propia muerte rara vez le matan... Fue entonces, en momento tan inoportuno, cuando Leo constató que sus lecturas estallaban en el interior de su cabeza, rebotando contra las paredes de su corazón, algo insólito en ella, que creía carecer de memoria para las palabras, que no solía recordar ningún discurso, ni siquiera un párrafo completo, sino únicamente frases sueltas o algún que otro aforismo. Y ése era el secreto de por qué leía y leía sin descanso,

con la intención de llegar algún día a saber. Pero ahora, ahora las palabras le salían así, gratis, como un regalo que desenvolvemos con avidez y nerviosismo. Surgían a borbotones, como de un surtidor, aunque no las exteriorizó, seguían siendo su secreto.

El hombre, que al parecer carecía de imaginación precavida, se acercó a ella y, tras recorrer de nuevo la superficie de su rostro, esta vez con los pulpejos de sus dedos, la agarró como a una flor por el tallo, la estrechó entre sus brazos, la besó en los labios, dos pétalos abiertos y extasiados por el miedo, y, como un pulpo, metió una mano por debajo del vestido. Algunos hombres en los garajes se vuelven plantas carnívoras, pensó Leo. Ella al fin y al cabo se había dejado besar. ¿Un beso más o menos?, se preguntó tristemente. Sería como añadir una raya más a su vestido. Otro tigre de rayas infinitas. De nuevo estaba dividida. Una parte de su ser olía el peligro, el de la muerte, pero otra se dejaba hacer, ajena al miedo y al riesgo, como hipnotizada.

—¿Qué esperábais? —preguntó él de pronto, de una manera que a Leo le pareció retórica, aunque él no contestara verbalmente a su propia pregunta. Ella tampoco estaba dispuesta a responder.

Y aquella planta trepadora, preparándose para desahogar allí mismo sus instintos vegetativos, procedió a bajarse la cremallera del pantalón, apertura relámpago, en un recorrido descendente, sólo de ida, no de vuelta, cargado de electricidad, fenómeno de una duración total del orden de medio segundo, suficiente para revelar uno de sus secretos mejor guardados, que nunca llevaba calzoncillos, pues hay personas que atribuyen al uso de esta prenda masculina la falta de desarrollo del aparato genital externo, causa según ellos de la degeneración de la especie humana y de la disminución de la población, y casi al mismo tiempo intentó arrancarle a ella la única pieza de su ropa interior. Leo ofreció cierta resistencia, de modo que la prenda sólo se descolgó hasta la altura de sus rodillas, entonces él embistió con la fuerza de un animal, arremetiendo contra ella como un búfalo y olvidándose por completo de su condición de vegetal.

Leo se preguntaba si al fin y al cabo podía considerarse que era víctima de una violación. ¿Estaba paralizada ante la identidad del individuo o es que acaso esperaba disfrutar? ¿No fue Kierkegaard quien dijo que hay insectos que mueren en el momento de la fecundación? Pues lo mismo ocurre con el placer, pensó ella, y, como seguía oliendo de cerca el peligro de muerte, sacó la navaja de su bolso, enredado como una pulsera en una de sus muñecas, entretenidas a su vez en abrazar por el cuello aquel cuerpo de

asesino en serie, y se la clavó en la cerviz. De la gama Opinel, el más popular de los cuchillos de bolsillo.

Él se quedó con la vista perdida, los ojos secos, muy abiertos, sin pestañear, y se desplomó. Claro que muchos insectos, cuando el peligro es grande, se fingen muertos para no hacer nada de más, así que Leo, en cuanto estuvo tirado todo lo largo que era, tras recomponerse un poco las ropas, se agachó junto a él y, abriéndole la camisa, le buscó el corazón con la punta de su navaja. No había mentido, estaba tan blando, que pudo hundir en él la hoja con la misma facilidad con la que se corta un flan. Un hilillo sangriento corría ya hacia una trampilla. Su vestido rozó el suelo y unas manchas rojas crecieron poco a poco en el borde de la falda.

Tras observar durante unos segundos el cuerpo sin vida de aquel insecto, que, como una larva retorcida, escupida del cáliz de una planta carnívora, yacía ahora en el suelo sobre un charco de grasa, Leo levantó la vista buscando la salida. En ese preciso instante se oyó el golpeteo de unos tacones, así que corrió a esconderse tras el caparazón del descapotable y, temblorosa, sacó del bolso un caramelo de regaliz. Empezó a mascarlo con violencia, como si con los embates de su mandíbula pudiera alejar el peligro, mientras jugueteaba con el papelillo transparente del que había extraído la golosina, una de sus favoritas. El aroma de aquel dulce se propagó rápidamente en torno a ella, como en una explosión de gas, y el caramelo se le quedó pegado al paladar. En vano intentó despegarlo con la lengua del sonrosado techo, tendría que esperar a que se deshiciera por sí sólo.

Por fin los tacones se alejaron escaleras abajo, y Leo, con la sangre fría y precavida de una serpiente, la piel húmeda por el esfuerzo, hizo el trayecto de vuelta al ascensor. Y también ella se contempló allí, en el espejo. Supo entonces que el suyo era un corazón duro, imperturbable, con un tenaz apego a sí mismo, que no sentía ni miedo ni remordimiento alguno, sólo la embriaguez del triunfo y un gran alivio, pues nadie sabría jamás que había sido ella quien había hecho aquello. ¿Quién era aquella otra Leo? Aquella Leo implacable. ¿Era real? Pensó en lo insignificante que puede llegar a resultar la frontera que separa a un delincuente de un héroe, como ella, que acababa de eliminar a un asesino, sin dejar ninguna huella. Sentía que una fuerza criminal la había arrastrado hasta allí, a ella, que siempre había creído en la posibilidad del crimen perfecto. Sabía que de haberlo leído en uno de sus libros le habría parecido de todo punto increíble. Una aventura a la que habría acusado de apócrifa, fabulosa, de ser un artificio.

No había de comentar con nadie su secreto. Hablar es peligroso, jamás habría de decir a nadie lo que acababa de hacer, ni a Eloísa

ni a la Turca ni mucho menos a Alfonso, pues la vida de uno no depende de lo que hace, sino de lo que se sabe que ha hecho. En este caso no se sabría nada, porque no había habido testigos, no había dejado huellas y ella siempre callaría. Y, satisfecha al ver que, frente a la teoría de Alfonso, sus ideas quedaban confirmadas de una manera tan brillante, ¡existe!, el crimen perfecto es el que se comete en defensa propia, tanteó el interior de su boca en busca de algún resto de regaliz, que ya se había deshecho por completo. No quedaba ni rastro, ni la más mínima huella, quizá a lo sumo una finísima película oscura, una sombra sobre el velo de su paladar.

Había sido víctima de una casualidad increíble, de una mala pasada, una broma de mal gusto que el destino le gastaba, poniendo ante ella semejante coincidencia sin escrúpulos. ¿Víctima? Bueno, la víctima había quedado atrás. Ella era el verdugo. Sin embargo, seguía dando vueltas a aquella idea de que la realidad, sin el más mínimo pudor, parecía haberse vengado, haberse burlado de ella. De entre todas las posibilidades que podía haberle brindado, aquélla no era de las que ella andaba buscando. Sin duda había que contar con que las combinaciones más fantásticas, a veces meras hipótesis, acabaran por cumplirse. Eloísa le había hablado del asesino pocos días antes, y el haberse topado con él la hacía verse como una actriz enredada en un culebrón. Le parecía que esa casualidad, la aventura que acababa de vivir, era una especie de trampa, como si la estuvieran acorralando, como si un nudo mortal se cerrara en torno a ella, y ella misma fuera el personaje de un libro, cuyo autor disfrutara llevando a su protagonista a enfrentarse a situaciones extremas.

Regresó a casa a pie. Era una noche hermosa, oscura, como su secreto, y caminar por la calle la ayudó a aliviar los latidos que su corazón ocultaba bajo la caricia de su vestido, movido más abajo por el viento, como una nube que, enredada entre sus piernas, se empeñara en avanzar en dirección contraria, sus pasos decididos parecían dispuestos a enfrentarse a cualquier obstáculo, nada ni nadie sería capaz de detenerla. Sin embargo, la calzada estaba desierta, y nadie pudo apreciar los leves signos que quedaban de la excitación pasada, el tirante destensado de su vestido caído casi hasta el codo, el ritmo de la respiración ligeramente acelerado, y las manchas de sangre en el borde vaporoso de la falda.

Sus pasos apresurados y decididos no tardarían en llevarla hasta su casa, se sentía como un fantasma o como si, al contrario, fuera de ella sólo hubiera un decorado irreal, sin más compañía que la de su sombra cuando pasaba junto a una farola. Y, en medio del silencio, revivió en su mente, como un eco, la impresión que le había producido hundir la hoja de metal en la carne blanda. Y se

estremeció. Un escalofrío recorrió su espalda, y al mismo tiempo una sonrisa brotó en sus labios. Aquellas reacciones físicas tan contrarias se cruzaron también en su alma. La muerte de aquel hombre la hacía sentirse viva y presintió que nuevas ansias de aventura se apoderaban de ella con una fuerza irracional. Sin embargo, intuía que el anhelo de libertad y la expansión que su propia violencia parecían concederle, la empujarían a partir de ahora a una huida frenética hacia delante. Sabía que de algún modo ya ni siquiera necesitaría sus incontenibles deseos, pues una fuerza sobrehumana la impulsaba.

Y aunque el peligro en que se había encontrado había exaltado hasta ese punto su ánimo, ahora añoraba su casa. Fue acelerando el paso a medida que se acercaba, y cuando la gravilla rechinó bajo la suela de sus sandalias, estaba ya empezando a amanecer. Sacó del bolso las llaves y a sus pies cayó la navaja envuelta en un pañuelo ensangrentado. La recogió y abrió la puerta. «Como siempre, me retrasé. Lo siento, Leoncita. Cuando llegué ya no estabas. ¿Dónde te has metido? Pensé que habrías vuelto a casa. Ahora tengo que salir de viaje. Lo siento. Hasta pronto», se disculpaba Alfonso con una letra prácticamente indescifrable, de rasgos cuneiformes, en una nota garabateada sobre un papel arrugado. Hubiera preferido que su marido estuviera en casa. La habría abrazado, habría sentido su calor alrededor de su cintura, la protección de su brazo. Bueno, así mañana podré recoger todos los trastos de la azotea, que por suerte él aún no habrá echado en falta. Respiró hondo hasta llenar el último rincón de sus pulmones y, al tiempo que soltaba toda aquella bocanada, se puso en movimiento.

Dejando caer la nota, se dirigió hacia la cocina, lanzó el pañuelo y su vestido al interior de la lavadora, abrió el frigorífico, se descalzó y, al inclinarse para coger ambas sandalias con un solo dedo, sor Corazón habilidosa y diestra, sintió el placer de estirar la espalda, propulsando las nalgas hacia atrás, que se tensaron bajo la tela de sus braguitas, extendió el otro brazo para coger una botella de leche, a la que dio unos cuantos tragos, cerró la nevera y se limpió los bigotes, blancos e infantiles, con el dorso de su mano libre, y así, desnuda, excepto por aquella pieza de algodón que abrazaba la carne en torno a sus caderas, subió la escalera y se tiró en la cama, dispuesta a dormir veinte horas sin interrupción. Al día siguiente, por la noche, tenía que cumplir una misión.

Deseando alejar de su mente los últimos acontecimientos, intentó dormirse, recurriendo a un recuerdo que descansaba allá en el fondo, el recuerdo de la avidez con la que Proust cada noche esperaba el beso de buenas noches de su madre. Hay quien no gusta de los sueños en los libros, pensó. Un gesto arbitrario, pues, ¿qué es

la vida sino sueño?

Y se vio en el suyo siendo niña. Paseaba en un carrito, atravesando un puente de hierro sobre un río, mientras su madre, agachada junto a ella, envuelta en un vestido como el que acababa de echar a lavar, de listas verticales de color azul, beige y rosa, se encogía hasta hacerse una bolita y quedar a su misma altura, la estrechaba en un tierno abrazo y estampaba un beso en su mejilla, sonriendo. Una mujer que entonces tendría la edad actual de Leo y que había quedado para siempre inmortalizada en una de las fotografías del álbum familiar, con aquel gesto de ternura y aquella sonrisa, la más hermosa que Leo recordara, una sonrisa sincera, de una intensidad que sólo los sueños son capaces de evocar.

XII

NUESTRO HOMBRE EN LA CAMA

Fue en uno de esos hogares en los que los habitantes no conviven con los libros, pero que suelen tener una escalera de grandes dimensiones que conduce a la parte alta y permite hacer una aparición imponente en medio de una fiesta. Se encontraban al pie de la escalinata, esperando impacientes la bajada de la hija menor del embajador Valverde, representante diplomático de la isla de Cuba. Eva Valverde celebraba su puesta de largo. Extraña costumbre, pensó Leo. Como si hasta entonces se hubiera paseado por las aulas en ropa interior o con una escueta minifalda.

Ella no había tenido más remedio que asistir. Le habían encomendado lo que en el argot de su oficina se llamaba una misión. Un diplomático extranjero le entregaría unos documentos calificados por su jefe como de vital importancia. «Encontrarás a nuestro hombre en la cama», y como única descripción le advirtió que llevaría una rosa. Su jefe era un hombre exagerado, hasta el extremo de rayar en la excentricidad y el delirio, pues le gustaba rodear cada paso que hubiera que dar en su trabajo de una aureola de misterio y trascendencia. Así hacía que Leo se sintiera a menudo como una especie de ridículo agente secreto, uno de esos que, enfrentándose a una organización maléfica, se ven envueltos en continuas aventuras eróticas, salpicadas a menudo de cierta violencia, si bien ella no disponía del arsenal sofisticado de un 007.

Pensándolo bien, se dijo, tampoco ella actuaba de forma muy distinta cuando preparaba alguno de sus encuentros, como cuando estando en la azotea había obligado a Eduardo a ponerse aquellos guantes para que no dejara huellas en sus muebles. O cuando se

había empeñado en huir de las irreales plañideras. Como un niño jugando a las tiendas, manejando dinero invisible. Todo lo que se necesitaba era un poco de imaginación. Y sobre todo, no dejar huellas, pensó, rozando las yemas de sus dedos.

La noche pasada, estando sola en su cama, tras aquella imagen de su infancia junto a su madre, había vuelto a rememorar en sueños la experiencia del asesinato, la hoja de su navaja hundiéndose de nuevo en la carne... Se había despertado en medio de la oscuridad, con un calambre agarrotándole un brazo, sudando, temblando. Había dudado de que aquello fuera real, había creído por un momento que podía tratarse de la materia de un libro, una mentira, únicamente un mal sueño, pero bajó a la cocina y comprobó que allí estaba su vestido, esperando en la lavadora a perder las manchas de sangre que lo decoraban. Y allí estaba también la navaja. Había olvidado limpiarla. La hoja, tras frotarla con un paño, que luego metió en la lavadora, brilló en la oscuridad. Puso en marcha la máquina y estuvo a punto de quedarse dormida, mirando cómo su vestido, su pañuelo y aquel trapo daban vueltas y más vueltas, borrando así las únicas huellas del desagradable episodio. Ahora sí que se sentía, como aquel semental de Paivarinta, una profesional del crimen, fiera, precisa e incorruptible, si bien su clientela era siempre masculina. Esperaba que Alfonso a la vuelta de su viaje no notara ningún cambio en ella. Era capaz de seguirla, de espiar cada uno de sus movimientos.

Cuando ya estaba a punto de perder el control de sus gestos, pues era de esas pocas personas que si no comen a la hora acostumbrada sienten un punzante dolor en el estómago, un espasmo, hambriento e insaciable, una exclamación le hizo levantar la vista. Entonces sus ojos de miope asistieron a una aparición inolvidable. Un objeto volante no identificado descendía de los cielos. La hija del embajador bajaba envuelta en uno de esos trajes cortados a partir de una gasa casi transparente sobre la que resaltaban grandes flores de especies indefinidas, de modo que parecía que, empujada por una certera patada, lo que allí bajaba era una bolsa de compresas, cayendo lentamente desde las alturas, dando saltitos de escalón en escalón. Las transparencias de la tela habían sido sabiamente compensadas por la mano de la costurera con tal cantidad de volantes y pespuntes, que era imposible adivinar las formas de aquel generosísimo cuerpo diplomático, que sin embargo fue recibido con júbilo y aplausos.

De allí, entre lo que a ella le parecieron sonrisas postizas y falsas dentaduras, les condujeron hacia los salones por un pasillo forrado en toda su extensión y a ambos lados con las cornamentas de ciervos enormes y las cabezas de un sinfín de peludos cerdos

salvajes. Al llegar al escenario del cóctel le fue imposible adivinar dónde debía dejar su cartera, imprescindible complemento femenino en tales reuniones, en el que supuestamente escondía su arsenal de micrófonos y microcámaras, pues todas y cada una de las mesillas estaban repletas de elefantes de plata con cestas cargadas de piedras preciosas sobre sus grupas e infinidad de ceniceros con escudos y leyendas en su interior, que parecían maldecir al fumador que se atreviera a arrojar allí la ceniza de su cigarrillo. ¡Menudo decorado para la residencia del representante de un gobierno comunista!, se dijo. Quizá datase de los tiempos de Batista... Sin duda culparán al bloqueo económico de haber dificultado la reforma ornamental. De haberlo leído en alguna novela, le habría parecido un infeliz anacronismo. Una incongruencia del autor, cogido *in fraganti* por alguno de sus avispados lectores.

La vista apenas podía descansar en sitio alguno, todas las paredes, los sillones e incluso el regimiento de las mesillas estaban envueltos en una tela del color del líquido de una lata de espárragos, según lo definió Leo, por más que alguno se empeñara en describirlo como champán. Tampoco libro alguno osaba ocupar las escasas repisas. Otras bestias de las espesuras y de los bosques parecían haber clavado allí sus defensas y haber pagado la afrenta convirtiéndose en parte de la decoración.

Todos hablaban, reían y se agarraban como locos a unos finos cilindros blancos, de modo que sus bocas despedían hebras, volutas y hasta arabescos, que serpeaban entre los rostros sonrientes y las manos encrespadas. De pronto, se abrió el baile de bienvenida y, unánimes, los floreados paquetes de gasas, lienzos y algodones empezaron a dar vueltas sobre el mármol del amplísimo salón, abrazados a oscuros caballeros embutidos en trajes de rayas paralelas, con los cabellos aplastados sobre el páramo de sus cráneos. La sencillez de su vestido de punto rosa no fue lo que impidió a Leo lanzarse a hacer molinetes sobre la pista. Enfrascada desde su adolescencia en la lectura, nadie se preocupó nunca de enseñarle valses ni strausses.

Y por más que varios petimetres intentaron sacarla a bailar, ella optó por sentarse en un sillón, dispuesta a darse el banquete más lujoso de su vida, acaparando con la vista varias fuentes cubiertas de caviares de color rojo y negro. *Le Rouge et le Noir*, susurró para sí en un tono solemne. Tras ella, en un carrito, encontró la bebida. Nada menos que nueve variedades de ron. Fue inclinando las botellas para descifrar las tentadoras etiquetas. Arechabala, Barceló, Varadero, Havana Club 3 años, Havana 5 años, Havana 7, Bacardi Light-Dry, el jamaicano Capitán Morgan... Eduardo habría elegido sin duda este último, pensó. Ah, sí, pero ella eligió el tostado

Bacardi Gold, le añadió unos trocitos de limón, hielo picado y mucho azúcar. El perfume de aquel líquido le despejó la mente.

—Buenas noches, ¿se acuerda de mí? —preguntó entonces un hombre, al tiempo que le alcanzaba una tarjeta.

Leo escrutó su rostro. Una cara como cualquier otra, pensó. Un semblante que no le decía nada, absolutamente nada. Tampoco se atrevió a bajar la vista para leer la tarjeta delante de él. Se suponía que debía acordarse de su nombre. Sin embargo, el caballero, apreciando cierta incertidumbre en su mirada, decidió presentarse:

—Mister Wormold, señorita Viruta.

—Mi nombre es Veruti, Leocadia Veruti —le corrigió ella, alargando la mano y su sonrisa. Cualquiera le explicaba que el verdadero era Mahuad.

El hombre besó su mano suavemente y se alejó sonriendo. Recuerdos a su encantador esposo, dijo volviendo la cabeza, dígale que tengo algo para él, un asuntillo que le puede interesar. Encantador, sí, se dijo Leo. Será a lo hechicero, ganándose los corazones de la gente al modo de un perverso demonio, de un encantador malandrín. Pero, ¿y si fuera aquel mister Wormold el agente con el que debo ponerme en contacto? Pensándolo bien, no lleva la flor estipulada y tampoco nos hemos encontrado en la cama. Quizá se haya querido entretener con este primer acercamiento. Bah, en realidad tenía todas las trazas de ser un vendedor de aspiradoras, dictaminó implacable. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que se trataba del agregado cultural de la Embajada británica. Recordó vagamente otro cóctel en el que se lo habían presentado. Así que ése tampoco es nuestro hombre, concluyó.

Y, aburrida ya de esperar, se decidió a iniciar los primeros pasos para cumplir de una vez con la faena que le había sido encomendada, internándose en las profundidades de *chez Valverde*. Fue abriendo una por una todas las puertas, mirando prudentemente a un lado y a otro del pasillo, extremando el reconocimiento en ambas direcciones, para asegurarse de que nadie la seguía, de que nadie la vería. De nuevo se sentía como una espía y se comportaba como tal. Era ridículo, pero en cierto modo le divertía. Como no tuvo la suerte de encontrar a nadie en ninguna de aquellas camas, se tumbó en una cualquiera, lejos del ruido, entre sus codos descorteses un libro, *Franny y Zooey*, que salió de su cartera como un dispositivo ingenioso para esperar la llegada de «nuestro hombre», sin necesidad de perder por ello la calma. Ni la cama, claro.

Vio con espanto que, en la página once, un personajillo algo

relamido comentaba que tenía que hacer un trabajo sobre la cuarta *Elegía de Duino*. Leo, que no quería caer en la melancolía, abandonó el libro, aunque lo dejó abierto ante ella. Últimamente no tenía demasiada suerte. O al libro le faltaban páginas, como le había sucedido con aquel ejemplar de *Dra*, o algún personaje soltaba una inconveniencia. En lugar de leer, se entretuvo imaginando una jornada laboral a su gusto, una que de momento la alejara del recuerdo de su amigo, amante de una sola noche, perdido ya para siempre.

Se levantaría temprano, como cualquier asalariado, escogería unos cuantos libros y algunos diccionarios y los echaría en uno de esos carritos que llevan las honradas amas de casa rechinando por las calles. Y se encaminaría cada día a un lugar distinto. Si lucía el sol, a un parque o a un cementerio. Si amenazaba lluvia, buscaría un entresuelo cálido, de esos que gustaba Pessoa en su desasosiego. Y así pasaría sus jornadas de ocho horas, haciendo incluso alguna extraordinaria si la lectura era apasionante y la vista aguantaba. Al atardecer arrastraría el carro en dirección opuesta, callejeando por las pendientes de adoquines, admirando las fachadas desiguales, los tejados como acericos, erizados de antenas de televisión.

Algunos días se quedaría a trabajar en casa. Ciertos libros son sencillamente impresentables y algunos también intransportables. Tendría que ocultarlos de miradas inoportunas. Se ocuparía de cambiarles las portadas, como si arreglara un traje o repasara un abrigo en el sastre. Con tijeras y cola, trozos de encaje, azúcar de colores, recortes de revista y algunos recuerdos adornaría los más feos. De tanto imaginar se le olvidó el sueldo. ¡Puerca miseria! Mañana mismo vuelta a los teléfonos y al ordenador del Ministerio.

Entonces se abrió la puerta y entró un hombre alto y elegante, desconocido. Llevaba un traje tropical de color pajizo y una corbata cara. Un aire de mundo, el aroma de playas lejanas y de ambientes lujosos, se percibía a su alrededor. Daban ganas de decirle «Excelencia», inclinando levemente la cabeza. Su piel era tan oscura y brillante como la baquelita de un teléfono antiguo, y su mirada de una fiereza impenetrable. Con las manos a la espalda, como un preso cuando pasea por el patio del penal. Había oído decir que una mujer se escondía allí, tumbada en la cama con un libro entre las manos, y él admiraba la belleza tranquila. Por eso le gustaban las lectoras, cómo sujetaban los libros, con las dos manos, como si fueran un delicado tesoro, una tomándolo por el lomo, la otra acariciando la página que está a punto de pasar.

Se acercó a ella, soltó las manos y, tarareando suavemente «la rosa que cogí en mi jardín», mostró una rosa blanca, tierna y fresca entre sus dedos, y se quedó unos segundos de perfil, como el

bajorrelieve de un faraón nubio, acechando los efectos de su aparición. Como un actor, posando. *¡Ecco!* ¡El hombre de la rosa! Allí estaba. ¡Cuánto mejor que aquel grisáceo mister Wormold! No le habían dicho que se trataba de un hombre tan apuesto. Omisiones de un payaso. Su jefe. El hombre se dedicaba todas las tardes a hacer la gallina encima de la mesa, ejercicios gimnásticos para desentumecerse, como decía él, y luego le dictaba largos informes sentado como un indio sobre la alfombra roja de su despacho. «La cama será el punto clave», le había dicho en el último momento, guiñándole un ojo.

Una recíproca sonrisa abrió ahora el protocolo. Y tras entregarle los documentos en un sobre en el que destacaba en grandes letras y escrita con tinta roja la advertencia CIFRADO, palabra que revelaba el síndrome diplomático por excelencia, la manía del secreto, nuestro hombre se quedó allí a pasar toda la velada. Tumbados en una cama extraña, de oscuras sábanas de seda, él le fue enseñando algunas palabras en su idioma, la mayoría del todo inútiles para ella. *Camputa*, que significa enano, *imbuá*, perro, o *maximbombo*, autobús. Ella únicamente fue capaz de aprender una frase completa: *oyóngola okulikwela l'ame*. Significaba ni más ni menos «¿te quieres casar conmigo?». Como ella no sabía ni decir *n'ga*, que significa «sí», ni *n'dati*, que significa «no», contestó simplemente:

—No creo que pueda.

Era una forma discreta, casi británica, de evitar la respuesta negativa, sin dar explicaciones, al estilo del camarada Bartleby, quien simplemente solía declarar: Preferiría no hacerlo. La rebeldía sutil del escribiente, cuya levedad tanto la fascinara. Pero él, sin duda alguna un pertinaz seductor, acostumbrado al entusiasmo rápido del sexo débil, quedó perplejo y hasta maravillado, lo que no hizo sino avivar su apetito. No sabía si es que realmente no podía, si es que lo de casarse para ella era como ir a tomar café o si es que muy sinceramente no le apetecía lo más mínimo. No llevaba anillo de casada. Y aunque su aspecto era muy juvenil, no lo era tanto como para descartar por completo la posibilidad del matrimonio. Leo por su parte pudo deducir que «nuestro hombre» no debía de pertenecer precisamente al Servicio de Inteligencia.

Ella, entre tanto, inventó un color de voz sin haber estado nunca en Marraquech, pues la de aquel hombre, que no paraba de hablar de sí mismo, toda la noche contando, armonizaba con el color de los terrenos desérticos, como el pelaje de una gacela esbelta, asustada. Antes de hacer cualquier gesto, pedía tímidamente permiso, susurrando a media voz. Sin embargo, aun después de haber recibido la autorización para llevar a cabo el más mínimo ademán, como acariciar uno de sus lóbulos o besarle las muñecas,

vacilaba y una especie de calambre, un minúsculo relámpago, cruzaba su mejilla izquierda de arriba abajo, y su mirada, generalmente fiera, se enternecía hasta la tristeza. Su aire entonces era noble, melancólico. Un nuevo caballero de la triste figura, pensó ella.

Cuando, tomando su mano, la estrechaba entre las suyas, la ola diminuta, como un tic casi imperceptible, le recorría de nuevo la mejilla. Aquel músculo revelaba un profundo deseo de posesión física, que bien bajaba de su cerebro hasta perderse quién sabe dónde o bien subía de entre sus muslos hasta la mejilla, quizá sin llegar nunca hasta el cerebro. Cuando la besaba, temblando como una hoja, como si el viento pudiera llegar hasta aquel lugar recóndito, la llamaba «mi dulce carne humana». Ella se estremeció pensando que quizá sus antepasados fueron antropófagos.

Se acababan de conocer y, sin embargo, le pareció que sabía ya demasiadas cosas de él. Charlaron durante horas, sobre todo él. Hablaba tanto, tanto. De los colores de una remota bahía, con las palmeras recortándose al atardecer, sobre un fondo de tormenta; de un camino escarpado y polvoriento; de una mujer a la que amó, un amor que acabó hundiéndose en aquella bahía...

De alguna manera Leo percibió que a él sólo le interesaba su imagen, como un noble que, desde su palco enrejado, se enamora locamente de una actriz, de una cantante o bailarina, de una apariencia, pues cada vez que ella iniciaba una frase, él se impacientaba y empezaba de nuevo a hablar de sus cosas, tan lejanas todas que parecían falsas.

Según pasaban las horas y escuchaba su discurso, se fue dando cuenta de que él le gustaba únicamente de perfil. Su boca, su barbilla en aquella postura la atraían irresistiblemente. Sería difícil mantenerse siempre en esa posición, pensó. Así no se podría vivir. La nariz, observó, estando ambos frente a frente, se achataba demasiado. Además, el problema del perfil no sólo era físico, sino también espiritual, pues sentía que su voz le acariciaba todos los sentidos, y sin embargo no todo lo que decía le gustaba. De modo que cuando la besaba ella cerraba los ojos y sólo los abría lentamente cuando sus labios se despegaban. A él le parecía que era una buceadora, una submarinista, una buscadora de perlas, que con delicadeza salía a la superficie, volviendo a la realidad desde un mundo silencioso, en el que reinaban otros ritmos.

Mientras él seguía hablando y hablando, ella se perdió en sus propias meditaciones y se entretuvo pensando que le construiría un rincón en su mente desordenada, una casa para siempre. Donde muchos esconden un crimen y lo sufren y rumian en silencio hasta

el fin de sus días. Como ella, en lo más hondo de su corazón. Allí construiría esa casa, llena de luz y de colores, el mundo que iba levantando a su alrededor. Habría sombras de ébano, telas multicolores, fachadas sucias y alegres entre palmeras, música de lentos ritmos machacones, lecturas revueltas en un remolino y una dulzura profunda, recostada sobre la arena. Donde ella nunca estuvo, allí quedaría para siempre. ¡Qué tontería!, se dijo Leo, huyendo así del disparate de aquellos sueños de eternidad, intentando como siempre alejarse de la repetición en sus encuentros amorosos.

—¿Te gustaría venir mañana a merendar a mi casa? —preguntó él, levantándose de la cama.

Leo se quedó recostada, inmóvil, recuperándose de semejante batacazo, del sopapo que la sola idea de una merienda suponía para ella en aquel momento, un desgarrón provocado por la invasión de la entrometida realidad. Era como si de pronto tuviera una mancha de huevo en el escote y no supiera cómo quitársela. Le parecía que en cierto modo la pregunta había roto el embrujo, que el globo de la ilusión se había deshecho de golpe ante sus narices. Ninguna de sus monjitas fue capaz de reaccionar, ni su brazo, tan independiente y dispuesto a la acción en otras ocasiones. Y qué decir del doble cerebro, paralizado por completo en el interior de su cabeza. Le costaba digerir la idea, una frase que resultaba incompatible con su deseo. De nuevo quedaba claro que el pensamiento y la realidad no siempre logran una conjunción del todo afortunada.

—No digas «no creo que pueda». Ven —insistió él—. Me vuelvo en pocos días a mi país. Estaré al otro lado del mundo y miles de kilómetros nos separarán entonces. Océanos y continentes...

Sin esperar su respuesta y tras dejarle su tarjeta junto a la rosa, desapareció sin dejar rastro. Yleka, curioso nombre, con resonancias caníbales, y un hermoso apellido, Tristão da Cunha, una combinación que prometía alejarla nuevamente de la trivialidad de su vida conyugal.

Una merienda de negros, pensó. ¿Qué tomarán a esa hora? ¿La carne blanca de una leona en celo? Olvidando por el momento las tendencias gastronómicas de su nuevo amigo, recordó el expediente por el cual había ido hasta allí y, no pudiendo resistir la tentación, lo sacó del sobre para echarle un vistazo... Esperaba que no estuviera escrito con tinta invisible y mucho menos con excremento de pájaro.

Número 1 del 22 de junio comienza párrafo A se cubre el fondo de una sartén con aceite —leyó tumbada aún sobre la cama— *y a fuego lento sin que se queme se deja hacer la cebolla picada con ajo y perejil*

punto se le añaden luego los 350 gramos de carne picada mitad vaca y mitad cerdo una pastilla de Avecrem de pollo y cuatro cucharadas colmadas de harina punto leche la que pida hasta conseguir una bechamel espesa punto salpimentar punto comienza párrafo B se forman y empanan una vez que esté fría la masa punto

¡Estupendo! ¡Una receta de croquetas de carne picada! Por suerte, estaba bien clara. Nada de tintas invisibles. Ni de excrementos de jilguero o de papagayo. Se sintió en deuda con él, aunque sólo fuera por el delicioso sabor que la receta parecía prometer. Quizás el menú de la merienda no fuera al fin y al cabo tan macabro... Alfonso mañana seguiría fuera y ella tendría plena libertad para salir a cualquier hora del día y para regresar sin miedo a ser descubierta.

XIII

EL OLOR RAMPANTE

Al día siguiente, Leo, con andares felinos, cruzaba el vestíbulo de la casa de su nuevo amigo, aunque apenas eran las seis de la tarde y los leones tienen por lo general hábitos nocturnos. A pesar de que su alimento preferido es el antílope, devoran igualmente a todos los demás mamíferos, para lo cual se ponen al acecho cerca de los lugares donde aquéllos suelen ir a beber, haciendo presa en los menos prevenidos. Sangre, huesos, entrañas, cartílagos, tendones... La dichosa merienda, pensó y, de un zarpazo, se retiró la melena hacia atrás, quedando ella misma algo aturdida por la violencia de su gesto, pero él la miró con cierta sorna, como pensando: ¿Leoncitas a mí? ¿Y a estas horas?

Ahora se sentía muy segura, invulnerable. Sabía que era capaz de defender su vida, incluso de matar por ello. Sin embargo, al no poder compartir su inconfesable secreto, ni con Eloísa ni con la Turca ni con Alfonso, al no poder hablar con ninguno de ellos sobre su acción, el crimen perfecto que él siempre se había empeñado en negar, tan perfecto que era como si no existiera, se sentía muy sola. Y así, desesperada, buscaba cualquier ocasión para unirse a otras personas, cuanto más extrañas mejor, de entrelazar su destino con el de cualquier otro ser, aunque sólo fuera por unas horas, únicamente para ahuyentar el fantasma de la soledad y al mismo tiempo el de la intimidad. De un plumazo.

Entraron en el salón y él le ofreció asiento, señalando la mesilla en la que había dejado el té y un plato con dátiles, pero ella se dedicó a observar el entorno. Marfiles amenazadores, altares repletos de ídolos, estatuillas de ébano de rostros terroríficos y

cuerpos retorcidos, a las que le hubiera gustado castigar de cara a la pared, tres cabecitas reducidas, con mechones de espesos cabellos enmarañados y pegados al cráneo, en perfecto estado de conservación, con las hileras de dientes resplandeciendo entre los labios, y cierto número de paquetes, envueltos misteriosos que colgaban del techo junto a la ventana. Por donde fuera, su nuevo amigo, aquel descendiente de caníbales, parecía adquirir siempre lo más morboso que encontraba. A Leo todo aquello le recordó un santuario católico con las paredes cubiertas de cabelleras, muletas, mortajas y bultos de cera.

A continuación pasó revista a la infinidad de cajas de distintos tamaños y colores que había sobre la mesa, con las tapas abombadas por la dureza de los materiales, para finalmente venir a posar su mirada sobre un artefacto que le resultó familiar, si bien no menos peligroso que el resto. Se trataba de un televisor de diseño escandinavo. Otro hombre pegado a un mundo de ficción que no es el de los libros, pensó desalentada, hundiéndose en un fantasmal sofá, cubierto con telas de colores, y apoyando su brazo desnudo sobre el respaldo, con lo que, aparte de mostrar una actitud gratamente confiada, valiente incluso teniendo en cuenta el decorado, su busto se abalconó en el borde de su camiseta de algodón. Y a él se le coló la mirada por el escote.

—¿Te gustan mis zapatos? —preguntó ella retadora, como si él pudiera verlos por aquella rendija de su vestimenta, y esbozó una sonrisa.

Siempre le había gustado que los hombres admiraran aquellos promontorios de su anatomía, separados verticalmente por un valle de piel tersa, pero un grito inoportuno vino a sacarla de sus pensamientos:

—¡Tierra a la vista!

Él no había despegado los labios. Avergonzado, hizo un gesto, señalando el ventanal. Leo se levantó para asomarse, pero chocó con los paquetes, que izados en lo alto quedaron meciéndose junto a ella. Entonces se repitió el grito de guerra, como un eco burlón, y Leo comprobó que allá abajo, en el jardín, había un loro encaramado a un árbol. Sería probablemente la mascota de algún hombre de mar, quizás el recuerdo de algún naufragio. Tenía el cuerpo verde, la punta de las alas rosa, la frente azul y la garganta dorada. Se estaba arrancando plumas con el pico.

Él se disculpó y le ofreció merendar en la cocina o en su cuarto, donde ella quisiera, donde creyera que podría hacerlo.

—¿Desde la cocina se oye a ese fatídico monstruo cubierto de plumas?

—Algo menos que desde aquí.

—¿Y desde tu cuarto?

Como respuesta, él se limitó a sonreír, seguro de su triunfo, a pesar de que aquel gesto funcionaba sólo de perfil, pues de frente a Leo le parecía que con las aletas nasales tan aplastadas se embrutecía, perdiendo todo el encanto de la seducción.

—Allí no se oye nada —contestó, al ver que su sonrisa no daba los resultados apetecidos.

Leo se levantó del sofá y, tras asomarse de nuevo al ventanal y comprobar que el loro le mostraba sus cuartos traseros mientras esparcía excrementos por el jardín, siguió a Tristão, imponente, cual estatua de ébano, transportando la bandeja entre sus brazos rumbo a la cama. Hacer callar a un loro sería tarea fácil, mucho más fácil que hacerlo con un filósofo, pensó. Tampoco le parecía mal perder de vista aquellos paquetes, cuyo interior sospechaba poblado de entrañas humanas. Quizá su amigo fuera como aquel jefe de una tribu de las islas Sandwich que aseguraba ser la tumba viva del dedo gordo de Cook. Quizás al final fueran ciertas sus sospechas: que en un festín caníbal hubiera probado alguna de aquellas golosinas cubiertas de sangrujos.

En el pasillo, largo y de madera crujiente, se quedó embobada mirando un mapamundi cubierto de banderitas de colores pinchadas en distintas regiones del globo, los lugares en los que Tristão había dejado trozos de su corazón, según él mismo confesara. Poco le debía de quedar de aquel órgano. ¿Estaría el resto más completo? Convencida ya de que él se enamoraba únicamente de la apariencia, dedujo que en cuanto se apoderaba del cuerpo de una mujer, ardía en deseos de clavar otra bandera en el mapa y continuar su camino. Un aventurero, como ella misma.

Se sentaron en el suelo de su dormitorio, sobre una estera y, ante los dátiles y el té, hablaron. Hablaron largo y tendido, siendo otra vez él quien lo hacía sin parar. Dentro de aquel hombre había otro loro. Pasaba el tiempo y Leo se impacientaba. El té estará helado, pensó. Una coloración azul marino en el fondo de la taza le trajo a la mente el nombre de un té venenoso, uña de urraca. En la penumbra, las siluetas de sus cuerpos se agigantaron. Ella esperaba algo nuevo, una sensualidad feroz, animal, que la cogiera con garras, zarpas y colmillos y la desgarrara, algo que acechaba en la mirada de aquel hombre, en su silencio de pantera.

Incapaz de seguir esperando, Leo comenzó a desnudarse, sonriente. Camiseta y vaqueros volaron, el uniforme de la amiga de los hombres importantes, y se tumbó a su lado. Con habilidad

demoníaca, él fue repasando su perfil con la yema de los dedos, las manos aún temblorosas. Ella se estremeció recordando otro recorrido gélido y realmente peligroso, el del revólver acariciando su rostro. Mientras tanto él fue bajando hasta su ombligo. Y ella, como movida por un resorte, se incorporó, se volvió hacia él y, tras despojarle de los artificios del sastre, sor Índice, sor Corazón, sor Anular, con sus uñas cuidadas, aunque cortas y sin pintar, procedieron con la aplicación de un topógrafo a atravesar la configuración de aquel continente nuevo, un cuerpo tejido de músculos, que las novicias fueron palpando con la punta de sus tocas, explorando hasta los últimos confines. Y al fin las tres hermanas, arrobadas e impregnadas de santa confianza, como los sacerdotes y profetas de los pueblos bárbaros, buscaron su morada en las montañas, en un bosque de encinas negras. Y entonces...

... entonces los vientos enfermaron de amor, escribió Plutarco al describir el histórico encuentro entre Cleopatra y Marco Antonio, un extraño perfume arrebataba el sentido... Leo percibió un olor agrio, un aroma que el cuerpo de su compañero parecía despedir como en repentina inundación. Recordó que el olor suele delatar también a los ladrones. La tensión hace que segreguen una sustancia tan fuerte, que en más de una ocasión ha despertado a las víctimas, que así descubren lo premeditado y alevoso de la acción.

Aquel olor le llevó a imaginar que quizá fuera presa de un maligno encantamiento, de una burla, tal y como le ocurriera a don Quijote ante Dulcinea, convertida según le pareció en rústica labradora y cuya fragancia a ajos crudos atosigó el alma del andante caballero. Aquí me lo han puesto, para que detenga y temple el ímpetu de mi sensualidad, se dijo Leo. Podrán quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible.

Acabaron haciendo el amor en silencio, lentamente, aunque de pronto el éxtasis estalló también entre sus labios. Te quiero, repetía ella sin pausa. Te quiero, Tristão, te quiero, te... Prefería llamarle por aquel nombre, un apellido gaviero y peregrino que con facilidad la alejaba de su mundo cotidiano, del nombre plano de su marido, de su grandilocuente apellido de casada, Hernández de Arevaleda. Yleka, en cambio, la hacía pensar en los envueltos y en sacrificios humanos.

—Te escribiré. Te llamaré. Vendré a buscarte —prometió él, repitiendo su nombre en una letanía incansable, al tiempo que le temblaban las fosas nasales—. Leo, Leo, Leo...

La idea de convertirse en un banderín rojo y gualda clavado entre otros muchos en un mapa le espantaba, le parecía de mal gusto, así que le pidió que escribiera su nombre con los dedos, en la

piel de su espalda. Él firmó con un beso en el nido caluroso de su nuca y con una voz tristísima, como surgida de un lago, susurró:

—Dime, ¿qué te parecería vivir en Lisboa? Una ciudad al borde del agua. Dicen que está hecha de mármol...

A Leo la interrupción literaria, en el paroxismo de su pasión, con el aliento entrecortado y el deseo aún caliente en los nervios, le pareció tan extemporánea como un nuevo ataque directo de la prosaica realidad, como si de nuevo la hubiera invitado a merendar, interrumpiendo bruscamente el hilo de un sentimiento. Sin embargo, se dispuso a contestarle y, dejando por un instante la hebra en suspenso, se arrojó de nuevo a aquellas aguas.

—Un paisaje a tu gusto, hecho de luz y de mineral, y el líquido para reflejarlos. *Voilà*.

Volvía a descubrir en sí misma un tono pedante, pero no pensaría citar a Baudelaire así, impunemente. Él, fascinado por la rapidez de su ingenio, a pesar de que para evitar una contraofensiva no lo había desplegado en francés, la cogió entre sus brazos, pero retiró la cara, quizá buscando de nuevo impresionar con su perfil, tal vez huyendo de aquellos ojos como de dos aceradas piedras. Habría sentido vértigo al asomarse a esos abismos, en los que se reflejaba la maldad de sus secretos, su doble vida, aquella fuerza capaz incluso de provocar la muerte. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Súbitamente se levantó y la invitó a cenar. Cualquiera hubiera creído que era una especie de alimaña, un aficionado a la caza como muchos de sus compañeros de oficio, pero resultó que era vegetariano, aunque de una voracidad tan insistente que dejó a Leo desarmada. Trajo hierbas, verduras, algunas frutas exóticas y, tras extenderlas sobre la estera, las fueron devorando, una por una, hasta el corazón, acompañadas de vino blanco. Entonces, pensó Leo saboreando una de las legumbres, si es vegetariano, aquella receta debía de ser un mensaje realmente cifrado. En cualquier caso, tendré que probarla, se dijo, limpiándose los labios con la única servilleta que había en toda la casa y que hubieron de compartir. Él se quedó mirándola en silencio. El calambre recorría de nuevo su mejilla, una descarga insignificante que alertó a Leo de que, una vez saciado el más natural apetito, un nuevo deseo se estaba formando en la mente de Tristão.

Y ciertamente, no tardó en pedirle que volvieran a hacer el amor. Desnudos, a la luz de las velas, se recostaron de nuevo en el suelo. Leo reflexionó unos instantes sobre lo inoportuna que resulta la reiteración. Cualquier contacto se vuelve enseguida conyugal, se

dijo con testarudo escepticismo. Inmediatamente se está en la pareja y al primer intento de repetición todo se acaba, aflorando los peores olores.

Cualquier lector se aburriría con una aventura como ésta, tan insistente, pensó, y se entretuvo repasando los olores que a lo largo de su vida le había ofrecido la literatura. Recordaba títulos que hablaban del olor del sol, del olor a caminos, a jazmín, a lana, a mar, a tierra quemada, de cierto olor a podrido y hasta del olor silvestre de la fiebre. Tenía un olfato literario de auténtico detective, pero jamás en su vida se había enfrentado a uno como el que ahora invadía sus narices, intenso, amargo y algo untuoso.

Sin embargo, el rostro de Tristão reflejaba una tristeza tan dulce y expansiva, que Leo se dispuso a hundirse en el fango pestífero, consciente de que aquél era sin duda un nuevo signo de que estaba perdiendo la cabeza. Acababa de tomar una decisión. Recordaba vagamente a un rebelde barón italiano, que un día decidió encaramarse a un acebo en protesta contra la tiranía de su familia y que ya nunca volvió a bajar de los árboles. Ella había iniciado aquella peripecia y debía llegar también hasta el final, fiel a la disciplina que se había impuesto. Una persona que se fija una regla ha de seguirla hasta sus últimas consecuencias, pensó, despiadadamente.

Sabía que podía haber recurrido a alguno de los sistemas de Eloísa cuando, gazmoña, no se sentía del todo convencida de la naturaleza de su compañero y le suministraba un laxante o unas cuantas gotas de aceite de ricino que le retorcieran los intestinos y la libraran a ella de cumplir con su deber. Pero él, sin esperar su reacción, la arrastró hasta la cama. Ya estaba bien de hacerlo en el suelo.

Sus espaldas se hundieron entre las sábanas de hilo, y él, con el cuerpo ardiendo, como invadido por una fiebre tropical, se pegó a su costado, volviendo a recorrer con la mano sus pechos, su ombligo y la vertiginosa llanura del centro, donde se demoró unos instantes, para huir después por la parte más enramada de su cuerpo, una vegetación espesa, plagada de fantasmas y humedades. Leo, en la cama, sentía que la estaba leyendo, repasando lentamente cada una de sus líneas, como si en su piel pudiera apreciar, invisibles, todas sus lecturas, cada uno de los pasos que había dado en su vida. Girándola hacia él, celebró la constitución de sus caderas, aparentemente delicadas, aunque capaces de soportar el embate de un coloso.

Entonces ocurrió el milagro. Él vio emerger sus rodillas, con las

que le llevó hasta ella, y las caderas se abrieron como pétalos de piedra, fósiles vivos envueltos en la tibieza de la carne, y el silencio volvió a poblarse de palabras entrecortadas por los besos. El órgano que ella creía diseminado por las distintas partes del globo terráqueo, empezó a latir cada vez con más fuerza. Estaba ahí, en su pecho, entero, haciendo circular la sangre.

Poco a poco, Leo fue olvidando sus manías, la preocupación, como decía Eloísa, tantas veces agarrada a un tanguista sudoroso, de tratarse únicamente con los monos más perfumados. Abandonó sus búsquedas nasales, dejó de olfatear como un perro en cada esquina y se sintió arrastrada como por un remolino, girando al principio rápida y desordenadamente. Oleadas de sangre inundaban su cabeza, para después, una vez pasada la agitación, mecerse al compás, como en un columpio, con los pies rozando el cielo. Él se sentó al borde de la cama, agotado, con la cabeza apoyada en las palmas de las manos. Leo pegó su cuerpo al de él, rodeándolo con un brazo, y observó su perfil.

—¿Te importa que fume? —preguntó al cabo de un rato, tirando ya del último cigarrillo que sobresalía de una cajetilla de Camel. El cigarrillo se le cayó al suelo, tendría que agacharse y arruinaría su perfil. Sin embargo, ella reconoció que podía ser su salvación definitiva. El olor del tabaco es capaz de matar cualquier otro, quizás incluso el de la insólita excitación de su amigo.

Leo alargó una mano para alcanzar la cajetilla vacía, y se entretuvo en desnudarla, quitándole el papel plateado que forraba el interior. Después, desplegando su presa, empezó a juguetear con ella. Estirándola aún más, la dobló y anudó, hasta formar un lazo, que finalmente arrojó en el cenicero. Recordó entonces un pasaje de un libro, en el que se decía que la gente puede cerrar sus ojos a la grandeza, a los horrores, incluso a la belleza, y sus oídos a las melodías, pero que a lo que no se podría escapar es al olor.

Por fin, durante unas horas, fueron capaces de dormirse abrazados. Alfonso hacía mucho tiempo que era incapaz de dormir así y ella en los raros intentos se sentía aplastada por el peso de su cuerpo. En el transcurso de la noche Leo volvió a despertarse de golpe, como tantas otras veces, sintiendo un hormigueo doloroso y con el brazo izquierdo revoloteando una vez más a su alrededor, fuera de control. Él se despertó, alarmado por los gemidos que ella, aún medio dormida, profería y en los movimientos lentos y desesperados del brazo le pareció apreciar que algo extraño habitaba en el interior de aquella mujer, una multitud de facetas incongruentes e independientes entre sí, como en un prisma de

cortantes aristas. Sintió frío y una gran debilidad, pero, acariciándole el pelo, esperó a que se calmara y después volvió a hundirse entre las sábanas en el más profundo de los sueños.

Por la mañana temprano, Leo, acostada ya en su propia cama, pudo dormir unas pocas horas más y fue allí donde soñó que mataba mosquitos. Uno detrás de otro, y con tal habilidad que quedaban siempre aplastados en la misma postura. Eran todos iguales, como un ejército de soldados de plomo, fuera de servicio. De color café, tenían el tamaño de la primera falange de los dedos de su mano, de una cualquiera de sus monjitas, y la postura en la que quedaban era la del diablo cojuelo arrastrando tras de sí una pierna inerte.

Así era como había quedado Tristão sobre la cama, con una pierna encogida y la otra estirada más allá de donde llegaba la sábana, ofreciendo el más hermoso de sus perfiles. Ella le había besado en un hombro, la carne dura, abandonando después de puntillas aquella casa de fieras, por la que otro olor se había ido extendiendo. Un aroma a almendras, dulce, embriagador.

Le había costado alejarse, abandonarle, pero dormir más de dos siestas con él habría sido un error. Una aventura ha de tener principio y, sobre todo, desenlace. Y era ella precisamente quien debía poner punto final, no esperar a que las cosas se murieran en sus manos. Sabía que hasta la pasión más fuerte acaba por marchitarse y, por otro lado, algo, una parte de su ser, una fuerza extraña, por encima de ella misma, como un narrador que, siempre al acecho, anda tirando de los hilos, la arrastraba de vuelta a casa, devolviéndola a la jaula y a los brazos de su marido, que pronto habría de regresar.

XIV

REFLEJOS EN UN ESPEJO DORADO

Así fue como Leo decidió pasar de nuevo otra página de su historia, iniciar un nuevo capítulo. Tampoco volvería a ver a Tristão, como no lo había hecho ni con Duino ni con Eduardo, quien a estas alturas parecía haber alcanzado también la inmortalidad que tanto ansiaba. Dos noches con cualquier hombre y ya se cree con derechos. Ahora se sentía orgullosa de estar representada por una bandera clavada en el mapa que para siempre había quedado atrás. Una vez cada cosa, se dijo, sólo una vez. Una vez y nada más. La distancia haría que todo fuera más fácil. Miles de kilómetros nos separarán, había dicho él. Sí, mucho más que océanos y continentes... Océanos que no caben en este planeta. A veces unas simples paletadas de tierra, apenas unos metros, crean una distancia aún mayor que la que nos separa de nuestros antípodas en las islas Chatham. Y luego páginas y más páginas, nuevas aventuras, otros hombres. Necesitaba moverse, agotar sus fuerzas, quemar toda su energía.

Siendo partidaria del más amplio humanismo fálico, aunque quizá fuera más correcto hablar de hominismo, y habiendo declarado su cuerpo patrimonio de la humanidad, Leo acudía cada vez con mayor regularidad a un gimnasio. Sólo que aquél era únicamente para mujeres. Eloísa, incapaz de soportar la dureza del entrenamiento, hacía muchoo que había abandonado la idea de convertirse en una atleta, dejando a su amiga sola entre una barahúnda de mujeres desconocidas. Decía que ya tenía bastante con el circuito del tango, por el que ahora además circulaba con su

perito en lunas. Leo sin embargo tenía muy presente que, según el hombre sin atributos, una hora diaria basta para mantener un cuerpo no sólo en forma, sino entrenado en las condiciones físicas de una pantera, dispuesta a cualquier aventura, si es que una andanza digna de tal preparación se presentaba, y capaz de defenderse ante una agresión imprevista..

A su marido, que Leo acudiera a la palestra con tanto fanatismo le parecía estupendo. Acariciar un cuerpo moldeado por el entrenamiento diario era como pasar los dedos por la superficie de un cuadro, una obra de arte a su alcance. Sin embargo, él no estaba dispuesto a hacer nada por el suyo, por más que ella le enumerase hasta dieciocho beneficios distintos que la práctica de algún deporte podría procurarle. Desde los más obvios, como que con ello quemaría grasas, rejuvenecería o regularía el nivel de colesterol en la sangre, hasta algunos tan prometedores como que aumentaría el umbral del dolor y le produciría euforia.

Un gimnasio resulta a cualquier hora del día un lugar bastante monótono. Los movimientos allí dentro se repiten una y otra vez, una y otra vez, y las instalaciones tampoco contribuyen a hacer que la uniformidad sea menos pesada. Todo está diseñado de acuerdo con un modelo estricto, como en un cuartel militar. Una vez que un hombre o una mujer entra en un gimnasio, lo único que se le exige es que haga lo mismo que el que tiene delante, una y otra vez. Sin embargo, en un gimnasio a veces suceden cosas extraordinarias, cosas que no se repiten...

El simple hecho de envolver su cuerpo en unas mallas elásticas producía en Leo una sensación de libertad casi absoluta, sensación que, para alimentar su vanidad, se repetía casi cada día. Los pantalones ajustados, como una segunda piel, eran en su caso siempre negros, prolongación de la monotonía reinante en una suerte de uniforme. Sin embargo, la pieza superior iba cambiando a lo largo de la semana. Los lunes, de un gris clarísimo, perlino. Los martes, verde esmeralda. Los miércoles, amarillo. Los jueves, alegre, como la corteza de una naranja. Y los viernes, de un rojo encendido. Algunas semanas el caos se instalaba en su mochila, siguiendo los dictados de su cambiante estado de ánimo, y equivocaba los días y sus colores correspondientes.

La gimnasia era para ella una especie de ciencia matemática, en la que el juego de los músculos exigía un alto grado de rigor y precisión. Muchos incautos, al ver a tantas mujeres saltando o tumbadas en el suelo con el único fin de mover determinadas partes de su figura, suelen pensar que se trata de cabezas huecas o banales, aunque si fueran un poco más allá en su observación quizá se dieran cuenta de que, no todas, pero sí al menos algunas de ellas aplican

en sus ejercicios una lógica ejemplar. Y es que la gimnasia es una actividad intelectual, en la que el cerebro actúa como una potente batería, a cuyas órdenes unas pocas fibras son capaces de mover todo un entramado de nervios.

Tras unos cuantos años practicando aquel arte matemático, Leo se había convertido en una especialista, constituyendo para ella aquella ciencia también una pasión. A cualquiera le gusta plantarse un traje, unos zapatos o una camisa recién comprados, sentirse así completamente nuevo y limpio, pero se olvida en general cuánto mejor es la sensación de estrenar cuerpo cada día, una especie de máquina infalible. Ella sin embargo era consciente de la endemoniada peligrosidad que el suyo adquiría de año en año, mes a mes, de día en día, con los músculos, esos precisos resortes, cada vez más definidos, aunque de una manera elegante, como las ordenadas circunvoluciones de su cerebro. Y es que el método en cuestión pretende, con la rigurosidad del formalismo, borrar del mapa el problema de la grasa, dándole una solución definitiva, en un proceso similar al que una mente libra contra toda clase de prejuicios y enviscamientos románticos.

La sala de máquinas o taller en el que Leo ponía en práctica semejante metodología consistía en tres paredes blancas y una cuarta en el frente, cubierta por un espejo de tonalidades blondas, hacia el que se dirigían todas las miradas, de forma que si uno quería vigilar la perfección de sus movimientos debía recurrir a su reflejo o guiarse por la voz de mando de la monitora, verdadera enciclopedia de la aritmética gimnástica.

En el espejo se repetían también las siluetas del resto de las discípulas, única nota capaz de romper la uniformidad con su variedad inagotable de alturas, anchuras y constituciones, producto del capricho de la naturaleza. La música, de fuertes compases, infundía su impulso en el ritmo del corazón, bombeando sangre y coloreando las mejillas.

—¡Estira fuerte! ¡Estira bien!

¿Se lo decía a ella? ¿A Leo? ¿O era una forma de obligarlas a todas a estirar más la pierna con la sutileza del imperativo en singular?

—¡Estira mucho!

Y a medida que iba transcurriendo aquella hora diaria en movimiento constante, Leo degustaba el sabor fuertemente salado del sudor, resbalando hacia sus labios, más cálido en el rostro, fresco en la nuca, entre los cabellos que habían escapado al recogido. Los ejercicios deben ser limpios, bien marcados, y muy

cortos, casi imperceptibles, en un suave vaivén, manteniendo sin embargo la columna vertebral siempre en su sitio, sin balancearse lo más mínimo, explicaba la monitora.

—¡Atentas siempre a vuestros ombligos! ¡No los perdáis de vista! —gritó de pronto, mostrando ella misma el modo en que debían hacer una abominable tabla de doscientos abdominales.

El vientre era sin duda alguna la sede del desarrollo de aquella actividad científica. Si uno centraba su pensamiento y toda su fuerza en él, conseguía la postura y la armonía necesarias para practicarla de una manera algebraica. Y aunque Leo corría el peligro de convertirse en una víctima de su propia apariencia, del famoso y despreciado culto al cuerpo, no lo era gracias a su sentido del humor. En ocasiones, su rostro, por lo general serio y contenido debido a la concentración, esbozaba una sonrisa, consciente de lo ridículo de alguna de las poses que obligaba a adoptar a su cuerpo para realizar ciertas acrobacias, trazando así triángulos, cuadriláteros, círculos y otras intrincadas figuras geométricas.

Sin embargo, en ocasiones hasta en un gimnasio ocurren cosas, cosas que no se repiten, que rompen la monotonía característica del lugar, cosas incluso extraordinarias. Al fin y al cabo, tampoco se trata de un campamento militar, donde también a veces llegan a producirse casos irrepetibles. Y así fue como, en el momento en que la clase estaba a punto de finalizar y todas las alumnas se erguían desde el suelo para estirar sus molidas extremidades, Leo creyó ver un espejismo. Seguía con atención los movimientos de la monitora en el espejo que dominaba todo el frente y en el que se reflejaban todas y cada una de las siluetas, a diferentes escalas según estuvieran más cerca o más alejadas, cuando una nube se movió entre las mallas de colores. Una cascada de reflejos en el espejo dorado. Un simple guiño, como el del polvo del té del Nepal al precipitarse en una taza de agua caliente.

Una larga melena rubia, del color de la miel en verano, envolvía la esbelta figura de una joven, cuyo parecido con Duino era tan sorprendente, que Leo fue incapaz de apartar la mirada de su rostro ni de su cuerpo. La misma sonrisa, de labios perfilados, la misma mirada, dulce a pesar de lo penetrante de los ojos oscuros, en fuerte contraste con el resto de la persona, los mismos gestos, con aquella gracia desgarbada... El recuerdo de Duino aún la hundía a menudo en un pozo sin fondo, al que no le gustaba asomarse. Y sintió un nudo en la garganta.

La clase terminó con unos minutos de relajación. De allí pasaron a la báscula. Leo se quitó las zapatillas y, subiendo a la acusadora superficie primero un pie y luego el otro, envueltos ambos en

calcetines blancos, miró con cierta aprensión hacia abajo. 55. Otro número perfecto. El eterno capicúa. ¡Claro! ¿Cómo demonios iba a perder peso, si se tragaba una media de doscientas páginas al día? Eso los días laborables, que los sábados y los domingos la ingesta era ilimitada. Por otra parte, aquellos cincuenta y cinco kilos tampoco estaban mal para su estatura. ¡Leer engorda, señora!, y se dio una palmada en el trasero.

A continuación recorrieron el pasillo en dirección a las duchas, enjugándose unas el sudor con la camiseta, otras dejando caer los brazos con indolencia y cara de cansancio. Leo fue de las primeras en poder pasar, pues sólo había cuatro compartimientos y era preciso turnarse. En la antigua Grecia, los gimnasios solían instalarse en lugares boscosos, bien provistos de agua. Intentó imaginar que la alcachofa metálica era el fruto de un frondoso árbol chorreando agua en medio de una espesa floresta, pero los baldosines blancos rodeándola por todas partes sólo lograron evocar en su mente la frialdad de las paredes de una cámara de gas, así que salió de la ducha y se apostó junto al espejo, con lo que se sintió envuelta en la cálida luz que despedía.

Mientras se frotaba la espalda con la toalla, pudo contemplar a la chica bajo el agua, la sombra de sus pechos en la pared, los movimientos de sus brazos extendiendo la irisada masa jabonosa que se concentraba entre sus dedos, cómo entornaba los párpados e inclinaba la cabeza hacia delante, dejando que el agua le corriera por la nuca y por la espalda, aquellos chorros rodeando su cintura, acariciando su ombligo, cayendo en línea recta hasta las corvas y de allí a los tobillos.

Aquella criatura, como venida de otro mundo, abandonó la ducha, se secó, se vistió y, sonriendo de nuevo hacia el espejo, se caló unas gafas de montura de concha, que resultaron ser idénticas a las que Duino solía utilizar en la oficina. ¡Eran clónicos! Leo bajó la vista y se volvió hacia el espejo, el recuerdo de su amigo la ahogaba, se le erizaba el cabello al comprobar el sobrenatural parecido. Por otro lado, secarse los pies mirando al frente es una operación complicada, si no imposible, con la que el cuello puede llegar incluso a resentirse. Incapaz siquiera de alargar un brazo para coger su ropa, se demoró en cambio en la operación de secado, como si estuviera hipnotizada.

Cuando por fin se decidió a levantar la mirada, comprobó en el espejo que la joven se acercaba hacia ella, giró en redondo y, en la mano que tenía libre, la otra aún era capaz de sujetar la toalla, recibió una nota doblada en dos. Leo, desconcertada, bajó los ojos, abriendo el papel con ansiedad, y cuando los alzó de nuevo, la chica ya había desaparecido, dejando tras de sí un rastro de destellos

dorados, como las ondas que rizan la superficie de una piscina, un espectro de hebras luminosas. La aureola de un eclipse solar.

La letra también era parecida a la de Duino. Paula Mohn, una dirección y varias preguntas, fechas y horas alternativas, repartidas en numerosos apartados y recuadros para ser rellenados con una cruz, un sí o un no. Una invitación al juego. Así que se aplicó en contestar y marcó lo que más le convenía para fijar un nuevo encuentro, fuera de la palestra. Alfonso en unos días no volvería a salir de viaje, pero ella podría escaparse alguna tarde de la oficina, tener un encuentro a plena luz del día.

Entregó el papel a la entrada para que se lo dieran a Paula en la primera ocasión y al bajar las escaleras, camino de la calle, sintió el hormigueo de unas agujetas. Quiso conservarlas, sentirlas con mayor intensidad, así que decidió caminar de vuelta a la oficina, sólo quince minutos a pie la separaban de la mazmorra.

Ahora resultaba que no sólo gustaba a los hombres, sino también a las mujeres, por jóvenes que fueran. Estaba claro, su disposición, su deliberado ánimo, su ahínco y curiosidad, frutos de aquella idea acerca del mar inmenso de posibilidades que se abriría ante ella, de su proyecto de desquite, alertaban a los que la rodeaban, de la misma manera que si hubiera lanzado a las aguas una botella con un mensaje, legible a través del cristal. Cualquiera podía entenderlo, sin necesidad de descifrarlo, cualquiera podía comprender la llamada. Piensa que tu disponibilidad puede actuar con la fuerza natural de un imán, le había advertido ya Eloísa. Es cierto, los hombres y hasta las mujeres acuden como las moscas atraídas por la carne expuesta, se dijo.

Las fantasías, una imaginación demasiado aventurera, reflexionaba, acaban atrayendo el acontecimiento, y esa sed de aventuras, como el deseo de saber, como la lectura, se acrecienta consigo misma, en un círculo vicioso, imparable. Así es que cuanto más se enfrascaba en el juego del desorden amoroso, más gusto le tomaba.

Aventura tenemos, concluyó, emulando al ingenioso hidalgo en conversación con su escudero, si bien ella ahora caminaba sola por mitad de la calzada, descendiendo una cuesta, al final de la cual se divisaba un sinfín de tejados iluminados por el sol. Qué relamida y afectada puedo llegar a resultar en algunas ocasiones, pensó sonriendo.

Poco después, a la vista de un público cotilla, aunque silencioso e invisible para ella, se perdió en el interior de la mazmorra. Unos estarán cómodamente sentados, otros tumbados, muchos de ellos con los pies en alto, pensó, pero todos ellos habrán llegado ya casi

al final de un capítulo. Al mismo punto y aparte.

—Buenas tardes, señorita Veruti. Perdón, quise decir señora de Hernández de Arevaleda, pero es tan largo... —saludó un ordenanza al pie de la monumental escalera. Llevaba sobres de un despacho a otro, aprovechando el viaje para transportar también una bandeja con café y pastas.

—Hola, Bermejo, ¿qué tal? —contestó Leo lanzando una mirada gatuna a la merienda. El ejercicio le había abierto el apetito.

—Vamos tirando. Y por cierto, pobre señor Lorca y Palazuelo. Lo siento.

A Leo se le entristeció el rostro, bajó la mirada, se agarró al pasamanos y lentamente subió la escalera. Sí, pobre Duino.

XV

GAMBITO DE DAMA

Apenas dos días después, Leo caminaba de nuevo con gran decisión, el gris plateado de su vestido ondeando en torno a sus piernas. Más abajo, sus pies, embutidos en unos zapatos de ante también gris, de un tono ligeramente más oscuro, avanzaban confundiéndose con el asfalto. Había aprovechado uno de los viajes de su jefe para escaparse aquella tarde de la mazmorra. Alfonso, en cambio, gozaba de unos días de tranquilidad, estorbando en cierto modo sus entradas y salidas.

Era consciente de que sus pasos la estaban llevando a emprender acciones y entablar relaciones descabelladas, junto a personas cada vez más desconocidas, como si una fuerza superior, irresistible, la arrastrara siempre hacia adelante, la fuerza irracional que, según le parecía, surgió después de que con sus propias manos diera muerte a aquel psicópata. Desde entonces no se sentía del todo dueña de sus actos, sino como un personaje blando, manipulado por su creador, como una marioneta. Llegaba incluso a parecerle que estaba librando una batalla sin enemigo, pues si bien Alfonso a veces le resultaba pesado, debía reconocer que a menudo era más bien por su culpa, por su impaciencia. Lo cierto es que no le odiaba, en absoluto, y tampoco estaba segura de querer abandonarle. Cualquier hombre, que, como él, cayera en la trampa de la repetición, corría el peligro de volverse insoportable.

Sentía así que los acontecimientos escapaban a su voluntad, a su incumbencia, que el exceso estaba a su alrededor, no sólo en ella. Su decisión, su proyecto inicial, se veían sobrepasados por los sucesos que venían a su encuentro, siendo unos más afortunados

que otros. Era como si su propio deseo de venganza y de sensualidad los atrajeran con la fuerza del magnetismo, viéndose atrapada en la ilimitada libertad que ella misma se había concedido, incapaz ya de dar marcha atrás.

Al llegar junto a una tapia, al final de la calle, sor Índice, la de carácter más osado, a pesar de ser de menor estatura que sor Corazón, quien además debía de ser maestra de novicias, se adelantó y tocó un timbre. La jerarquía eclesiástica en estos casos quedaba del todo relegada a los caprichos de cada personalidad.

Enseguida se abrió la verja, dando paso a un jardín. Un magnolio, un albaricoquero algo endeble, un pruno de altura poco común, y detrás, la casa, blanca y con tejado a dos aguas de color oscuro, enmarcada en una loma por un abeto larguísimo y unas encinas, cuyo tronco había sido engullido por la madreselva. Un caballo blanco de largas y enredadas crines triscaba por el jardín, decapitando tulipanes.

Leo avanzó por un caminillo de lajas de pizarra y cruzó el porche. Sor Índice, adelantándose cerca de medio metro, pulsó otro timbre y la puerta de entrada a la casa se abrió, mostrando un vestíbulo, amplio, de grandes losas negras y blancas, y a Paula que, vestida de amazona, con chaqueta roja, golpeándose suavemente la caña de la bota con la fusta, la otra mano sujetando aún la puerta, se erguía sobre uno de aquellos cuadrados, uno blanco. Así, con gafas y el pelo recogido, se parecía tanto a Duino...

Había creído que podría olvidarle. Quería hacerlo, aunque quizá nunca lo consiguiera. En lo que veía, en lo que oía, incluso en lo que leía, encontraba casi siempre algo suyo, algún retazo que le hacía remontarse a las tardes pasadas en su compañía entre montañas y aves, a menudo bajo un techo de gordas nubes grises. Y su recuerdo, como la movilización de las dunas, podía tener resultados catastróficos. Duino era al fin y al cabo el único que duraba.

A Eduardo tampoco había vuelto a verle. No es que le echara de menos. La compensación después de muchos años había sido suficiente para otros tantos. Y entre ella y Tristão la tierra se había abierto, como una fosa insalvable, separándoles definitivamente. Imaginaba el mapamundi desplegado y veía la pequeñísima zona con la que hubiera podido contar. Repasó sus promesas, te escribiré, vendré a buscarte, y sonrió al darse cuenta de lo indiferentes que le resultaban. Había sido como un sueño, fantástico, pero irreal al fin y al cabo. Lo cierto es que ambos, tanto Eduardo como Tristão, más cercanos en el tiempo, acababan siempre borrados por el recuerdo de Duino, que ahora se alzaba ante sus ojos suplantado por una

desconocida.

Paula, que había dado un par de pasos hacia atrás, ocupaba ahora un cuadrado negro, franqueándole la entrada. Leo avanzó, sintiendo que pisaba las casillas de un gigantesco tablero de ajedrez. Caminando sobre las baldosas, blanco, negro, blanco, negro, blanco, Paula le fue mostrando el camino hasta llegar al salón, donde tenía preparado el café y una bandeja con dulces.

Leo la dejó hablar, era tan joven, tan hermosa, con el cabello rubio en contraste con sus ojos castaños. Se quedó extasiada contemplando su sonrisa, sus gestos, recordando nuevamente a Duino, atrapado para ella en el reflejo de aquella muchacha. Un insecto de tiempos pasados en un trozo de ámbar amarillo. Como si un diabólico inventor hubiera logrado una reproducción integral de un ser al que ella había amado, intensa y fugazmente, jugándole la mala pasada de cambiarle el sexo. Y ahora quería apoderarse de la imagen que parecía haberle sido robada a su amigo, dando como resultado aquella fantasmagoría. Quería en cierto modo recuperar una apariencia que había sido borrada del mundo de los vivos.

Alargó una mano hacia la bandeja y escogió una barrita de chocolate, amargo, oscuro, con almendras. Paula seguía hablando. De su caballo. Leo mientras tanto jugueteaba con la envoltura del dulce, marrón con letras doradas, dejándola al final, trenzada, sobre la bandeja de plata.

—Ven, te enseñaré la casa —dijo Paula, acercándose hacia ella y acariciándole la mejilla.

Leo dio un respingo. Sabía muy bien a lo que se exponía, sabía también a qué había venido. Aun así sintió un escalofrío.

—Si un caballo, al intentar montarlo, se comporta como un loco, se espera a que se calme y se le conceden toda clase de mimos —le explicó Paula con paciencia, señalando hacia la ventana, por donde se veían la grupa y las ancas, y de vez en cuando los escarceos de la cola—. Los mejores jinetes, el forraje más exquisito, los más pacientes cuidados...

Leo, haciendo gala de una crueldad soberbia, le expuso su propio concepto del trato que debía dispensarse a los caballos:

—Si el animal está en su caballeriza, hay que tratarlo como si hubiese costado una suma fabulosa, pero cuando lo utilizamos para algo concreto, algo que nos gusta hacer a los dos, hay que tratarlo como si pudiéramos comprar diez como él por unas cuantas monedas...

Paula le hizo una seña para que la siguiera, saliendo de nuevo al vestíbulo. Ignoraba que aquella mujer pudiera tratarla con dureza, como a uno de esos caballos que se utilizan para algo muy concreto.

A su paso se extendía el perfume que rodeaba su cuerpo, un aroma de hierba y flores. Leo iba tras él, aspirándolo con los ojos entornados.

Una escalera majestuosa se abría hacia arriba, dejando a un lado el salón y a otro la cocina. Leo observó que la casa estaba en silencio y dedujo que estaban solas. La joven subió unos cuantos peldaños, de pronto se detuvo y se quitó la chaqueta, que cayó sobre uno de los primeros escalones, con la suavidad de un pétalo. A los pocos segundos le siguió la blusa negra, que dejó al descubierto un talle esbelto como el de un pino.

Paula se volvió, frunciendo los labios como una flor que se cierra al anochecer. Leo permaneció quieta al pie de la escalera. Volvían a asaltarla las dudas. De nuevo se encontraba en una encrucijada, entre la tentación y la duda. Le hubiera gustado decidirse de inmediato, aunque fuera para equivocarse, pero allí estaba, al pie de la escalera, inmóvil, vacilando.

Entonces Paula, arqueando el cuello, alzó con ambas manos su cola de caballo y, como si estuviera furiosa, dio unos pequeños pasos laterales, dilatando las ventanas de la nariz, mientras de su boca, de su hocico caprichoso, pareció brotar la espuma. Se soltó el lazo y su melena brilló al sol, iluminada por un rayo que se colaba por un ventanal junto a la escalinata. Cogió un mechón, mechón que no trenzó, como solía hacer Leo, sino que acarició y soltó enseguida, dejándolo flotar unos instantes en el aire. Ahora Paula reía con fuerza, llena de pasión, como un pura sangre. Con movimientos altivos, consciente de que la observaban, volvió a mover las ancas, como invitándola a montar. Leo temía una escaramuza, sabía de expertos jinetes que sufrían aparatosas caídas.

Paula siguió subiendo y de pronto, sin previa tensión de las bridas, se detuvo en seco a mitad de la escalera y, dándose de nuevo la vuelta, extendió el pescuezo con aire teatral y afectado. Aquella muchacha parecía educada en la Escuela de Equitación de Viena. No tardó en escucharse de nuevo el sonido de los cascos, el trote rítmico de las botas sobre los escalones, casi ahogando otro sonido, breve, susurrante, el de una cremallera en vertiginoso descenso.

Leo tiró entonces de las riendas de su alma con tal violencia que estuvo a punto de perder el equilibrio, pero consiguió dar los primeros pasos por las escaleras. La tentación prevalecía al fin sobre la duda. Paula, allá arriba, aprovechó para quitarse las botas, dejándolas abandonadas al borde de un escalón. Tanto sus pies como los miembros que iba dejando al descubierto anunciaban un cuerpo pálido y de largos huesos, formas que Leo ya había tenido

ocasión de contemplar bajo el agua, entre el vapor de las duchas del gimnasio.

Inclinándose hacia adelante, Paula empezó a recorrer con ambas manos la superficie de sus pantalones de montar, intentando tal vez quitar una mancha inexistente, para después posar un pie desnudo en el siguiente escalón. Leo sintió que su corazón se encabritaba, al ver que volvía a repetir la táctica para despertar en ella la euforia de la libertad, aunque sabía ya que luego la frenaría sin previo aviso, en el siguiente escalón.

Estaba paralizada, como un peón de ajedrez que no puede moverse, pues, excepto los caballos, ninguna otra pieza puede saltar por encima de las demás. No era la ética lo que la echaba para atrás, tampoco la estética. Paula era hermosa, enmarcada en la luz del ventanal, con el cabello cayéndole sobre los hombros y únicamente los pantalones abiertos. Era una vaga sensación de estar ante algo prohibido, ante una especie de incesto.

Leo, dime, ¿cómo va vestida? ¿Cómo es? Descríbeme sus pechos, sus piernas, su ombligo, su cintura, sus cabellos, los movimientos de sus pies, la curva del empeine. Y tú, ¿qué le haces? Pasa tus dedos por el rosario que divide en dos la carne de su espalda, esa sarta de cuentas para rezar en silencio. Ocultaos en la penumbra de una habitación. ¿Qué demonios hacía Alfonso inmiscuyéndose de pronto en sus asuntos, dándole órdenes mentales, instrucciones de cómo seducir a aquella joven? Como un novelista que, interrumpiendo la acción a cada paso, pretendiera enlazar con un episodio ya remoto, quizá el origen de toda la historia. ¿Y qué había de hacer ella?

Tenía ante sí un juego de extraños espejismos, que la cautivaba y en el que ella, sin embargo, seguía debatiéndose entre la tentación y la duda, entre la atracción y el rechazo. El ritmo frenético de sus propias aventuras apenas le permitía distinguir ya entre el bien y el mal, entre lo verdadero y lo falso, entre la realidad y el sueño. ¿Se estaba acaso convirtiendo en una ludópata del sexo? Sentía que su necesidad de evasión la estaba llevando demasiado lejos, al borde de la negación de la realidad, de su propia personalidad, persiguiendo la imagen de un difunto en el cuerpo de una mujer desconocida.

En ese momento los ojos castaños, chispeantes bajo el halo de los cabellos claros, le hicieron un guiño desde allá arriba, provocando definitivamente a su corazón. Adelantó dos escalones de golpe, se apoderó de la chaqueta roja y la lanzó fuera de la escalera. Fue a caer sobre una de las baldosas negras. Entonces Leo se quitó su vestido gris, que cayó en el mismo escalón en que estuviera la chaqueta, y siguió subiendo como un autómata,

sonámbula, tras la sombra de aquella muchacha en flor. Y cuando por fin coronó el último escalón, se perdieron juntas en un dédalo de habitaciones iluminadas por la luz dorada de la tarde, de umbral en umbral.

Horas después, cuando ya el sol se estaba poniendo en el horizonte, como un resto de zumo de pomelo rosa en el fondo de un vaso, los zapatos de ante se alejaron presurosos de la casa. Acabado el juego, es como dar en la sepultura, cuando se guardan las piezas revueltas en una caja de madera, pensó Leo, recordando las prendas de Paula tiradas por la casa. Al escuchar un relincho, se detuvo y volvió la cabeza. El caballo se alzaba en el jardín sobre sus patas traseras, pero ella siguió su camino. Nada ni nadie sería capaz de detenerla. Se sentía cual caballo en fuga. Nunca se debe interceptar el paso a una de esas bestias. Deben tener siempre la sensación de que el camino está libre ante ellas. A un caballo en fuga no se le puede hablar ni acercarse a él de frente.

Tras cruzar una carretera, se dirigió hacia un centro comercial, donde sin duda encontraría algún taxi. Allí entrevió el interior de una carnicería. Carnecería hipofágica, leyó. Las mesas de mármol con los pedazos de carne Un pincho con el precio clavado en cada una de las piezas. Trozos de caballos muertos, también de vacas y corderos, colgaban de los garfios. ¿Acaso no matan a los caballos?, pensó, evocando el título de una historia agobiante, una pesadilla.

La pared de ladrillo visto de la carnicería había adquirido un tono violeta, como contaminado por la mucha sangre que allí se derramaba diariamente. El suelo de baldosas verdes y amarillas, el cierre de la entrada también verde, teñían los bordes de la imagen. Y allí en medio, el carnicero, robusto, calvo, con un bigote de puntas retorcidas y espesas cejas, y un mandil que le llegaba hasta los tobillos, blandía un cuchillo con la punta hacia arriba, al tiempo que intentaba colgar del techo una pesada pieza. Aquel cuchillo no parecía sino que amenazaba al cielo, como el cuerno irresistible en medio de la frente de un unicornio. El reflejo espejeó en el cristal y luego en su vestido, como un relámpago en medio del mar, sobre la tela gris que había estrenado ese mismo día, la que le hacía pensar en un tapiz medieval con la figura de un unicornio en el centro. Si la doncella no es virgen, recordó que decía un bestiario medieval, el unicornio mata a la joven corrupta e impura, para luego volver a limar y afilar su cuerno contra las piedras.

Atraída por un expositor con los periódicos del día que había frente a la carnicería, Leo echó una ojeada a los titulares. *Otra víctima del asesino del lazo*, clamaba uno de ellos, pero ella, recordando de pronto que al día siguiente era el cumpleaños de Alfonso, dio media vuelta y entró con decisión donde el matarife. Le

haría uno de sus platos favoritos. También tenían allí huevos de todos los tamaños y categorías, blancos y morenos, clasificados en sus cajas de cartón. Los había hasta de codorniz, minúsculos símbolos de la inmortalidad. El misterio de la vida, pensó, la tiniebla del secreto inconfesable se aloja en el interior de la cáscara cerrada, en su forma esférica. Y en su recuerdo vio a su madre que, como quien traba mentiras para dar apariencia de verdad a lo que narra, zurcía calcetines y ropa blanca acomodando en su interior un grueso huevo de vidrio que sin duda debía de facilitar aquella triste tarea.

También en las tumbas de la antigua Etruria las estatuas recostadas de los difuntos sujetaban entre sus manos un huevo, cuya forma representaba el lazo entre el cielo y la tierra. La parte oscura es la tierra, la potencia material, femenina, yo misma, se dijo. La clara, incorpórea, simboliza el cielo, la potencia masculina. Y ambas partes ansían unirse de nuevo, acabar con la escisión, concluyó, alzando su mirada al cielo y recordando de nuevo a su primer amante, perdido para siempre.

XVI

TÓPICO DE CÁNCER

Desde aquella misma mañana, camino de la mazmorra mientras iba repasando mentalmente la receta de rabo de toro con que pensaba obsequiar a Alfonso por su cumpleaños, sabía que alguna desgracia le ocurriría con la pimienta en grano. Siempre se le caía. Esas minúsculas bolas negras eran como los alfileres. Ubicuas como una divinidad todopoderosa, se le desparramaban por todas partes, con lo que, pobre miope, había de buscarlas palpando el suelo en las más humillantes posturas que quepa imaginar.

Y, confirmado el pronóstico, en una de semejantes posturas Leo dio en recordar su proyecto ahora abandonado de apuntarse a unos cursillos de Braille con la intención, frívola e inconfesable, de leer con las yemas de los dedos mientras curtía su piel al sol sin destrozarse la vista, consciente de que de haberse quedado ciega habría podido continuar así con sus lecturas. Aunque, ¿habría suficientes libros en Braille? Si pedía datos, le cantarían las ventajas que para los invidentes reserva el mundo de la informática. Ella prefería utilizar sus dedos, que las líneas de los libros pasaran una por una a través de las yemas, por sus venas, hasta llegar al corazón y a su cerebro. Sentir el olor de los diferentes papeles, de las tintas, el crujido de las páginas al forzar un poco más el lomo.

En tan meditabunda postura seguía, cuando en el marco de la puerta, a sus espaldas, tintineando un llavero, se materializó la figura de Alfonso, cuya majestuosidad oficinesca, según sabía ella sin necesidad de volverse, se manifestaba hasta el final de la jornada en todo su esplendor. Las rayas simétricas y perfectas de la plancha en las perneras, la camisa azul celeste, y, como remate, una

corbata amarilla. Allá abajo, los mocasines relucían, lustrados hasta en las borlas, algo más secos en los abultamientos imaginarios de los inexistentes juanetes.

Su marido le traía un nuevo ejemplar de *Dra*, uno completo, con todas sus páginas, para sustituir el ejemplar defectuoso. Ahora el libro sí que era capicúa, cerrado y redondo como un huevo, y ella podría volver a leerlo desde el principio hasta el final, sin interrupciones. Detalles como éste hacían que Leo se sintiera mal, que en su conciencia se pusieran en marcha el remordimiento y cierto desasosiego.

Por suerte, desobedeciendo todo el sistema filosófico nietzscheano, tan caro a ella, se había propuesto prepararle, para celebrar su cancerígeno cumpleaños, su plato favorito, con lo que le compensaría también por aquella pequeña sorpresa literaria. Y es que a diferencia de la mayoría de las lectoras emancipadas que, a menudo por pura impostura, suelen renegar de las labores domésticas, aunque tampoco era lo que se dice una gallina de corral, a ella le gustaba la cocina, sentir el olor del aceite cuando se rizaba al primer calor de la sartén, el de la mantequilla derritiéndose, y sobre todo el de la cebolla tostándose, un olor que le impregnaba los dedos con la misma fuerza con que lo hacen los picaportes de metal.

Asimismo, trataba la nevera como si fuera una especie de carta arqueológica, escribiendo en los alimentos, en los sandwiches que preparaba, en las cáscaras de los huevos, indicaciones y extrañas leyendas, con fechas y a veces incluso dibujos, que solían dejar perplejo a quien, desprevenido, abriera aquella mina en la que el papel de plata refulgía en las distintas galerías, marcando los lugares en los que se encontraban los más sustanciosos filones. Con otros electrodomésticos no mantenía en cambio tan buenas relaciones. El secador de pelo, por ejemplo, que invariablemente le mordía algún mechón, con lo que el aparato se paraba y empezaba a quemarse por dentro, despidiendo un desagradable olor.

Alfonso, a quien apasionaba la explotación de aquel yacimiento en que ella convertía el frigorífico, tuvo la mala ocurrencia de soltar una desafortunada frase, que a Leo le pareció como salida de un cubo de basura destapado y que, aunque cubierta de un ropaje pretencioso, dio al traste con todo su idealismo doméstico.

—Ah, Leoncita, cuando pienso en tus perfecciones invisibles siento que mi espíritu se embellece...

El desprecio creció dentro de Leo como un cáncer, creció y creció, hasta casi devorarla. En un primer momento, se había sentido llena de buenas intenciones. Celebrarían el dichoso

cumpleaños saboreando un plato especial, pero él con aquella frase lo había estropeado todo.

Leo se incorporó de un salto, abandonando por completo la búsqueda de la pimienta, al recordar que su madre siempre le repetía que no dejara que ningún hombre, ni siquiera su marido, la viera en aquella posición. Su madre había sido partidaria a ultranza de la utilización de la fregona en las labores domésticas, para evitar el tener que recurrir a la postura de frotamiento del suelo a cuatro patas. Hasta en el reino animal, el hecho de mostrar las nalgas no es sólo una oferta sexual, sino también una señal de sumisión. Así es como se ofrecen las hembras al jefe de la manada. Sin duda su marido lo habría interpretado de esa manera.

Alfonso, al verla ahora de pie ante él, el cuerpo envuelto en un delantal, aprovechó para estrecharla entre sus brazos, de nuevo olía a alcohol, vendrá de *La Guillotina*, de celebrar allí su cumpleaños con los amigotes, en ese antro de Gutenberg, pensó ella. Y abrazándola con tanta fuerza que casi la derriba, intentó besarla en el cuello, tras retirar sus cabellos con cinco gruesos dedos.

—¿Qué es esto, Leoncita? —preguntó de pronto algo nervioso.

Un mordisco había dejado una huella de colores en el cuello de Leo, un caleidoscopio amoroso que ni ella misma sabía ya a quién correspondía. A estas alturas, pensó, puede ser incluso de otra mujer, cosa que a él sin duda le sabría a gloria. Aunque se inclinaba a creer que el artista había sido Tristão, dejando una marca salvaje para que ella no le olvidara, como una de sus banderillas clavadas en aquel mapa.

Alfonso se asomó entonces por el escote de su espalda. ¡Marcas de arañazos! Un examen rápido, no por ello menos profundo, para el que su marido parecía haber aplicado los elementales principios de observación de la *Fisiología del matrimonio* de Balzac, reveló de golpe que Leo no era muy de fiar a la hora de declarar en la aduana conyugal.

—Podrías concederme el divorcio —sugirió ella no sin cierta timidez y, hundiendo un cucharón de madera en la olla, procedió a remover la carne.

No era la primera vez que se aventuraba a exponerle aquella posibilidad, aunque solía aprovechar los momentos en que él estaba algo bebido, con lo que el tema acababa en un callejón sin salida. Leo tenía miedo de su reacción. Pensaba que cualquier día podía volverse violento y darle una paliza, pero lo cierto es que cuando había tomado alguna copa solía ponerse aún más cariñoso que de costumbre. Debía reconocerlo.

—Leo, Leo... —repitió Alfonso, mostrando su impaciencia.

—¿Qué lees?

—¡No me toques las pelotas, Leo!

El exabrupto provocó una caída dentro de la olla exprés, y un trozo de rabo de toro, que Leo tenía cogido con la cuchara de palo, fue a estrellarse contra el fondo del recipiente, salpicándola a ella hasta los ojos. Bajó la vista, limpiándose la cara con un trapo. Tenía briznas de zanahoria y de cebolla diseminadas por todo el delantal y en las mangas del vestido, y hasta una hoja de laurel pegada en el escote.

—Si Napoleón no se hubiera divorciado, aún seguiría en el trono de Francia, Leoncita. Además, no olvides que el matrimonio es el mejor desinfectante.

A ella le pareció que un fuerte olor a lejía saldría cualquier día de la cabeza de su marido.

¿Y no era la lejía una de esas soluciones capaces de unir sustancias que se rechazan mutuamente, como el agua y el aceite? Claro, que el líquido resultante debía de ser del todo inútil, algo que no sirve ni para aderezar una ensalada. Un líquido turbio, de aspecto lechoso, que hace perder la transparencia a cada uno de los elementos de que está compuesto. Como algunas parejas, unidas contra viento y marea, en contra de los deseos de cada uno de sus miembros.

Para Alfonso, lo que él llamaba los grandes personajes de la historia no habían muerto. Desde luego, de haber nacido un siglo antes, su marido habría hecho las delicias de Flaubert, cuando éste andaba recolectando frases para su famoso *Estupidario*.

De pronto Alfonso se abalanzó hacia el salón, y ella, sacudiéndose aún las manchas con el trapo, se asomó desde la puerta de la cocina. Él alargó la mano hacia un estante cualquiera de una de las librerías. Ni una palabra de advertencia. Cogió un volumen cualquiera, lo abrió por un pasaje cualquiera y, en vez de leerlo, empezó a arrancar una página cualquiera. El sonido, casi imperceptible, hizo estremecerse a Leo, de los pies a la cabeza, pero supo contenerse. ¡Qué diferente del escrutinio que en su día hiciera el filósofo! Recordaba con cuánto respeto fue acariciando los lomos de aquellos inocentes, sus evocadores títulos.

Entonces vio cómo el improvisado inquisidor sacaba un mechero del bolsillo de su pantalón y, con una sonrisa en los labios, prendía fuego a aquella página cualquiera de un libro cualquiera. Otra página sufrió la misma suerte. Y otra. Y otra. Después fue lanzando los cadáveres carbonizados al suelo del salón.

Mientras tanto, ella había conseguido averiguar cuál era aquel

libro cualquiera. En el estante de los ensayistas franceses había un pequeño hueco, un agujero negro. Los *Escritos* de Lacan... Quizás el siguiente fuera Derrida. Justo los que para ella podían merecer el castigo del fuego o la defenestración, como aquellas armas arrojadizas que escribiera el siniestro Nabokov. Eso la tranquilizó, no sentía ninguna simpatía por «los Jacques», pero lo más probable era que su marido diera un brinco hacia otro estante y entonces el siguiente podría ser de Lasker-Schüler o de Lenz. Luego vendrían Lérmontov, Lesage...

Leo, viendo que su marido se limitaba a esquilmar aquel ejemplar, pues al parecer desconocía cuáles podían ser los más perniciosos para sus propios intereses, recordó la vez que un perro le mordió a ella en una mano. En un principio se asustó, pero al comprobar que al chucho el moquillo le había arruinado los dientes, una risa ahogada brotó en sus ojos, hasta casi hacerla llorar.

Alfonso, que ignoraba por completo el desprecio que ella sentía por la Escuela de la Causa Freudiana, quedó sumamente impresionado ante el aplomo que su mujercita mostraba y clausuró el auto de fe. En cualquier caso, no faltó la amenaza final, mucho más peligrosa por lo global de sus términos:

—Mañana me marcho otra vez de viaje, y cuando vuelva no quiero ver ni un libro por aquí. Ni uno, ¿me oyes? Porque si no... ¡Tapiaré tu biblioteca!

Donoso gesto, digno de Alfonso el Magnánimo, observó ella. Tendrá que tapiar casi toda la casa. Falsas paredes, tras las cuales quedarían emparedados sus tesoros, pero los textos seguirían en pie, porque los llevaba dentro. Alfonso, abriendo los brazos sobre los despojos, hizo una salida triunfal camino del dormitorio, dispuesto a ponerse cómodo. Leo le siguió, exponiéndole de nuevo la posibilidad del divorcio.

—Podríamos iniciar una nueva vida...

—Repite lo que has dicho.

—Que podríamos iniciar una nueva vida.

—La vida, Leoncita, como la hemofilia y el daltonismo, es una enfermedad que transmitís las mujeres y padecemos los hombres. En cuanto al nudo del matrimonio, aunque sus lazos sean desiguales y estén fabricados con hilos muy distintos, el nudo del matrimonio, digo, no lo desata sino la muerte.

Estaba perdiendo la paciencia. Por eso eludía el tema del divorcio. Ella, por su parte, se puso a pensar en la viruela y en la peste bubónica, y también en que su marido, en camiseta, tenía el mismo aspecto que el gerente de un circo. Así no iba a ningún lado. Prudencia y, sobre todo, paciencia, se dijo. De todos modos se

preguntaba qué era lo que debía hacer, si debía acabar con una relación enferma, un matrimonio que se deshilachaba ante sus ojos. O esperar y hacer aún un último esfuerzo. Ella también era culpable de lo que estaba ocurriendo. ¿También? ¿No seré más bien la única?

Entre tanto, Alfonso salió con algo que cogió a Leo por sorpresa:

—Tú tienes un lío, Leo. Hace días que te lo leo en la cara...

¡Un lío! Pues sí que lees tú bien, pensó ella. Y siguió con sus anteriores reflexiones. Tampoco sus amoríos parecían ser la solución. El libro de su vida le estaba empezando a resultar tedioso, sus aventuras parecían llenar páginas y más páginas sin llevarla por ello a ninguna conclusión ni a ningún nuevo estado, trazando únicamente un arabesco, sin principio ni final. Empezaba a verse a sí misma como un personaje de novela picaresca, viviendo con brutal cinismo todas aquellas peripecias encadenadas en una serie incoherente e inútil. De uno a otro amor, de mano en mano, jamás del todo satisfecha, como una trotaconventos o cual pícaro que cambia sin cesar de amo, tropezando aquí y allá en monótona secuencia con tipos dispuestos a todo. Claro que ella, por suerte, no se movía entre clérigos, mendigos, hidalgos sin fortuna o maleantes.

Además, ninguna educación sentimental parecía coronar la confusa sucesión. Se sentía como una especie de don Juan femenino, amando a muchos hombres y hastiándose pronto de todos ellos. Como una Galatea en medio de un bosque solitario azotado por un vendaval erótico. Quizá más bien como una burguesa insignificante, se dijo, que sólo existe en la medida en que el azar o la voluntad caprichosa de un narrador la colocan en el camino de la aventura. Un juguete de sus propios impulsos. Como en un retablo medieval, movida por hilos invisibles y, cual figura de madera, aporreada a veces hasta la desfiguración.

Sabía que, tanto en su ansia de lecturas como en aquella huida hacia delante que al fin y al cabo constituía su proyecto, había ido perdiendo el control sobre su voluntad. Los acontecimientos parecían adaptarse a sus teorías, y no al contrario, adelantándose a ella misma, como si alguien desde fuera decidiera en su lugar. El desorden del mundo, de su vida, al correr aún más que ella, borraba cualquier efecto de realidad, dándole a cada suceso, a cada una de sus aventuras un toque onírico, de sobrenatural irrealidad, y haciendo que se sintiera siempre a la zaga.

—De todos modos, tomo nota de ello... —sentenció Alfonso al cabo de un par de minutos. Sin duda se refería a la sugerencia del divorcio. Y, dudando unos instantes, aún añadió:

—... como dijo Frascuelo.

¿Es que aquel era el máximo al que podía aspirar el nivel de cita de su marido? ¿Acaso únicamente el valor de un matador de toros podía llegar a despertar su interés? No, es imposible, pensó Leo, sintiéndose extraviada, desarraigada hasta en su propia casa.

XVII

OTRA TUERCA DEVUELTA

A la mañana siguiente, Leo, caminando por la calle, iba distraída pensando en los sucesos que últimamente había protagonizado o que más bien, según su propia impresión, le habían ido saliendo al encuentro. Pensaba en todo ello como si su vida fuera la materia de un libro, un libro que estuviera leyendo y que, de vez en cuando, abandonaba sobre sus rodillas para sumergirse aún más en él, meditando sobre los últimos acontecimientos. De nuevo se veía a sí misma como un personaje de ficción que cualquier día desaparecería entre las páginas de una fábula cualquiera. Quizá nadie volviera a abrirla y ella se quedaría allí atrapada para siempre.

Por otro lado, era consciente de que estaba actuando como una bola en el juego del billar, dando carambolas a diestro y siniestro, como la blanca con un punto negro en el marfil, la llamada pinta. En todo este tiempo, desde el día en que cumpliera los treinta años, había estado ejecutando diferentes partidas, con una gran limpieza, pero ahora, en esa especie de campeonato amoroso en que se estaba convirtiendo su vida, se sentía sola. Llegar a las quinientas carambolas le hubiera parecido una exageración. Enamorada de la variedad, sabía sin embargo que también la diversidad acaba desembocando irreversiblemente en la monotonía.

Para compensar aquella soledad demasiado ruidosa a la que la sometía la alternancia de sus amoríos con la lectura, uno de los vicios más solitarios, no se le ocurrió nada mejor que encaminar sus pasos hacia la librería en la que solía comprar sus caprichos, para calmar así una apetencia de libros nuevos, quizá con algún hallazgo

genial. No sólo no iba a seguir la recomendación de Alfonso, sino que incluso adquiriría algunos tomos más. Y a pesar de que la figura del Gran Inquisidor reapareció por unos momentos en su cabeza, decidió concederse a sí misma una bula apostólica. Sabía que él, sumido de nuevo en sus negocios y preocupaciones, habría olvidado ya su amenaza. Además, era de talante más bien pacífico. Quizás un francés, pensó, para enmendar la falta, por otro lado, tan poco llorada. La lectura es una enfermedad como otra cualquiera, se dijo. Unos la padecen, otros la propagan, muchos la desconocen, pero nadie la cura.

Empezaba a hacer cosas raras, algunos detalles indicaban que el desorden había acabado por instalarse en sus costumbres. Más de un sábado o domingo por la mañana se había sorprendido a sí misma, poltrona y perezosa, con las sábanas pegadas hasta altísimas horas. Y lo peor no era eso, lo peor era que por una esquina asomaba la cabeza y, sosteniendo un libro con una sola mano, leía. Así que ahora Leo leía también en la cama.

Una luz se hizo de pronto en su cabeza y aquella preocupación le sonó a eufemismo, a retórica del disimulo, a verdadera mala fe, pues era ella misma, tan cómoda y fofa lectora en la modorra de la cama, quien había sido capaz de acuchillar a un hombre, aunque fuera un asesino, se dijo para justificarse, y quien desde entonces se había visto envuelta en las más disparatadas situaciones, siguiendo los caprichos no sólo de algún desconocido de raza diferente a la suya, sino incluso de jóvenes también extrañas por completo. El hecho de leer o no leer en la cama carecía por completo de importancia.

La mayoría de las personas prefiere comprar en los grandes almacenes por miedo a no poder devolver sus recientes adquisiciones si resultan no ser del todo de su gusto. Cientos, miles de devoluciones, imposibles de cuantificar, se producen todos los días en esos centros del comercio. Leo, que en estas cuestiones no era tan insegura, buscaba sus lecturas en una librería de tipo medio, donde le atendían con discreta solicitud. Hacia allí se dirigió aquella mañana soleada en que Alfonso había vuelto a salir de viaje. Esta vez visitaría al parecer Japón y China, lo más alejado del continente asiático.

Cuatro ventanales repletos de libros y revistas le dieron la bienvenida, una especie de acuario poblado por un sinfín de criaturas insumergibles, una de cuyas portadas la obligó a pararse en seco. Detuvo, por tanto, sus pasos y pegó las narices al cristal. No, su mala vista no la había engañado. La cubierta reproducía un cuadro de Egon Schiele. Nada menos que la habitación del propio artista, más sombría que la de Van Gogh, sin ventanas ni puerta,

pero igualmente atractiva. Lo compraría, no importaba el contenido, ni siquiera el título ni el nombre del autor; así que se separó del escaparate y se dirigió hacia la puerta con decisión.

Al traspasar el umbral, la tenue iluminación la envolvió acogedoramente. Aquella entrada, umbrosa, en la que reinaba el silencio de un desierto, daba paso a un santuario, a una capilla moderna, en la que sólo se movía un ventilador. El suelo que pisaron sus pies era de un color azul indefinido, ni claro ni oscuro, como el de un cielo vespertino sin estrellas. Las baldosas, grandes y brillantes, invitaban al intruso a dejar su huella sobre ellas.

Leo compraba siempre sus lecturas por referencias librescas, un determinado tema dirigía sus pesquisas durante una temporada, un autor le llevaba a otro, un novelista a un poeta, o viceversa, por lo general contando con la ventaja de que estuvieran muertos, y fiel casi siempre al sexo contrario debido a una acentuada misoginia en cuestiones literarias, aunque de vez en cuando concediera algunas excepciones. No se fiaba nunca de las listas de los más vendidos ni de los escritores de taquilla ni de las recomendaciones de cualquier otro ser de carne y hueso que no hubieran pasado antes por el papel. Por eso las novedades no solían formar parte de sus maniáticos planes.

Empezó por recorrer las estrechas calles que se abrían entre las mesas atestadas de volúmenes, algunos de ellos con bandas de colores abrazando sus cubiertas, como si hubieran ganado un reñido concurso de belleza y trataran de llamar la atención de un imposible lector analfabeto o de uno que fuera muye miope, procurando al mismo tiempo recrear la vista del lector de sexo femenino. Los vencedores en estas lides suelen desplegar los más vistosos colores, que son seguidos por las hembras como las damas en la Edad Media buscaban con el alma en vilo el estandarte de su caballero.

De pronto lo vio. Allí estaba. El libro que desde el escaparate había llamado tanto su atención, con el dormitorio de Schiele en la portada. Una pequeña cama, una mesilla con un libro, una jarra y un plato con frutas, algunos objetos apilados en una esquina. El artista parecía haber renunciado por completo a la perspectiva. Al ver el título, a Leo le dio un vuelco al corazón. *¡Leo en la cama!* ¿Se trataría de las aventuras amorosas de alguien llamado como ella? ¿Un Leopoldo? ¿Una Leonor? ¿Una Leonela o acaso una Leonisa? ¿Quizá las impresiones que un lector impenitente narraba en primera persona desde el cómodo reducto de su cama?

¡Roberta Bookworm! De nuevo aquel seudónimo, el de la supuesta escritora australiana que había sido asesinada por el

psicópata con quien ella misma había tenido la mala fortuna de toparse, si bien así pudo vengar tantas muertes, hundiendo la hoja de su navaja en aquella blandura más propia de un pelele que de una bestia. El secreto que no había podido compartir con nadie, si bien tanto Alfonso como Eloísa le habían hablado de aquel asesinato que ella misma había podido revivir en el periódico y que él había devorado con interés ante sus ojos, y a cuyo autor acusaban de haber cometido ya otros dos.

Según leyó en la faja oscura que, como un fúnebre crespón, abrazaba la portada, la novela llevaba ya más de 50.000 ejemplares vendidos. El gusto morboso de muchos lectores, se dijo, sin duda ávidos de sensacionalismos. ¿Hay algo peor que un escritor vivo, haciendo constantes declaraciones a la prensa y posando para los fotógrafos en posturas inconcebibles? ¡Dos! ¡Cuánto admiraba el silencio voluntario y riguroso de un Salinger! Además, a ella los pocos escritores a los que leía en vida se le iban muriendo poco a poco. Hrabal, Canetti, Bernhard... Y ahora esta australiana.

Tras contemplar en la solapa el triste retrato de la escritora sentada ante un palacio cretense, obra de un arquitecto español, abrió por la primera página y leyó las primeras líneas: «Dominando el centro de un espacio de unos treinta metros cuadrados, en el que no confluía ningún otro mueble de envergadura, se alzaba un imponente nudo de comunicaciones humanas, blanco, mullido y suave, de paso obligado cada noche». La cama, se dijo, está claro que se trata de una cama. Siguió leyendo unas cuantas líneas más: el magnífico dosel derribado, las trazas y filigranas decimonónicas de la parte inferior, las funcionales sábanas de ajuste, el gran tríptico, la arqueta de marfil a los pies... ¡La descripción podía corresponder a la de su propia cama! Le parecía que estaba sufriendo un extraño efecto óptico, un espejismo de perspectivas delirantes. Durante unos segundos acarició la portada, como si en silencio pronunciara un conjuro, y después lo dejó sobre la mesa. Un miedo reverencial la alejó de aquel artefacto, de aquella máquina de mentiras. Lo cogeré luego, al salir, tras rebuscar entre todos los demás tesoros, se dijo, intentando justificar su huida.

Fue entonces cuando, allá al fondo, de espaldas a ella, vio recortada la silueta de un hombre, un hombre sin rostro, que le trajo a la memoria la figura de otro cuadro, reproducido en las portadas de dos de sus libros favoritos, *El Gran Meaulnes*, leído un mes de septiembre, al atardecer, escuchando a lo lejos las campanas, y *El viajero y su sombra*, de Nietzsche. Mientras la oscura figura del cuadro se recortaba sobre un mar de espesas nubes y niebla, encaramado a una altísima roca, dirigiendo su mirada hacia abajo, aquella otra silueta, al fondo de la librería, resaltaba sobre la

bruma de los lomos ilegibles que la rodeaban por todas partes. Con la cabeza también inclinada hacia abajo, el desconocido cogía los libros como si fueran frutas, eligiendo al parecer las portadas que le resultaban más sugerentes, sopesando su contenido, quizá preñado de interesantes pasajes, calculando el placer que podría depararle, calibrando el tamaño de la letra, acariciando el relieve de algunos títulos, acercando con disimulo la nariz para hundirla en su interior y así apreciar algún aroma oculto.

De pronto, aquella incógnita del fondo inició un giro y Leo, desconcertada, bajó la vista. De entre un montón de títulos que le informaron de que se encontraba frente a la sección de zoología —*Un cocodrilo para desayunar: historias sorprendentes de la conducta animal, Los rituales amorosos: un aspecto fundamental en la comunicación de los animales*—, escogió uno al azar y, abriéndolo a toda prisa, comenzó a leer: «En el reino animal, los machos, para atraer a las hembras, llevan a cabo ceremonias a menudo muy complicadas. En algunas especies, estas paradas nupciales tienen lugar en una zona llamada ruedo».

Para un ser humano, pensó Leo, una librería puede constituirse en uno de estos ruedos. El hombre acababa de posarse en una esquina, caído un brazo, mientras alzaba el otro hacia un estante. Forzando la vista, Leo consiguió descifrar la siguiente leyenda: literatura en lengua alemana. Él se puso de puntillas, estiró aún más el brazo y extrajo un libro de color amarillo. Ella no consiguió leer el título y mucho menos el nombre del autor. Esto mismo, la muestra del color amarillo, recordó sin duda gracias a alguna de sus lecturas, supone entre algunos peces el punto de excitación clave, suficiente para atraer a una hembra, que sigue al macho nadando a cualquier parte. Y, para disimular su propia excitación, volvió a hundirse en la lectura de aquel manual: «Por otra parte, algunas aves, como la fragata macho, para seducir a la hembra, suelen hinchar la bolsa roja que tienen bajo el pico». Echó una nueva ojeada al desconocido. Era imposible apreciar su corbata, si es que siquiera llevaba, con lo que no pudo ni dictaminar el color ni mucho menos comprobar las intenciones que el intruso pudiera abrigar respecto a ella.

Pasó un par de páginas y siguió leyendo: «Los mamíferos marcan su territorio mediante sustancias olorosas o mediante su propia orina o excrementos». Como esta última posibilidad le hubiera parecido una bestial aberración que la realidad haría bien en ahorrarle, se decidió por olfatear la atmósfera en torno al desconocido, en busca de un aroma más sutil, pero hubo de contentarse con su propio perfume, que hacía que de momento fuera imposible apreciar cualquier otra fragancia.

«Por su parte, el corzo suele frotar su cabeza contra los árboles para dejar en ellos el perfume que segrega una de sus glándulas.» El libro estaba resultando ser un hallazgo interesantísimo. Y, como él acababa de abandonar un volumen que quizá no le había parecido lo suficientemente lírico, ella, sin soltar su mina zoológica, se lanzó sobre aquel ejemplar único para obsequiar con regodeo su sentido del olfato. El minuto escaso durante el cual el desconocido lo había sostenido entre sus manos no había sido suficiente, así que Leo, comprobando de reojo dónde se encontraba el cambiante objeto de su interés, volvió a abrir su libro: «Si una hembra de mosquito va a parar a una nube de machos danzantes, queda inmediatamente envuelta en ella. Aquellos machos que han visto a la hembra cesan de danzar. El que reacciona más deprisa es el que efectúa la cópula con ella. Al acto, denominado celo en el suelo, suelen preceder locas cabriolas de vuelo, en las que el macho, cual consumado aviador, vuela por detrás de la hembra, la rodea y hasta se lanza en picado delante de ella». El desconocido, en cambio, se precipitó sobre una edición de color rojo. Tampoco esta vez pudo ella distinguir ni el título ni el nombre del autor, pero sí que un piloto saludaba desde una avioneta posada en el centro de la portada.

En ese momento el dependiente de la librería se acercó a Leo para ofrecerle sus servicios, pero ella tenía los sentidos embotados y no fue capaz de salir de la nube seductora del macho que había reclamado su atención desde el principio y que ahora describía audaces y originales arabescos, un hermoso baile en zigzag entre las mesas. Con la rapidez y agilidad de un diminuto colibrí, trazaba círculos y arcos en torno a un expositor en forma de torre giratoria. Después bajó rápidamente hacia la sección de poesía, de donde ascendió al poco tiempo hacia la de literatura infantil... ¿Tendría acaso familia?, se preguntó Leo algo alarmada. Pero lo que le preocupaba no eran los posibles lazos familiares de su nuevo amor, que sin duda sería efímero como todos los demás, sino que de tenerlos demasiado estrechos quizá no se aviniese a sus planes.

Entonces vio que volvía a bajar y que avanzaba unos pasos por la planta principal, frenando a poca distancia de la hembra, a la que contempló con detenimiento. El elegante vestido de aquella mujer, del color del lapislázuli. Su cabello que, caído hacia delante, ocultaba el rostro. Las manos sujetando un libro... De zoología, constató asombrado.

Leo, por su parte, no se atrevió a despegar sus ojos de las líneas del libro: «La mayoría de las mariposas diurnas macho se encuentran en un alto grado de excitación sexual cuando andan en busca de hembras, volando hacia cualquier mariposa que se detenga junto a ellos, y que por el tamaño —comprobó que él, membrudo y

no muy alto de cuerpo como el cervantino Caballero de los Espejos, era demasiado bajo, incluso para sus peculiares gustos— y la coloración...». Ella llevaba su vestido de seda azul, anudado en torno a la cintura, y allá abajo la abertura lateral que con el viento o un ligero giro mostraba la tersura de uno de sus muslos. «Que por el tamaño y la coloración —continuó leyendo— podría acomodársele. Si la hembra se aleja volando, la mariposa macho va en busca de otra hembra.» Decidió quedarse quieta, muy quieta, aunque por allí no parecía moverse ninguna otra mujer.

«Pero si, después de un rato de persecución, la hembra se posa en un lugar...» Asomando la nariz por encima de aquel tomo, comprobó que estaba apostada frente a la sección de literatura erótica. «Pero si, después de un rato de persecución, la hembra se posa en un lugar y empieza a mover rápidamente las alas...» Abandonó unos instantes la lectura, se inclinó y, cogiendo un pequeño volumen de Vivant Denon, pasó rápidamente las páginas, produciendo un crujido similar al del aleteo de un insecto en pleno vuelo. Lo dejó y continuó leyendo; «pero si la hembra se posa en un lugar y empieza a mover rápidamente las alas, el macho sabe que ha encontrado a una hembra de su propia especie y que quizá hasta esté dispuesta a realizar la cópula con él».

Siguió hojeando un rato el mismo texto, aunque tanto naturalismo animal estaba ya empezando a aburrirla. Había caído en sus manos por casualidad y era su parapeto, a la vez que una suerte de observatorio, pero hubiera preferido tener un ejemplar de aquel maulero libro titulado *Leo en la cama*, que ella misma, por prudencia, había abandonado allá lejos, a la entrada.

Resignada a seguir ocultándose tras las páginas de semejante soporífero, recorría de vez en cuando una línea en dirección contraria, para con su ojo izquierdo asomarse por el borde del mamotreto y vigilar los movimientos del nuevo personaje. Volvía a recorrer esos mismos renglones y una voz silenciosa, audible únicamente en el interior de su cabeza, seguía leyéndole pasajes. «Durante estas paradas nupciales, es importante no confundir los chillidos con el canto. Este último lo emite sobre todo el macho, para defender el territorio que rodea el nido.» Leo imaginó que el desconocido, silbando melodías y tamborileando sobre alguna indefensa cubierta, iba construyendo el suyo poco a poco con todos los ejemplares que cogía de las distintas estanterías.

Para impresionar a una hembra, pensaba Leo, un macho no sólo tiene que cantar y bailar, sino que, además de oler de maravilla, ha de vestir sus mejores galas, como el cangrejo de color esmeralda que aparecía en una de las reproducciones de aquel tomo. El desconocido se volvió un poco, pero ella sólo pudo apreciar algunos

detalles de su atuendo y de su aspecto. Una hermosa barbilla y una nuez del todo viril, gafas de fina montura, una corbata discreta, el traje oscuro y, por suerte para ella, nada de mocasines, ni con borlas ni sin ellas, sino recios zapatos con cordones. Sin embargo, era la primera vez que un desconocido con traje y corbata le atraía de semejante forma, pues por lo general esa vestimenta le producía alergia. Estaba convencida de que a la mayoría de las mujeres lo que realmente les excitaba en un hombre era la esperanza en su éxito, su dinero, su posición. Y le gustaba sentirse distinta, degustando su debilidad ante la belleza masculina, atributo sexual para ella en absoluto secundario.

Entonces se dio cuenta de que el desconocido se dirigía hacia la caja, no sin antes aprovechar la circunstancia para revolotear de nuevo ante ella, que se azoró, y dándose la vuelta, pues no se atrevía a enfrentarse todavía a su rostro, echó mano de otro libro cualquiera.

—Santiago, haga el favor de poner todo esto en mi cuenta y me lo envían en cuanto les sea posible —dijo él, inclinándose junto a la caja para descargar casi todos los volúmenes—. De momento, me llevaré sólo estos cuatro.

Con esos cuatro libros, que con sus colores semejaban el plumaje desplegado de un pavo real, cobijados bajo el brazo, bien apretados unos junto a otros y apoyados contra las costillas con gracia y hasta diríase amor, el hombre abandonó el escenario del improvisado ruedo amoroso.

Leo, que había contemplado sus últimos movimientos visiblemente alarmada, aunque parapetada como un espía tras el segundo tomo de los *Diarios* de Musil, que acababan de ser reeditados, se convenció de que debía dejar tan codiciada presa, pues, incorregible como era, se disponía a perseguir otra mayor.

Seguiría al Gran Desconocido donde quiera que éste fuera, con la intención de lograr sin duda una nueva carambola, sin sujetarse a norma alguna. Dejó por tanto el ejemplar que tenía entre las manos sobre una mágica montaña de tomos idénticos, cruzó en dirección a la puerta, chocando a su paso con un casposo y corpulento representante del gremio de libreros, que, con la pipa en la boca, refunfuñó, sacudiéndose la grasienta americana, y consiguió salir a la calle en el momento en que el Gran Desconocido torcía a la vuelta de la esquina, quizás en busca de nuevos yacimientos.

Y mientras con toda discreción perseguía al individuo, que con impaciencia cruzaba las calles sin apenas esperar el guiño redentor de las luces de los semáforos, Leo dio en meditar sobre lo que

estaba ocurriendo en su interior.

Sin duda la moral no incluye sólo el deber, sino que ha de incorporar también lo que se llama el estado afectivo del individuo, pensó, siendo este último aspecto el que por lo general prevalecía en su conciencia. La moral exclusiva del deber, conjunto de reglas de conducta consideradas como válidas con respecto a una norma, es algo que amenaza con convertirse en una rígida maquinaria. Algunas conciencias vienen a ser dispositivos mecánicos simples, como una palanca, una polea o un tornillo. Otras sin embargo pueden llegar a ser compuestas.

Como en una máquina pesada y de complicado manejo, el perfeccionamiento de la conciencia debe hacerse sobre el terreno, adaptarse poco a poco a las circunstancias. Al igual que cualquier aparato moderno, nuestra conciencia debería construirse a partir de la idea de que ha de servir para alcanzar cuanto antes y sin demasiada fatiga estadios más evolucionados en nuestra vida afectiva, convirtiéndose así en una especie de transformador de la energía, aumentando con ello nuestras posibilidades...

Tuvo que interrumpir el hilo de sus pensamientos, pues vio que el desconocido estuvo a punto de ser atropellado por un coche, aunque no por ello perdió el aplomo ni uno solo de sus tomos, sino que siguió cruzando tranquilamente, haciendo caso omiso de los insultos del impulsivo conductor.

Leo observó que su reclamo atravesaba las anchas avenidas de una manera curiosa. Cuando iniciaba el cruce, era como si dudara unos segundos en la acera, girando unos grados el cuerpo sobre sí mismo, con lo que su chaqueta parecía volar en los fondillos, como si estuviera sacudiéndose la cola, y él se convertía en una especie de ave, trazando círculos concéntricos sobre una posible presa, volando bajo frente a los coches, para elevarse de un solo golpe al otro lado de la calle y desaparecer al fin camino del cielo.

Subiendo una calle en cuesta, en pos de su presa, Leo volvió a ver su conciencia como un mecanismo de transmisión de movimiento, compuesto de unos órganos más bien rígidos, a modo de bielas, engranajes, tuercas y tornillos, y de otros más flexibles, como correas, cadenas o resortes, e incluso algunos fluidos, como el agua, el aceite o el aire comprimido. Naturalmente, esta transmisión sufre a veces resistencias. Los ejes rozan con sus cojinetes, los fluidos con las paredes de las tuberías que los conducen, los tornillos con las tuercas, las correas y las cadenas se estiran y resbalan, los dientes de los engranajes se entrecruzan entre sí. Los sentimientos se complican, la mente se paraliza y los corazones

laten más deprisa... En suma, que las estructuras vibran, siendo necesaria una reparación o incluso la devolución y consiguiente reposición de una tuerca.

De pronto, al llegar junto a un parque, se dio cuenta de que acababa de perder la pista del Gran Desconocido. Miró a su alrededor y comprobó que no había ni rastro del libresco porteador, aunque por suerte frente al parque había un café. *La Montaña* era el nombre que, entre leyendas áureas que prometían todo tipo de especialidades, churros, caipiriñas, e inscripciones aéreas de distintos colores, ondeaba sobre el escaparate. Quedaba la esperanza de que el desconocido se hubiera refugiado allí. Decidió entrar y averiguar si se encontraba saboreando ya las primeras páginas de alguno de los volúmenes recién adquiridos.

El olor del café dilató las aletas de su nariz, inundando sus vías respiratorias y llegando hasta el último rincón de su cerebro de forma alarmante, pues ya no se sentía capaz de seguir el rastro del desconocido, que por otro lado tampoco estaba sentado a ninguna de las mesas. Leo, exhausta tras una persecución tan tensa, se sentó allí mismo, en una de las mesas del fondo, dispuesta a seguir desentrañando el nuevo estado de su corazón.

Tenía que reconocerlo sin darle más vueltas, se había enamorado, y tan súbitamente como quien pasa una página. Era un impulso sexual directo, como pocas veces había sentido en su vida, alimentado casi de la nada. Un timbre de voz, una silueta, un escalofrío al dejar que su imaginación se internara por combinaciones que quizá jamás habrían de darse en la realidad, teniendo entonces que conformarse con la irrepetible contemplación platónica. El amor...

¿Qué es eso?, se preguntó muy extrañada. ¿De qué hablamos cuando hablamos de amor? Recordó las sabias palabras que en el siglo XVIII Crébillon elevara a la categoría de canon, marcando con ello la conducta amorosa de su época: ¿Qué es el amor sino un deseo que se ha exagerado de buena gana, un movimiento de los sentidos del que la sociedad de los hombres ha querido hacer una virtud?

Para mayor desconcierto, había perdido al objeto de su amor, una figura anónima, fugitiva y sin embargo capaz de desencadenar una pasión desbordante. Tal sentimiento era como una tuerca que en su particular cosmogonía debía ser devuelta. Reconocer en la barahúnda, en la casualidad de la calle, su mitad desconocida... Era difícil explicar la aparición repentina y caprichosa del sentimiento que había inundado su alma al ver a un desconocido tomando bajo el brazo montones de libros, con una pasión más propia de un

ladrón de joyas que de un lector cualquiera.

Todos tenemos necesidad de mentiras, pensó, y de ahí el éxito de las novelas. Estaba claro que ella se aficionaba con facilidad a ambas. Cuánto más a un hombre que cargaba las segundas de aquella manera. Además, según un escritor francés, que gustaba de surcar los aires llevando el correo hacia el sur, era necesario crear lazos y, sobre todo, dejarse domesticar, siendo para ella lo segundo bastante más difícil.

Tal vez el desconocido hubiera podido ayudarla a olvidar de una vez a Duino, incluso a soportar el resquebrajamiento de su pareja. Quizá lo que debía hacer era buscar un amante estable de una vez, una combinación que con su matrimonio resultase perfecta, al menos para una temporada. Paula no había pasado de ser un mero episodio, como todos los demás. Un experimento irrepetible. Como Eduardo, como Tristão. No era su intención seguir por semejante camino. Quizás el flechazo en la librería anunciaba al fin la llegada del amor de madurez, capaz de desatar todos los lazos de su vida, aunque lo más seguro es que hubiera acabado siendo otra más entre sus aventuras, tan irreflexivas y fugaces.

Nietzsche había alabado en más de una ocasión las costumbres cortas, el que un buen día se acabaran, apaciblemente, tanto si se trataba de manjares como de ideas o de hombres. Las costumbres largas son tiránicas, decía, igual que el trato constante con las mismas personas. Leo era también partidaria de lo que ella llamaba las pasiones cortas, pero esta última había rebasado por defecto todas las expectativas. Nunca llegaría a saber si el desconocido habría podido ser su verdadero amor.

En el café reinaba una gran tranquilidad. De entre todas las mesas de mármol sólo había dos ocupadas, aparte de la suya. Una pareja joven y una anciana que removía sin cesar la cucharilla plateada, haciéndola chocar constantemente contra las paredes de su taza de té. Los apliques de cristal lechoso en la pared y la araña recargada de pedrería en el centro del café daban una luz bastante pobre, aunque acogedora, y Leo, para acompañar su soledad y desdevanar los hilos de las horas, sacó un libro de su cesto, de nuevo el escuálido librito, cuya relectura iniciara el día en que conoció a Tristão, durante aquella misión absurda y rocambolesca en la residencia del embajador de Cuba. No había avanzado mucho desde entonces.

Últimamente leía de una manera caótica. Dejaba un libro, cogía otro, retomaba el anterior... Le costaba concentrarse y ahora encima sufría aquella manía nueva de leer en la cama. Fue entonces cuando

se dio cuenta de que había olvidado llevarse la novela que tanto le interesó a la entrada de la librería. Maldita sea, pensó, ahora podría estar hundiéndome entre sus páginas, averiguar si Leo, en la cama, era hombre o mujer, lector, amante o ambas cosas a la vez, comprobar si el libro tenía más de 390 páginas, si la obesidad era una de sus características...

Resignada, abrió aquel otro ante ella y pidió un café bien cargado. Mientras leía, empezó a juguetear, distraída, con un mechón de su cabello, pasándolo primero entre el índice y el corazón, lo giraba y luego lo recogía con el pulgar, aplastándolo entre ellos, como si realizara un bordado, casi contando con paciencia cada uno de los hilos. Al cabo de un rato, después de doblar y hacer un nudo en el mechón, una especie de lazo, lo abandonaba para coger otro. Le gustaba hacer nudos y deshacerlos, en una cuerda, en las corbatas, con un papel o incluso como ahora con un mechón de pelo.

De pronto sintió el roce inexplicable de una corriente de aire frío y, soltando los cabellos que giraba entre sus dedos, levantó la cabeza. La puerta no se había abierto y, por otro lado, estaban en pleno verano. El silencio era sepulcral. Ni una cucharilla ni una tos, ni siquiera los pasos del camarero trayéndole el café que había encargado.

Fijando de nuevo la vista en las líneas del libro, que sostenía ahora entre sus manos, sintió una mirada clavada en ella, así que volvió a mirar en derredor. La pareja, del todo ausente, estaba sumida en un eterno abrazo, besándose, y la anciana comenzaba una vez más a remover su cucharilla, clavando la mirada en el fondo de la taza.

Leo volvió a hundirse en la lectura, aunque estaba muy inquieta. Seguía teniendo la sensación de que alguien la observaba, así que una vez más levantó la vista. Entonces la anciana, sonriendo con una complicidad diabólica que ella no pudo comprender, le guiñó un ojo. El asombro de Leo aumentó aún más al ver que se llevaba el índice a los labios, chist, y que después señalaba hacia el ventanal.

La sangre se le heló en las venas al notar allí una presencia al acecho. Fuera, pegado contra el cristal del escaparate del café, vio un rostro con los ojos desorbitados y la mirada como perdida en el infinito. Leo miraba sin comprender, pero de pronto supo que aquellos ojos la buscaban a ella, a nadie más que a ella. Sintió un espanto indescriptible, pues el rostro le pareció el de una persona muerta, un ahogado. Un halo de extraña luz rodeaba las facciones desconocidas, mientras que el reflejo de una de las inscripciones del

ventanal, de color rojo, las teñía de un tono rosado. Y, bajando un poco la mirada, cayó en la cuenta de que el espectro sujetaba unos libros apoyados contra sus costillas, bajo su protección.

Entonces se levantó como hipnotizada por una fuerza sobrenatural, aunque sin olvidar por ello que debía pagar el café que había pedido, así que se agachó para coger su cesta del suelo, pero cuando volvió a mirar hacia el cristal, el rostro del porteador desconocido había desaparecido por completo. Dejó de todos modos el importe sobre la mesa y salió a la calle.

No encontró a nadie, ni un alma. Un fuerte e inoportuno viento, fuera de estación, sacudía los árboles del parque, anunciando una tormenta. Comenzó a caminar lentamente, sintiendo bajo sus pies el tenue crujido de las hojas caídas, triste adelanto del otoño. Era como pisar las páginas de un libro, escuchando los gemidos de alguno de los personajes encerrados en su interior, aplastados por nuestras pisadas, o la risa por lo bajo de un indestructible narrador, vigilando, apostado como ella a la espera de aventuras.

Siguió caminando. Caminaba como los leones, unas veces avanzando, otras retrocediendo, de pronto se detenía y marchaba en dirección opuesta, yendo de acá para allá. Caminaba como quien intenta borrar sus huellas, dejando que el deseo, su voluntad cada vez más descompuesta, escogiera aceras, escaparates, olores, como quien hojea un libro, sin una dirección fija, invirtiendo el orden, inventando una nueva combinatoria, un camino en constante construcción.

Perdido el rumbo, una extraña colección de relojes llamó su atención desde un escaparate. Relojes *Paco Time*. ¡Lástima que ya fuera mediodía y que la tienda estuviera cerrada! De todos modos, ella hacía tiempo que ya no usaba reloj. Al suyo un día se le habían soltado las manecillas, que revolotearon por la esfera como sus brazos durante el sueño, causándole tan mala impresión que había decidido no arreglarlo y no volver a usarlo jamás.

Se detuvo a observar los tic-tacs de todas aquellas agujas, sus pequeños pasos en círculo, segundo a segundo, una secuencia hacia un destino inevitable. Piedra, madera, hierro, materiales que sin duda el artista había reunido deambulando como ella por la ciudad. Contempló las caprichosas figuras. Relojes de pulsera en forma de cuco, de guerrero medieval o de cepillo de dientes, la escultura de un hombre que saboreaba su tiempo, paladeando una esfera en el borde de la lengua. Más allá, el esfuerzo de un atleta de madera, que, con el rostro desencajado, sujetaba bajo el brazo un reloj, como con miedo a perderlo... Aquel gesto le recordó el del desconocido portando sus libros. Te encontraré otra vez, se dijo

para sus adentros, y entonces cuidaré de no perderte.

Alejándose del misterioso mundo que poblaba el escaparate, Leo siguió caminando. Vagabundeó aún un buen rato y finalmente encaminó sus pasos hacia su casa, hacia su guarida, que por unos días volvía a ser toda suya, pues Alfonso se había marchado ya, esta vez mucho más lejos. Aunque aun estando allí, en el lejano Oriente, se podía sentir su presencia constante, como la de Alfonso el Magnánimo, quien gobernó la corona de Aragón desde Nápoles.

Leo llegó hasta la puerta caminando cada vez más despacio, desanimada tal vez por la pérdida irreparable del desconocido, sin darse cuenta de que alguien la seguía.

XVIII

EL ÚLTIMO HOMBRE

Mi nombre es Pompeyo Napoli, le había dicho aquel hombre ante la puerta de su casa, tendiéndole la única mano que tenía libre de libros. Estaba claro que, tras asomarse al escaparate del café, se había ocultado en algún rincón y que después la había perseguido a través del parque, que había seguido su deambular por las calles, observando su arbitraria forma de caminar, al elegir aceras y escaparates sin una ley o motivo que la guiara de antemano. La había contemplado parada ante los relojes, envuelta en la seda azul, su silueta reflejada en el cristal, sobre todos aquellos relojes, y sus últimos pasos hasta llegar allí. Así que al final se habían invertido los papeles. Otra vuelta de tuerca.

¿Y qué podía hacer una mujer como ella sino obedecer a un hombre con un nombre semejante, que además, sin más preámbulos que darle una tarjeta en la que había garabateado un mensaje, le había rogado que se fuera con él? «Estaré solo entre esta noche y el domingo 6 de julio por la mañana. Tendríamos que hacer juntos un viaje. Si no, me gustaría que al menos una noche durmieras conmigo». Una voluntad ante la cual Leo sólo pudo rendirse, pues la suya hacía tiempo que la había perdido casi por completo, condenada al arbitrio de su propia libertad.

Si tenía tantos días, contando desde esa misma noche, a qué tanta prisa... Repasó de memoria el mensaje; había algo que la desconcertaba, así que volvió a sacar la tarjeta. Fue entonces cuando comprobó que ponía «solo», adjetivo único en su especie, que indicaba que no tenía compañía en aquel determinado espacio de tiempo, que no tenía quien le amparara, socorriera o consolara

en sus necesidades y aflicciones, aunque quizás estuviera casado como ella. Se trataba por tanto del juego del solitario ocasional. No había escrito «sólo», adverbio tacaño, que simplemente habría reducido su estancia en la ciudad, como creyera Leo en un primer momento. ¡Qué difícil debe de ser la comprensión entre amantes analfabetos!, pensó, consciente de que estaba dispuesta a huir donde fuera con aquel desconocido. Hacia el norte, se dijo al recordar unos versos de Celan, en los que los pescadores lanzaban sus redes al norte del futuro... ¿Sería aquél acaso el último escalón? ¿El más disparatado intento? ¿Sería su amor de madurez, un refugio contra su creciente soledad?

Después de tantos años, de entre todos los regalos de su infancia, Leo, que no recordaba apenas ninguno de sus juguetes, fuera de aquellas volcánicas muñecas, conservaba en cambio una maleta de cartón de listas de colores con cierres metálicos y el asa de porcelana esmaltada, que sus padres le regalaron al cumplir los ocho años. En la pequeña maleta cabían sus enormes deseos de alejarse, de perderse quizá para siempre, dejando todo el lastre tras de sí. Sería como desaparecer definitivamente entre las páginas de una novela. No necesitaba más equipaje.

Cogió un par de libros, algo de ropa, hizo una incursión hasta la nevera, revolvió entre los huevos, y bajó las escaleras a toda prisa, no fuera que el Gran Desconocido, harto de esperar e ignorando sus intenciones, se le escapara de nuevo. Sin embargo, al ver las estanterías con todos aquellos seres indefensos, se dio cuenta de que tendría que volver antes de que lo hiciera Alfonso, capaz de organizar un nuevo auto de fe. Aunque quizá fuera lo mejor. De las cenizas, ella renacería como nueva. Chocó con una puerta, tiró un jarrón y estuvo a punto de rodar escaleras abajo. Relájate de una vez, Leo, deja que el mundo que te rodea se esfume. Y esta vez cierra la puerta. Cerró con suavidad, sin hacer ruido. Debía tomar una decisión de una vez por todas.

Él sonrió al comprobar que llevaba una maleta y entonces la vio tal como era: imaginativa, fogosa, impulsiva. Así era como le gustaban las mujeres, antojadizas, inconstantes, volubles, de modo que paró un taxi y se fueron a buscar su coche, estacionado junto al parque donde poco antes ella perdiera su rastro. En él hicieron el viaje en silencio. Hacia el norte, según comprobó ella con una sonrisa en los labios en cuanto salieron de la ciudad. Y se dedicó a disfrutar de la sensación de estar en marcha, con la maleta en el asiento trasero.

Veía desfilar el paisaje por la ventanilla, pueblos y casas feas,

praderas y campos labrados, valles, montañas, lagos. A medida que el suelo se volvía más verde, el cielo adquiría una tonalidad más triste. De una manera furtiva observaba a su nuevo acompañante, callado, enigmático. Sus manos, una siempre al volante, la otra de vez en cuando cogiendo la suya o revolviéndole el pelo en la nuca, demorándose en las puntas, en un gesto de rara confianza, que a ella le provocaba unas inquietantes cosquillas. Sus muñecas vigorosas y delicadas a un tiempo, cubiertas de vello. Su mandíbula y su nuez, que ya en la librería le parecieron tan viriles. La nariz recta, la frente despejada, la piel atezada. Su aire intelectual, ahora que de nuevo se había calado las gafas para conducir. Al cabo de un buen rato, Leo se quedó adormilada. Su nuevo vicio, la lectura en la cama, le robaba demasiadas horas de sueño.

—Ocho kilómetros más y llegamos —dijo él de pronto.

Eran sus primeras palabras. Durante todo el viaje, hora tras hora viendo cambiar el paisaje, después respetando su sopor, no había despegado los labios, no había hecho ninguna pregunta, y Leo se sintió como si de pronto la despertaran de un duradero letargo.

Tomó un camino de polvo y fueron a desembocar no en un hotel ni junto a una casa, sino ante la tapia de un cementerio. Era tan romántico, en medio de aquella comarca de aguas y transparencias, que Leo pensó que no se atrevería a entrar en él por miedo a morir de melancolía. Sobre unas ruinas góticas un enorme ángel blanco intentaba batir sus alas de piedra, sin conseguir alejarse del verde intenso de los campos ni del brumoso horizonte. En los cementerios marinos no hay sino eternidad, cantaba en el corazón de Leo un Camus cercano a Valéry. Y el recuerdo de Duino aleteó de nuevo en su interior.

Al llegar junto a la tapia, él paró el coche y la invitó a bajar. Empezamos bien, un cementerio, pensó ella. Él la tomó del brazo y dirigió sus pasos hacia una de las últimas filas de tumbas. Y al escuchar junto a él el rumor de la falda de Leo, se dio cuenta de que el viento no sólo mecía los árboles, sino que jugaba también con su cabello castaño, con la piel de sus brazos desnudos, así que se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros, allí donde el vello comenzaba a erizarse.

Luego señaló una sencilla lápida. POMPEO NAPOLI, 1909-1939. Herido mortalmente en Barcelona el 26 de enero de 1939. Debía de ser su padre. Leo hizo un sencillo cálculo: era bien fácil, el hombre enterrado en aquella oscura y húmeda tierra había muerto a la misma edad que ella tenía ahora. El actual Pompeyo Napoli en cambio lucía ya algunas canas en las sienes. Leo recordó una de las páginas más estremecedoras que había leído en toda su vida: Camus

frente a la tumba de su padre, un padre caído durante la primera guerra mundial y tan joven que en la distancia de la muerte se convertía en un hijo. El primer hombre.

—No conocí a mi padre y sin embargo ahí está... —murmuró él.

Entonces se agachó para retirar un montón de tierra que había en una de las esquinas de la sepultura, descubriendo con ello una pintada: ANTES MORIR QUE CONSENTIR TIRANÍAS. Aquel hombre, enterrado ahora junto al mar, había luchado junto a las Brigadas Internacionales. Leo no pudo evitar pensar en la tiranía del matrimonio, pero él volvió a cogerla del brazo y se encaminaron hacia la salida. Temblando, se apretó contra él.

—¿Qué has dicho en tu casa?

—No he dicho nada, no había nadie, no he necesitado... —balbuceó ella.

—¿Acaso crees que hay que decir siempre la verdad? —preguntó él, como saltando de altanería en sorpresa y de sepultura en sepultura.

Leo sintió que el silencio y la calidez de una sonrisa acudían a abrazar sus estremecidas mentiras. Él de nuevo la cogió del brazo y la llevó hasta el acantilado, a contemplar el mar allá abajo. Después la hizo volverse para admirar la línea de la costa y señaló un punto frente a ellos. Era una casa, incrustada en la pared como una veta diamantina, larga como un ferrocarril, colgada sobre el océano, por completo abierta al paisaje y al abismo, como una barquilla suspendida en el aire.

Regresaron al coche y en el momento en que Leo se arrellanaba en el asiento, él la cogió por el cuello y, envolviéndola en sus brazos, unió sus labios a los de ella. Cuando por fin se despegaron, él esbozó un gesto lleno de preocupación y le pidió que se retirara hacia un lado. Bajo ella estaban sus gafas, retorcidas y con los cristales rotos. Intentó disculparse, pero él volvió a besarla. Al fin y al cabo había sido él quien cometió la imprudencia de dejarlas allí.

Siempre lo mismo, soy un desastre, se decía Leo. En más de una ocasión se había sentado encima de los cascos que Alfonso utilizaba para ver sus películas. Él los había arreglado con cinta aislante, lo que le daba un aspecto terrorífico, y a veces le pillaban algún pelo, con lo que maldecía dando voces.

—Iremos paseando —sugirió un conciliador Pompeyo, sacando las llaves de la cerradura de arranque y cogiendo la pequeña maleta.

Echaron a andar en dirección a la casa del acantilado. Aquella maravilla era su residencia en la tierra. Hacía años que ella había soñado con una semejante, llena de libros en la soledad de un

acantilado. Entre los gritos y las sombras caligráficas de las gaviotas se escuchó entonces la sirena de un transatlántico, que surcaba el mar a sus espaldas. Leo no quiso volverse, iba mirando el campo. Él indicó que se trataba del *Liber*, camino de Francia.

Los plátanos enlazados entre sí formaban un pasillo en el camino que se alejaba del cementerio. El amarillo azulado en el envés de las hojas abanicaba su paseo. Había bañeras desperdigadas por el campo, que con las frecuentes precipitaciones se llenaban hasta el borde. En ellas bebía el ganado, dejando al descubierto un pegajoso festón de verdín.

Leo iba mirando el suelo, asombrada ante las formas de la naturaleza, expuestas de manera tan evidente en algunas de las muchas setas y hongos que salpicaban el terreno. Aquél había sido un año de grandes lluvias. Él observó cierta extrañeza en su gesto ensimismado y, como adivinando sus pensamientos, comentó:

—No es cierto que la naturaleza sea asquerosa. Es la mente humana, que le pone a todo un nombre.

Leo le miró asombrada.

—Por ejemplo, ese hongo de ahí, de tan repugnante aspecto, se llama hígado de buey y es comestible —continuó él—. Hay otros de aspecto igualmente terrible. Algunos se llaman, por ejemplo, oreja de asno, que también es comestible. O cresta de gallo, un purgante en forma de pálido coral. O cuesco de lobo. Otros se llaman *phallus impudicus*. Estos últimos son indiferentes, es decir, inofensivos, aunque de sabor desagradable.

Al fin había soltado unas cuantas frases seguidas. ¿Sería porque quizá fuera biólogo o botánico o un simple aficionado a la micología y el tema por tanto le había entusiasmado? Tal vez fuera porque en la librería la había visto con aquel tomo de animales. Tampoco ella tenía muchas ganas de hablar, pero tanto silencio la desconcertaba por completo. Por otro lado, le atraía la identidad desconocida y misteriosa de su acompañante. Se quedó mirando uno de aquellos hongos, se agachó, lo arrancó y con delicadeza lo partió en dos.

—¿A qué te dedicas? —preguntó él, mostrando de nuevo cierto interés.

—Hago mi vida —contestó ella muy lacónica.

No le gustaba hablar de su trabajo. Ahora se sentía como de vacaciones, huyendo de su vida de todos los días, y no quería romper el hechizo. Necesitaba olvidarse de todo, convertirse al menos por esta vez en una mujer sin personalidad, sin pasado ni futuro. Intuía que cualquier explicación podía suponer el

aniquilamiento de la fuerza que desde el primer momento les uniera.

—Puede ser, pero te recuerdo que llevas mi chaqueta —concluyó él.

Empezaba a sospechar que aquella mujer no tenía planes, que era indecisa, nerviosa, como si esperara algo que no dependiera de ella misma. Escurridiza, alguien a quien parecía gustarle ser incomprensible, poco clara. Lo conseguía esbozando de vez en cuando un gesto ambiguo, a veces con una sílaba demasiado acentuada o con una mirada que daba a una frase una significación peculiar, otras veces con una simple sonrisa o con una risa cantarina fuera de lugar, lanzada como respuesta a una pregunta demasiado obvia o insistente. Por un momento pensó que ser el blanco de sus caprichos podía llegar a ser peligroso, pero enseguida apartó la idea de su pensamiento.

Leo iba paseando al filo del acantilado. Era como ir pisando la línea del horizonte. Sentía el placer del peligro, de la incertidumbre, lo ilimitado de aquella línea, la emoción que debieron de experimentar los grandes descubridores, previendo ella la unión con aquel nuevo personaje. Entonces empezó a llover, una lluvia muy fina bajo un cielo que ahora parecía de mármol oscuro, y tuvieron que acelerar el paso. Él le advirtió que tuviera cuidado con los tojos, unos matorrales espinosos que, disfrazados con el adorno de sus flores amarillas, bordeaban el camino. Mi marido estará en China, pensaba Leo, promocionando una nueva película. Otro éxito, otra marea de dinero, monedas y joyas tintineando, el susurro de los billetes al pasar el dedo por el borde de los fajos. Por eso yo nunca voy al cine, se dijo con rabia. Tengo la imaginación demasiado ocupada. Como un personaje de un cuento o un novelista pluriempleado...

Un gato siamés de pelambre pelirroja les dio la bienvenida maullando junto a la puerta y restregando el lomo contra el pantalón de su amo. La casa, casi vacía, estaba en penumbra, todas las persianas herméticamente cerradas, y sus pisadas resonaron en la oscuridad. Leo abrió una de las ventanas y vio la masa oscura del mar golpeando la costa y, mientras él iba abriendo las demás, no necesitó volverse, adivinaba a sus espaldas la presencia de los libros, apretados unos contra otros, mostrando el lomo como los cuatro que él escogiera aquella misma mañana en la librería. Entonces empezó a recorrer todas las habitaciones, que, dispuestas en hilera, formaban una galería desierta. Desembocaban unas en otras, paralelas a la costa, a la pared del acantilado, y al deambular por ellas, una detrás de otra, se tenía la sensación de andar sobre las aguas.

Le pareció que el interior de la casa era como el libro de su vida, apenas un paso y sin necesidad siquiera de abrir una puerta, se encontraba uno en la siguiente aventura. Él la cogió de pronto por la cintura y la llevó a su dormitorio, allá al fondo, tumbándola sobre la cama, desde donde también podían ver el oleaje a sus pies. Leo sentía tras de sí el espacio interminable de montañas y mesetas que la separaban de su casa, el paisaje que acababa de recorrer con él.

Con ambas manos Pompeyo comenzó a deshacer el nudo de seda que dividía su traje en dos mitades y con mucha suavidad alzó la parte que en una sirena correspondería al pez, le acarició los muslos y la besó junto al ombligo, húmedo de sal por la proximidad del mar y un poco viscoso, un brote de sudor provocado por el último resto de miedo, que lo hizo brillar. Después arrastró hacia arriba la otra mitad, la que en la sirena corresponde a la mujer, dejando al descubierto sus pechos morenos, redondos, tensos, y lanzó el vestido al suelo, que, vuelto del revés, mostró su forro sangriento.

Leo se sacó las sandalias, empujando la tira que rodeaba sus talones con la punta de sus pies. Cayeron al suelo una detrás de otra. Fue como una señal. La sangre les subió de un golpe a la cabeza y él se derrumbó, echando sobre ella todo su peso de hombre. Leo jadeaba con tan dulce cadencia que a él le pareció que cantaba quedamente junto a su oído. Una melodía de deseos, infinita, profunda, surgía de entre aquella cabellera que sobre las sábanas se ondulaba como la de una sirena bajo el agua.

Acabaron hablando de libros, craso error. Ella saltó de la cama y fue al baño. Abrió el grifo y lanzó una pastilla de jabón al fondo de la pila redonda. Allí se palpaba la presencia de una mujer, extraña y desconocida para ella. Cotidiana, quizás incluso monótona, para él. Una vaga presencia que se revelaba en las flores colocadas junto al espejo, un pequeño ramillete de violetas, en los muchos frascos, todos ellos de color aguamarina, y sobre todo en las hebras enredadas entre las púas de un cepillo del mismo color, un verde clarísimo y sedante.

Cuando volvió al dormitorio le besó los párpados, ligeramente desvaídos, casi de un tono malva, y se acostó a su lado, esperando a que en la otra habitación se llenara la bañera.

En el momento en que poco después entraban juntos en el agua, el sol había bajado hasta el horizonte, iluminando la pared del baño. Estuvieron un buen rato descansando entre la espuma, viendo desaparecer el reflejo del sol en aquella pared, como un pozo que se vacía poco a poco, y haciendo estallar los colores del arco iris en las

menudas pompas de jabón. Después volvieron a la cama y mientras el cielo se iba cubriendo de estrellas, ellos se durmieron.

Cuando a la mañana siguiente Leo se despertó, sudando y algo desaliñada, sintió que el cuerpo de Pompeyo estaba frío, rígido. Un extraño tono sonrosado, como el de un almendro en flor, jaspeado, con unos brotes más pálidos y otros más rosáceos, teñía todo su cuerpo. Lo volvió a tocar. Estaba helado. Tal vez esté muerto, pensó. Sí, sí, lo estaba, pegó su oído al corazón de él, no palpitaba, apretó una de sus muñecas, no tenía pulso, tenía también la boca entreabierta, y Leo, presa de la agitación, cogió su vestido, su cesto, su maleta y sus sandalias. Ella no era de las que en sus citas amorosas olvidan objetos personales, como paraguas o pañuelos, huellas de un pedazo de realidad, con la intención de un futuro encuentro o el deseo de dejar tras de sí un recuerdo, aunque sea material, así que huyó de allí, vistiéndose mientras corría.

También el gato estaba tieso, tirado sobre un charco de orina. Y por un momento, le pareció que el animal tenía dos cabezas y un solo cuerpo, con el pelaje apegotonado. Se quedó mirándolo un rato, mientras del cesto sacaba un chicle de menta, cuyo aroma había de hacer desaparecer aquella peste. Y, como siempre, jugueteó con el envoltorio, verde y brillante, girándolo despreocupadamente entre sus dedos, para después tirarlo junto al cadáver.

Y se alejó de allí, pensando que si bien con su proyecto había intentado lanzarse a las alturas, como toda piedra había acabado por caer y que, como Zaratustra, estaba condenada a sí misma, a su propia lapidación. En su interior, como de costumbre, se debatían dos posturas contrarias. Dos caminos parecían abrirse ante ella. Tendría que escoger uno y recorrerlo de una vez hasta el final, lo que sin duda duraría una eternidad.

¿Coger un barco y huir para empezar una nueva vida? ¿Embarcarse y cortar amarras, sin más pertrecho que la propia existencia, monda y lironda? ¿O mandar todo a paseo y volver a casa junto a Alfonso con verdadero propósito de enmienda? Así habló Leocadia. Para sus adentros, claro. Leonietzsche Veruti.

De pronto le pareció que su casa era un lugar seguro, un lugar en el que refugiarse de su otro yo, una parte de sí misma a la que al parecer le costaba no actuar por su cuenta, escapando por completo a su control. ¿Lo habría soñado? Hacía unos minutos que acababa de despertarse, y sin embargo sabía muy bien que atrás quedaban dos nuevos cadáveres.

XIX

EN BUSCA DEL TIPO PERDIDO

Apenas unos días después, Leo, envuelta en un quimono blanco, el pelo recogido en un moño, extendía ante ella el periódico para no tener que ver la cara de Alfonso, hinchada aún por el sueño y una mala postura sobre la almohada. Tampoco quería enfrentarse a aquellas horas con su revuelto bigote, recién llegado de su último viaje. Todas las mañanas del mundo, durante el desayuno, aquella maraña de pelo acababa salpicada de leche. En otro tiempo, aquel detalle le había hecho gracia, pensaba que le daba un toque infantil y algo felino, pero ahora ella tenía un humor delicado, no le gustaba hablar recién levantada.

«Nueva víctima del asesino del lazo», rezaba uno de los titulares que parecían desgañitarse desde la portada de aquel peligroso artefacto desplegable. Leo mordisqueó uno de los cuernos del *croissant* y casi pareció besarlo con sus labios, antes de acariciarlo con la lengua y los dientes, todo ello sin apartar en ningún momento la vista de la interesante noticia.

> *Se trata de la última víctima de este asesino múltiple conocido como el asesino del lazo, que vuelve a burlar los esfuerzos de la policía, sin dejar apenas huellas…*

Leo sonrió, soltó el periódico de un lado y observó sus dedos. Eran ágiles, como los del más virtuoso pianista, y perfectos, excepto por el pequeño detalle de la ausencia de huellas dactilares. Frotó las yemas de unos contra otros y comprobó satisfecha la suavidad de su anonimato. Después volvió a extender su diario con ambas manos,

pero una de ellas, impaciente, no tardó en perderse por debajo del papel y, palpando primero el mantel y luego unos bollos, sin que ella tuviera necesidad de mirar el plato, escogió uno de esos redondos y abultados que llaman magdalenas. Lo desmigajó y, apartando el periódico, lanzó un pedazo en el interior de la taza de té, aunque acudió en su ayuda, rescatándolo de aquellas tibias aguas con una cucharilla, que después se llevó a los labios. En el preciso momento en que el cuerpecillo esponjoso rozaba su paladar, Leo se estremeció.

Recordando de nuevo la noticia que desde el exterior reclamaba toda su atención, volvió a coger el diario y siguió leyendo:

La víctima, Pompeyo Napoli, de 59 años, propietario de una conocida cadena de peluquerías, fue hallado muerto ayer en su casa de Comillas. La asistenta, que encontró primero el cadáver del gato, tendido junto a la puerta de la casa en un charco de orina, fue quien denunció los hechos a la policía. El rico empresario santanderino se suma así a la ya larga lista de este escurridizo psicópata, que en poco menos de un mes ha asesinado a seis personas.

El corazón de Leo empezó a palpitar a toda prisa. Sus ojos adquirieron una extraña coloración, pasando del verde a un amarillo azafranado, maligno, y se encogieron hasta convertirse en dos estrechas rendijas, por las que parecía fluir una fuerza animal. Respiró hondo y volvió a hundirse en la lectura.

Repasemos con la mayor brevedad los principales datos de sus anteriores víctimas…

Alfonso le pidió que le pasara el azúcar, así que tuvo que soltar el periódico y recordarle que se había prometido a sí mismo no tomar dulces, aunque de todos modos empujó el azucarero sobre el mantel. Alfonso protestó y no hizo el más mínimo movimiento. Leo continuó con la lista:

Duino Lorca y Palazuelo, de 28 años, funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores; Eduardo Cisterna, de 32 años, escritor y catedrático de filosofía; Alfonso Pastor, de 45 años, cirujano retirado, dueño del pub En el País de las Maravillas, *conocido en los círculos como el Buen Pastor y cuyas huellas dactilares y descripción física, como ya dijimos en su día, resultaron ser las del conocido asesino del puzzle;*
y el diplomático de color, Yleka Tristão da Cunha, de 38 años.
En esta lista figura, como excepción, una sola mujer, la joven Paula

Mohn, de 19 años.

Leo hizo de nuevo un alto, soltó el resto de la magdalena, que había sostenido entre sus dedos mientras recorría aquella lista en el papel, y repasó con la mirada interior el vasto y diverso terreno que había ido atravesando hasta entonces. Nada menos que seis personajes en busca de amor. Su memoria siguió una senda paralela y, abriendo un baúl lleno de gente, se hundió en un baño de recuerdos, como el día en que, estando recostada en la bañera, escribiera en su piel algunos nombres y el rastro de la tinta trazara después aquellas curvas sobre el agua.

La huella imborrable de Duino, agarrado a menudo en su recuerdo a una plancha, la cabellera revuelta emergiendo de entre las sábanas, su cuerpo inmóvil, la boca entreabierta. El cuerpo frío y húmedo del filósofo, con aquella palidez cubierta de manchas, tirado como un volcán extinguido sobre su catre en una habitación mal ventilada. El recorrido sinuoso que de su perfil hizo el asesino cuyo cuerpo cayó sobre un charco de grasa... Sintió un nuevo estremecimiento, pero siguió rememorando aquella travesía.

La carne oscura de Tristão, su triste mirada, su perfil sobre la cama y el fuerte olor a almendras, dulce, embriagador, que se había ido extendiendo por la casa cuando ella se marchó de allí. La melena dorada de Paula, su cuerpo esbelto y grácil, salpicado de minúsculas gotas, que esta vez no eran del agua de la ducha, sino de sudor, transpiración que poco a poco debió de ser absorbida por la suavidad de su propia cama, anuncio del sudario que después la cubriría... Por último, el que ahora se había revelado como el caballero de los espejos y de los peines, al que por un momento imaginó componiendo complejas arquitecturas capilares, aunque enseguida le devolvió a su último ser, con el tono sonrosado de su cuerpo, como el de un almendro en flor, jaspeado, y allí, a la puerta de su casa, la roja pelambre del gato, tirado sobre aquel charco maloliente...

Alfonso no tardó en sacarla de sus ensoñaciones, haciendo un ruido extraordinario al masticar y al tragar. Había cogido su copa de zumo de naranja y lo sorbía con estrepitoso placer. Cuando la dejó sobre la mesa, siguió leyendo su propio periódico, y ella aprovechó para mirar el cristal. Las huellas de Alfonso se habían grabado en él. La grasa churretosa de sus mantecosos pulpejos, pensó, con desprecio, y apretó suavemente su copa. Una ligera marca, como una nube de algodón, como el vaho del aliento en pleno invierno, apareció en el cristal, desapareciendo casi en el mismo momento. Leo sonrió satisfecha e intentó concentrarse de nuevo en la lectura:

Las víctimas no parecen tener gran cosa en común. De complexión y aspecto físico muy diverso, pertenecían también a muy distintos ámbitos profesionales y sus edades estaban comprendidas entre los 20 y los 60 años.

En la variedad está el gusto, pensó, al tiempo que, de entre todo el abanico de frutas que había frente a ella, escogía una fresa, que se deshizo en el interior de su boca. Y siguió leyendo:

Como ya adelantamos con motivo de los anteriores casos y con la profundidad y objetividad que nos caracteriza a la hora de analizar las noticias de nuestro país, la policía sigue barajando la hipótesis de que se trate de un homosexual, a pesar de que todos los parientes y conocidos de las víctimas interrogados hasta ahora niegan que cualquiera de ellos tuviera la más mínima inclinación hacia ese tipo de relaciones.

De modo que las acusaciones que en su día salpicaron la reputación de Duino eran ahora negadas por parientes y amigos. Sin embargo, el bulo se había extendido como una enorme mancha de alquitrán, implicandosin remedio a todas aquellas personas. Leo se saltó algunos párrafos en busca de información más precisa, detalles que alimentaran su ánimo exaltado.

Según los análisis facilitados por el Instituto Nacional de Toxicología, en todos los casos, exceptuando el de Alfonso Pastor, muerto por arma blanca, se encontraron en el conducto rectal de las víctimas restos de semen y glicerina, mezclados con un veneno letal de efectos fulminantes, la amigdalina.

Leo se acarició el cuello con una mano, sin soltar por ello el periódico. Recordaba con toda claridad su operación de amígdalas, los dos coágulos, aquellas bolitas de sangre que, con unas pinzas plateadas, le extrajeron de la garganta, sacándolas por la boca. Hacía nada menos que veintitrés años de aquello. Levantó la vista y sonrió en dirección a Alfonso. Si supiera que su semen era el que constituía una de las pruebas de todos aquellos crímenes, pensó, el que había llevado a la policía a creer que el tipo al que buscaban era un homosexual, con un único tropiezo en la llamada heterosexualidad...

Su marido correspondió con otra sonrisa y ella volvió a enfrascarse en la lectura de aquella noticia:

Este poderoso veneno se extrae de las almendras amargas, así como

de los huesos de otros muchos frutos, como melocotones, cerezas, peras o nísperos. Se calcula que unas 60 almendras amargas pueden matar a un adulto. Y bastan 17 gotas de esencia de estas almendras, que se emplea en perfumería, para matar a una mujer.
El color sonrosado de los cadáveres y el fuerte olor a almendras que despedían, apuntaron desde el primer momento en esta dirección…

Alfonso carraspeó, se atusó el bigote y desde la trinchera de su periódico —no compartían ni siquiera la ideología de sus diarios—, le dijo:

—Mira, Leoncita, otra víctima del asesino del lazo…

—Sí, lo he visto. Sale también aquí —contestó ella, poniéndose como la grana. Estaba tan acostumbrada a mentir que ahora se sonrojaba en cuanto decía una verdad cualquiera—. Este periódico se está convirtiendo en la versión intelectualoide de *El Caso*. ¿Qué dice ése?

—Que, aparte de que en casi todos los crímenes aparecieron unas cáscaras, que se han revelado como de huevo de codorniz, la única huella que se ha podido encontrar en todos y cada uno de ellos era un pequeñísimo lazo de papel caído junto al cadáver o en las inmediaciones.

Leo recordó sus tiempos del colegio, sus primeros años durante los crudos inviernos alemanes. Por Pascua preparaban unos preciosos huevos de colores. Primero los vaciaban, sacando la yema y la clara líquidas por un pequeño orificio que practicaban en uno de sus extremos con una aguja de coser. Después los pintaban y para acabar las profesoras los escondían por el jardín. Cuando ellos iban a buscarlos, los encontraban rodeados de golosinas y juguetillos que les había dejado el *Osterhase*, el conejo de Pascua. Siempre pensó que era una pena perder aquel fluido y soñaba con rellenarlos, sustituyéndolo por otro más dulce.

—Esta vez el lazo —prosiguió Alfonso— estaba hecho con la estrecha funda de un chicle, verde y brillante, como el césped de un campo de fútbol recién segado.

Leo estaba sumida en sus propios pensamientos, de manera que no pudo apreciar la poética descripción por la que se aventuraba su marido, pero él insistió, ignorando los abismos en los que se hundía su mujer.

—Recordarás que el asesino utilizó una vez un sobre de azúcar —continuó, pasando a enumerar de forma implacable las pruebas —, en otra ocasión el papelillo plateado del interior de una cajetilla de tabaco, otra el envoltorio de color rosa de un bombón de marca

muy conocida. Y yo sé muy bien, *chérie*, de qué marca se trata, uno de esos bombones rellenos de licor. En otras ocasiones, el asesino ha dejado el papel transparente de un caramelo o la envoltura marrón de una barrita de chocolate, como siempre muy bien plegados hasta formar una larga tira, que luego dobla con precisión para darle la forma de un lazo.

—¡Tu memoria es en verdad asquerosa! —contestó ella, con una violencia que Alfonso de momento no supo a qué achacar.

La miró con desconfianza, volvió a parapetarse tras su conservador periódico y recorrió la noticia con cierto mal humor, en busca de algún golpe de efecto con el que responder al ataque. Pocos segundos después su voz, aunque amortiguada por la pantalla de papel, leyó bien alto y con evidente placer:

—«El comisario Néstor Golconda...» ¿Me escuchas, Leo?

Ella hizo un breve gesto con la mano izquierda, la que acompañaba siempre a aquel brazo tan autosuficiente, te escucho, sí, pero a pesar de la brevedad, el ademán mostraba una gran impaciencia. Déjame en paz, no me marees, parecía decir aquel miembro tan ajeno al orden.

A su marido, en cambio, le entusiasmaban los personajes que se encargaban de salvaguardar el orden público y los nombres sonoros, así que la combinación debió de sonarle a música celestial.

—«El comisario Néstor Golconda, lo más granado de nuestra policía criminal —continuó—, ha declarado a la prensa: "Detendremos a ese tipo".»

¡Qué nombre tan tonto! Y encima comisario de policía, todavía si fuera un simple inspector... ¿Qué aspecto tendrá?, pensaba Leo, cogiendo uno de los sobrecitos de Natrén con los que Alfonso pretendía adelgazar. Será uno de esos fornidos polizontes que a media tarde se acercan al supermercado del barrio para comprar un bollo que luego devoran mientras ven su serie favorita agazapados frente al televisor de la comisaría.

Abrió el sobre con movimientos seguros, delicados, después vació su contenido en un plato, lo estiró cuidadosamente bajo sus dedos, lo plegó hasta formar una larga tirilla y para terminar lo dobló en forma de lazo. Sus manos estaban actuando por su cuenta, inconscientemente, rebelándose contra ella, delatándola. Había perdido el control. Y estará seguro, pensaba mientras tanto, de que el asesino es un hombre con tendencias homosexuales, fumador y muy, muy goloso. Nadie es perfecto, concluyó. Y es que ella nunca había sabido decir adiós. Le costaba mucho encontrar la salida. Y además, por encima de todo, amaba su libertad.

—Leoncita, ¿por qué no traes una botella de champán de la

nevera? —sugirió Alfonso, que la miraba como si de pronto la viera por primera vez, tal como era, sin la más mínima trampa, practicando ante sus ojos aquel arte que hasta entonces desconocía que dominara con tanta habilidad, el de la papiroflexia.

—¿Para qué?

—Para celebrar nuestro aniversario. ¿Acaso no te acordabas, tontita mía?

En cuanto Leo abandonó el comedor, Alfonso, que había recogido el lazo que ella fabricara con el sobre de sacarina, tragó saliva, cerró un instante los párpados y, levantándose de la mesa, se abalanzó sobre el teléfono con manos temblorosas. No le iban a oír bien, tendría que susurrar su terrible sospecha, probablemente tampoco le iban a creer. De todos modos marcó primero un cero, marcó otro número, y un tercero, le temblaban las manos, las rodillas.

Leo se había alejado por el pasillo en dirección a la cocina. Una vez allí, abrió el frigorífico y de un cajón, entre unas cajas de huevos de codorniz, sacó una botella verde de líquido espumoso. ¡Qué raro! Juraría que no había dejado los huevos a la vista, siempre los guardaba bien escondidos. ¿Su aniversario? Ellos no se habían casado en aquella época del año... Lo hicieron un mes de abril. Los narcisos y las amapolas son flores de corta vida, pensó. Y sintiendo que de nuevo un brazo se le había quedado paralizado, tuvo que servirse únicamente del otro. El brazo inútil, como dormido, colgaba junto a su cuerpo, balanceándose insensible, como una criatura hostil y fastidiosa, que se negara a obedecer.

La mayoría de la gente conoce los sucesos a través de la prensa, reflexionó, mientras con una sola mano colocaba el champán en el interior de un botellero helado que antes había sacado del congelador. Lo puso sobre una bandeja de plata, junto a un par de copas y un minúsculo huevo, que cubrió con una servilleta de hilo. Así es como la prensa requiere todos los días nuestra atención, se dijo. No ocurre lo mismo con los libros, esos tomos que muchos no abren más que una vez cada diez años. Claro que para leer, como decía Proust, que la reina de Grecia ha salido para Cannes o que la duquesa de León ha dado un baile de trajes... ¡Vaya cosa!

Cogió la bandeja con el único brazo que parecía obedecer a su cerebro y lo hizo con tanto cuidado como si portara una custodia con la Eucaristía. Sirviéndose del otro para hacer de contrapeso e ignorando por completo lo que Alfonso hubiera podido hacer durante su ausencia, empujó la puerta de la cocina con el pie. Por fin, tras recorrer de nuevo el pasillo, entró en el comedor como un autómata o una dócil paciente, a la que, víctima de extrañas

parálisis histéricas y anquilosamientos constantes de las articulaciones, un neurólogo estudiara y observara sin interrupción.

—¿Te parece que lo tomemos en la cama? —sugirió con una sonrisa enigmática, agarrando la bandeja sólo con el brazo derecho. El otro, dispuesto al parecer a mantener de aquí en adelante tan desigual reparto en el cumplimiento de las funciones, seguía inerte junto a su cuerpo.

A él le pareció que lo que ahora tenía ante sí era una muñeca descompuesta, rota, de engranajes rechinantes. Un maniquí estropeado, con un brazo sin vida, anquilosado, colgando como una prótesis, y el otro agarrado a la bandeja con una fuerza terrible, como en una convulsión nerviosa. Leo dejó la bandeja sobre la mesa, empujándola con el brazo que respondía a sus órdenes.

—No me importaría llegar a un acuerdo —contestó él indeciso, como quien inicia un regateo, cuando lo que buscaba era ganar tiempo, y se levantó de la silla sin apartar la vista de su mujer.

Leo se dio media vuelta. Esperaba que él cogiera la bandeja y la siguiera. Vamos, Napoleón, se dijo, pronto tendrás tu propio lecho de granito. Y siguió avanzando. ¿Lo mato? ¿No lo mato? ¿Lo mato? ¿No lo mato? En estas dudas parecían debatirse sus caderas, como los pétalos de una margarita, contoneándose graciosas e implacables por el pasillo. El yugo del matrimonio, atado con un nudo tan firme como el gordiano, pensaba, lo corto yo ahora de un tajo, como hizo Alejandro Magno. El huevo, siguiendo el ritmo de sus cadenciosos pasos, bailaba bajo la servilleta. ¡Qué impertinente el curioso éste! ¿Quién le mandaría meterse en mis asuntos?

Alfonso tragó saliva. La fuerza invencible de ese brazo los aniquiló a todos, sembrando la ciudad de cadáveres, pensaba. Pero yo no soy un simple hilo, un zurcido en una prenda usada hasta la nausea, sino la cuerda que traba toda la historia. La historia de su vida. Hasta ahora me he mantenido entre bastidores, como un *voyeur* que mueve los hilos tras las bambalinas, pero ahora verá.

Sin duda, la posibilidad de vivir esos sucesos que aparecen en los periódicos es muy pequeña, se decía Leo ya junto a la puerta del dormitorio, pues lo más fundamental se realiza siempre en abstracto y lo más intrascendente en la realidad... ¿Eran aquellas sus propias palabras? ¿No serían de Musil? ¿Quizá de Proust? Eso que en Cervantes se habría considerado al punto reminiscencia de una memoria fabulosa, en cualquier otro sería todo un plagio. Aunque, bien pensado, no se trataba de una coincidencia despreciable. Las analogías literarias son algo más que analogías. Se trata de verdaderas afinidades. Por otro lado, con frecuencia Cervantes no citaba a quien copiaba o imitaba, a Erasmo, por ejemplo. Y ello

nada menos que por la Inquisición. A veces se vive bajo regímenes, pensó echando una ojeada a su marido, en los que la franqueza nos puede conducir a la tortura y a la muerte. ¿De nuevo exagerando?

En fin, se dijo, continuando con la anterior reflexión, al tiempo que dejaba la bandeja en el suelo, junto a la cama; así se explica la atracción que en un auditorio ávido de sensaciones, crímenes y capturas ejercen siempre los periódicos y tantas revistas del corazón, esos arsenales de historias interesantes. O los recuerdos surgidos fugazmente del interior de una buena taza de té.

XX

LA CORDURA DE LOS NECIOS

A la mañana siguiente, Alfonso despertó con un deseo ferviente de besar a su mujer. Había pasado una mala noche, sus propios ronquidos habían agitado sus sueños, y ahora se volvió hacia Leo sobre el colchón. Pero ella, que hacía poco había concluido con la lectura que la había tenido en vela, con aquellos truenos conyugales de fondo, se le adelantó, surgiendo de entre las sábanas con su pijama de presidiario y plantándole un beso en mitad de la frente.

Así que escribía, se dijo Leo, como el fingido y tordesillesco seudo Avellaneda. Cuando aquella vez le vi a la manera de Cervantes, suspenso, con el papel delante, la pluma en una oreja, el codo en la mesa y la mano en la mejilla, pensando, escribía... Y escribía la novela que ella acababa de leer, tumbada en la cama contra su costumbre.

Alfonso observó su rostro, sonriente y luminoso a pesar de la oscuridad que sus ojos parecían haberle robado a la noche, con aquellas sombras que poco a poco se habían ido formando en torno a sus párpados, las pupilas aún dilatadas tras buscar durante tanto tiempo algo más de luz en la semipenumbra del dormitorio.

—¿Has estado leyendo toda la noche? —preguntó incrédulo.

—Sí, aunque confieso que varias veces he estado a punto de dormirme en mitad de la lectura. Era todo tan irreal... —contestó, con la intención de fastidiarle un poco—, pero ya la he terminado. Y ahora me gustaría saber una cosa, quisiera hacerte una pregunta, la que todo lector quiere hacer a quien escribe, al escritor cuyo libro tiene entre las manos.

Alfonso hizo un ademán con la cabeza, como invitando a Leo a hacer de una vez la pregunta.

—¿Para qué la has escrito?

—Para darte ejemplo —sentenció Alfonso—. Por si te da por lanzarte a practicar el loco amor, mi lectora protagonista, para que conozcas los peligros que te aguardan ahí fuera y dentro de tu cabeza, las malas vías por las que podrías perderte. Y para que sepas dónde está el buen amor. Recuerda que no se puede vivir sin amar.

Leo esbozó una sonrisa de una gran ambigüedad. Semejante tufillo moralista, casi de predicador, no acababa de gustarle. Habla como un cura, pensó. Así que su marido pretendía abrir una nueva senda en la tradición literaria del experimento sobre la virtud de la propia esposa, mientras ella, ensimismada, entregada a sí misma durante la lectura de aquella quimera truculenta escrita por un tal Arevaleda, natural de Tordesillas, oculto bajo un seudónimo femenino según dictaban las más recientes leyes del mercado, había navegado a ojo y sin brújula. Y allí estaba ahora, inmersa de nuevo en su pareja, en su vida conyugal, sin escapatoria, como si estuviera a la deriva, en alta mar, en la inercia de la calma chicha de la cama. Larga boga, se dijo. Habrá que remar con cautela, como un galeote condenado con toda la vida por delante.

Su viaje había sido como el de Ulises, circular, de vuelta a Ítaca, donde nada había cambiado y donde Alfonso, como Penélope, había ido tejiendo y destejiendo aquel tapiz mientras esperaba que ella regresara. Sin embargo, Leo había aprendido algo. En la pareja se ha de bromear, cultivar la indecisión, introducir algo de sombra, aceptar el juego. Y confundir... Eso, confundirlo todo, el sueño y la ficción, la realidad... Además, ahora puedo seguir los pasos de la Leo de papel sin que nadie me guíe. Seré la autora de todos y cada uno de mis actos. Despacito y buena letra. Tendré mis propias aventuras y no éstas, que no son más que una sarta de meras imposturas literarias.

Por otro lado, debía reconocer que en su interior se regodeaba con la idea de verse, como don Quijote, viviendo impresa, quizás incluso con el tiempo en estampa, andar en la lengua de las gentes, aunque en su caso no fuera con buen nombre. Se frotó las yemas de los dedos y, con alivio, observó el dibujo de sus huellas dactilares, aquella orografía formada por unas pequeñísimas curvas de nivel.

—Me da la impresión de que al libro le falta algo, de que le han cortado un brazo. El final no me convence, el último capítulo, esa versión dietética y policíaca de *En busca del tiempo perdido*, es demasiado ambiguo, como si el libro estuviera truncado. Deberías

añadir un capítulo nuevo —sugirió, sin dejar de contemplar sus huellas—. Uno con el que devolvieras la cordura a los necios de los lectores que, como yo, en su afán de novedades siguen adelante a gran velocidad y a todos aquellos que, si no tiran antes la novela por aburrimiento, sólo se preocupan de si esto o aquello resulta verosímil, realista o natural, sin darse cuenta de que se trata sólo de la materia de un libro, una grandísima mentira, una sarta de patrañas. Un libro que en este caso está leyendo la protagonista y que tú, como inventor, has estado escribiendo, dándole al lector algunas pistas no sólo sobre ello, sino también sobre lo que secretamente estaba ocurriendo. No demasiadas, pero sí quizá las suficientes, murmurándolo en tus intromisiones en los títulos de cada capítulo, algunos de ellos con claras alusiones, como con la palabra «gambito», un lance que en el ajedrez supone el sacrificio de una de las piezas, bien sea un caballo o una dama, y en las referencias constantes a la muerte. Muchos lectores pensarán que tal vez fuera mejor gastar todo ese tiempo en dormir que en leer, aunque sea en la cama.

Leo hizo un alto, sin duda para tomar aliento, pero enseguida continuó con su interpretación.

—Todos esos títulos forman además una galería de espejos, gracias a la cual el lector puede advertir que la novela que tiene entre sus manos no es un trozo de realidad, sino sólo un objeto literario, un libro hecho de libros. Una especie de laberinto, por el que va cayendo de un libro a otro, de una mazmorra a otra, como a través de trampillas abiertas. Claro que al lector, aunque sepa que se trata de una ficción, de un juego de la imaginación, lo que le gusta es poder jugar en serio. Si no, se siente decepcionado.

Pensó que acababa de superar con creces a su marido en cuanto a lo del tufillo sabihondo. De nuevo había caído en el más engolado de los discursos.

—Y deberías buscar otra filiación falsa. El seudónimo de la australiana está ya muy visto. Podrías utilizar el nombre de otra mujer. No sé, por ejemplo...

—Leo es leída por Leo, claro... Pero lo que no me convence es lo de tratar de necios a los lectores.

Alfonso, pensativo, parecía darle vueltas al asunto del nuevo capítulo y ella, como para acabar de persuadirle, añadió:

—Que los lectores digan lo que quieran. A unos les gustarán más unas partes. A otros, otras. Además, así al final me devuelves el buen nombre y deshaces la conjura del malintencionado narrador, ese demonio que se complace en alfonsear a los demás.

—¿Has dicho alfonsear? ¿Qué es eso?

—Burlarse de alguien sin que se dé cuenta —le explicó. Y siguió con su didáctica perorata—. El lector de ese modo recuperará la lucidez, como don Quijote al final de sus alocadas aventuras, justo antes de morir. Así regresa al punto de partida y se completa el círculo. Aunque a más de uno le va a resultar como un terrible desengaño amoroso.

La silueta de los travesaños de una ventana se recortaba sobre la blancura de la cama y a lo largo de una de las paredes. Una cruz de proporciones inmensas, oscura, siniestra. Una sombra cruzó el rostro de Leo y un escalofrío su espalda, de arriba abajo. No debía haber pronunciado aquel final, el de la muerte del andante caballero. Entonces él, ignorando por completo el efecto que a ella le habían causado sus propias palabras, la idea de un mortal desenlace, se desperezó entre las sábanas.

—¿Qué le gustaría desayunar a mi esquiva dama, aventurera incansable, las huellas de la falta de sueño aún en el rostro? —preguntó.

Alargó la mano y le pasó los pulgares por debajo de los ojos, como queriendo borrar las sombras que se refugiaban bajo las enmarañadas pestañas. Y, apartándose un poco de aquel cuerpo, se dedicó a contemplar el rostro desprovisto de arrugas. Aquella superficie tranquila mostraba ahora un aire diferente, algo que a él le pareció el reflejo de un nuevo entendimiento, quizás una invitación al juego.

—No perdonaría el humo leve y tostado de un café —contestó ella—, ni una vasija de flores sin tierra ni... Ni un bizcocho del color del césped de un hipódromo.

Alfonso hizo ademán de levantarse. Si tenía que preparar tan extraño desayuno, tendría que darse prisa, ducharse y bajar a la calle para comprar las flores y el bizcocho. Estaba sentado en el borde de la cama, pasándose los dedos por entre los cabellos en torno a sus sienes, cuando Leo le atacó por la espalda y, echándole los brazos al cuello, no le dejó levantarse, pues con su abrazo le hundió de nuevo en el colchón. Estuvo a punto de iniciar uno de los juegos de inspiración lesbiana que tanto le excitaban y que la técnica de la interrupción del relato en el capítulo del gambito no hacía más que confirmar, aunque luego hubiera olvidado retomarlo, pero, pensándolo mejor, le dijo:

—Me gustaría volver a leerlo entero en voz alta, incluyendo en la lectura las notas que he ido tomando y algunos cambios.

Alfonso se quedó estupefacto, veía las marcas de tinta azul que

jalonaban los márgenes del manuscrito, como un ejército de industriosas hormiguillas.

—¿Releerlo? ¿Tú? ¿La enemiga de la repetición? Dirás más bien reescribirlo. O revivirlo. Eres capaz de todo.

Leo insistió, se acomodó junto a él, tumbados los dos boca abajo, y, sonriendo, le pidió permiso para apoyar el libro en su costado. Un atril humano, demasiado humano, pensó, aunque, en vista de lo incómodo de la postura, volvió a colocar el libro sobre la almohada, entre ambos.

—Sospecho que a Eloísa le va a gustar leer esta novela en la cama. O sentada debajo de un almendro. Le encantan las de asesinatos. Y también las referencias literarias —le animó Leo—. Las caza todas.

Ficción y realidad volvían a fundirse en sus labios al pronunciar el nombre de su amiga. ¿Y a la Turca? ¿Pasaría el libro a engrosar su biblioteca de primeros auxilios? ¿Lo forraría con aquel papel de color azul oscuro? Y a Duino, ¿le gustará? Así, recordando al Quijote leyéndose a sí mismo, ella se hundió en un mar de dudas. Quizás el lector que me lea a mí sea también ficticio. ¿O lo soy yo? Desde luego, los libros que yo leo son reales. Existen, ¿no?

Entonces levantaron los ojos de las líneas y por aquellos vanos desprovistos de cortinas o visillos comprobaron que la vista alcanzaba un paisaje infinito, a un lado de pequeños montículos, al otro de hierba brillante, y algo más cerca las formas caprichosas de un jardín iluminado ahora por el sol. ¡Qué de paz!, pensó Leo. Sería bueno compartirla en silencio.

Se cumplían así las tres transformaciones del espíritu predicadas por Zaratustra. Del camello, que humilde y paciente carga con el peso de los principios milenarios, al león, que se rebela para conquistar su libertad, un terreno propio. Y del león al niño, inocente, olvidadizo y capaz de jugar sin fin.

Leo comenzó a leer, cantando así una melodía infinita, como si aquel libro fuera una rueda que se movía por sí sola, un diccionario o un laberinto interminable, una de esas composiciones poéticas en las que los versos pueden leerse al derecho y al revés. Una pesadilla mordiéndose la cola. Un todo en el que el agua y el aceite volvían a juntarse, en una solución inesperada. Como el plomo fundido que, al solidificar, adopta la forma esférica. Como las gotas de agua. O el mercurio, con el que jugueteamos, separándolo en bolitas, para finalmente volver a unirlas.

—Dominando el centro de un espacio de unos treinta metros cuadrados, en el que no confluía ningún otro mueble de envergadura, se alzaba un imponente nudo de comunicaciones

humanas, blanco, mullido y suave, de paso obligado cada noche...

ÍNDICE

I. Las desafinidades efectivas
II. La educación sensacional
III. Vestuario
IV. Compensación en la catedral
V. Los santos indecentes
VI. Obesidad variable
VII. Bajo el balcón
VIII. Oscuro como la tumba en la que vive mi amigo.
IX. Penes rigurosamente vigilados
X. Las aventuras de Leo bajo tierra
XI. Corazón tan blando
XII. Nuestro hombre en la cama
XIII. El olor rampante
XIV. Reflejos en un espejo dorado
XV. Gambito de dama
XVI. Tópico de cáncer
XVII. Otra tuerca devuelta
XVIII. El último hombre
XIX. En busca del tipo perdido
XX. La cordura de los necios